LA REVOLUCION DEL 69

DNJ
11937

t. 491026 — CB-162542

OBRAS DEL AUTOR

La suegra de Tarquino.
¿Quién disparó?
Saldo de almas.
La Farándula.
El pícaro oficio.
La piara.
Alcibíades Club.
Los Corrigendos.
El alumno interno.
El Faro de Biarritz.
Memorias de un sommier.
Memorias de un suicida.
Memorias de una máscara.
Vinos de España.
La bajada de la cuesta.
Las bodas de oro de mi colegio.
La Perla del Malecón.
Me acuesto a las ocho.
Traviatismo agudo.
En el país del "bluff".
Un pollito "bien".
La Diosa Razón.
Las noches del Botánico.
Tobilleras.
La cuñada de Tarquino.

JOAQUIN BELDA

LA REVOLUCIÓN DEL 69

NOVELA COMUNISTA

COMPAÑÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)
RENACIMIENTO
Puerta del Sol, 15 — MADRID
Ronda de la Universidad, 1 — BARCELONA
Florida, 251 — BUENOS AIRES

L 453.398

Consejería de Cultura y Turismo
Región de Murcia
Biblioteca Regional

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Derechos reservados
para todos los países

1931 Copyright by
JOAQUIN BELDA

Compañía General de Artes Gráficas. MADRID

PRIMERA PARTE

UN VOLUPTUOSO

CAPITULO PRIMERO

UNA VENTANA EN PARIS

Joaquín Belluga no podía dudarlo: aquello era una enfermedad venérea y de las más divertidas.

No se lo había dicho ningún médico ni, probablemente, se lo diría, pues no pensaba visitar a ninguno; pero estaba seguro: su larga experiencia—tan larga como triste—en estas cosas, no le permitía el menor atisbo de duda. Durante unas semanas su vida se deslizaría entre el el permanganato y el algodón hidrófilo, como una barca que boga entre lotos y pelea con la estrechez de los ribazos.

—¡Y en qué época, madre Venus, le caía aquel regalo! Veinte días después había de marchar para España a jugarse la vida: el día antes el camarada Recondo se lo había dicho con

aquel estilo conciso que empleaba lo mismo para redactar un telegrama que para pedir cincuenta francos.

—La cosa es para el día 14 del que viene.

El 14. Y estábamos a 24. No cabía duda: veinte días. El 13 había que pasar la frontera por Irún o por donde se pudiera, llegar a Madrid, quitar al rey de su trono, proclamar la República... y esperar.

Esperar, sí.

Los ilusos republicanos españoles, tan ingenuos ahora como hacía sesenta años, puede que creyeran que se trataba de eso: de proclamar la República.

¡Ja, ja! ¡Sí, sí!

Belluga y los suyos sabían muy bien que no era por ahí. Este timo madrileño había quedado en la fraseología de Joaquín a través de sus años de destierro. Y al mirar ahora, hacia la calle parisiense desde aquella ventana de un cuarto piso de la calle de Odesa, no podía menos de decirse a sí mismo, casi en voz alta:

—¡Y pensar que la atrasada España va a tener su Soviet y su Gobierno del pueblo antes que esta burguesa Francia y que este adocenado París, donde las ideas nuevas ya no entran!

Porque Joaquín Belluga, además de gonocócico de ocasión, era comunista de oído.

No había llegado a injertarse en las filas de Lenine como llegan otros, por esnobismo, por despecho o por odio: era la piedad, una piedad infinita, una oleada sentimental la que había preparado su espíritu y su cerebro a la recepción de la semilla liberadora.

Pocos libros había leído de los que podríamos llamar de texto, de exposición de la doctrina: de ellos había extraído la consecuencia de que cada uno de sus autores, más que servir a la causa, lo que quería era lucir su propia ciencia, sacar adelante, con ridículo empeño de amor propio, un detalle al parecer innovador.

Cuando lo que importaba era lo otro. La totalidad, la cordialidad de la teoría... Y eso, Joaquín Belluga lo había sintetizado en una frase que para él era toda la teoría comunista; al menos *su* teoría comunista. La frase era ésta: "Sólo el que produce tiene derecho a disfrutar de lo producido."

El producto del trabajo de los demás acumulado, sea en el tiempo—herencia—sea en el espacio—acaparamiento, usura etc.—no es cosa de la que debamos apropiarnos: el que lo hace

es un granuja, un sinvergüenza, un guaja.

Se dirá que todo esto es tan viejo como el mundo: cierto. Tampoco la teoría comunista pretende haber inventado nada nuevo. Si acaso en la forma.

Así pensaba el ciudadano Joaquín Belluga, protagonista de esta verídica narración. En cuanto al modesto escritor que traza estas líneas, no tiene por qué declarar si piensa como Belluga o como... el cardenal Segura: su misión no es más que la de narrar.

La estación de Montparnasse se veía desde la ventana de la estancia de Belluga como la salida de una colmena en la que abundasen los zánganos. ¡Qué ir y venir de gente muy ocupada, o que se hacía la ilusión de que estaba muy ocupada, contagiada por el movimiento acelerado de la multitud!

Aunque la altura del piso no era mucha, los rostros de las gentes no tenían una catalogación fácil desde allí; por ello a Joaquín le costó cierto trabajo reconocer a una mujer que, desde una de las aceras de la plaza, le saludaba con la mano primero, y con todo el brazo derecho después, agitándolo repetidas veces, como si temiera no ser vista.

Y tampoco estaba seguro de que fuera a él a quien saludaba. A la vista, desde luego, no había nadie asomado a ningún balcón o ventana en la dirección en que aquella socia saludaba.

¿Aquella socia?... Se fijó más en ella, y, por la manera de andar, la reconoció.

Era Carmen.

¿Dónde iría a tales horas, tan matinales? No eran más que las diez, hora aún en París absurda para un hombre tan poco madrugador como Belluga.

¿Carmen?

El rostro del ciudadano comunista se ensombreció; retiróse de la ventana como quien huye de un peligro, y dijo en voz alta, aunque nadie podía oírle:

—¿Habrá sido ella?

Y cerró los cristales, como para cerrar el paso a posibles microbios.

No intriguemos puerilmente al lector: es procidimiento viejo, y sólo admitido en las novelas policíacas. Ese *habrá sido ella*, que con modulación torva acababa de pronunciar Joaquín, se refería al contagio venéreo que acababa de descubrir en su propia persona.

El distinguido comunista había tenido el honor de yacer con Carmen en una habitación, un poco lóbrega, de la calle de Broca. Era la quinta vez que la carne rubia de la ciudadana le ofrendaba sus encantos.

De esta última habían pasado... uno..., tres..., siete..., once días. Bien podía ser.

Y mientras buscaba en el seno de un armario ropero una jeringuilla olvidada, decía, planeando su venganza:

—¡Es que si ha sido ella...!

II

CORRUPCIÓN DE MENORES

El local, no mayor que un autobús de los grandes, era a un tiempo restaurante, taberna y *dancing*.

En él se comía bien, se bebía bien y, apenas se bailaba. Se llamaba *nada más* que "Al ojo de Moscou", y la policía—*los cabrones súbditos de monsieur Chiappe,* como les llamaba la parroquia—hacían a él frecuentes visitas.

Estas visitas eran de dos clases: unas veces, generalmente entre tres y cuatro de la madrugada, llegaban, en un grupo de diez o doce, hacían en el local una irrupción bárbara, obligaban a todo el mundo a levantar las manos al cielo y, después de un cacheo minucioso, llevaban a la clientela en un camión a los sótanos de la Prefectura de Policía.

Otras veces la investigación policíaca era más suave: entraba en el local una pareja de guardias, saludaba muy finamente al patrón—un ruso de Marsella que se hacía llamar Pantalonoff y aseguraba haber tocado el bombardino en la banda de la Guardia del Zar—, y acercándose al mostrador saboreaban un par de copitas de ginebra, de kummel de Riga o de vodka, y se marchaban tranquilamente a la calle después de haberse limpiado las bocas con el revés de la manga del uniforme prefectoral.

—¡Ah, la policía!

Esa era la exclamación que tenía siempre en la boca Pantalonoff. Y no se sabía si se quejaba de las violentas visitas nocturnas o del estrago que hacían en sus botellas de líquidos blancos las asiduas visitas de las parejas de guardianes del orden.

En el fondo, él y la parroquia estaban satischos de aquella ingerencia policíaca: ella les daba aire de lo que no eran, es decir, de tremebundos conspiradores.

En la Prefectura le llamaban al "Ojo de Moscou" despectivamente "La cueva de los corderos": nunca se dió el caso de encontrar en ella un sujeto realmente peligroso, y, en realidad,

allí lo más anárquico y revolucionario que se fabricaba era un filete de *esturgeon*—o estornino, como se llama en el Levante español—, pescado productor del caviar, y que Pantalonoff confeccionaba cubriéndolo con una suprema de anchoas y... *estructurándolo* con unos pimientos del Cáucaso, que picaban más que el *Veneno*, el famoso varilarguero.

Joaquín Belluga entraba allí todas las noches, se acercaba al cinc—el mostrador—y preguntaba invariablemente:

—¿Hay algo?

La respuesta variaba también poco:

—Nada, ciudadano Belluga.

Pero alguna vez el ritmo se alteraba:

—Aquí hay una carta para usted.

La carta era, generalmente, de España, y de tarde en tarde, ¡ay, muy de tarde en tarde!, venía certificada y con algún dinerillo dentro: cinco duros..., cincuenta pesetas..., pocas veces más.

—Dinero de Moscou—diría algún malicioso burgués.

No. El dinero de Moscou el comunista Belluga lo recibía del Tomelloso.

Sí. En ese delicioso pueblo manchego vivía

una hermana del padre de Belluga, su tía Casilda, única familia que al futuro Lenine español quedaba en el mundo... Su sobrino, un perdido que vivía allá en París, según decía ella, la estaba arruinando.

Al llegar hoy, a las siete, como todas las noches, Pantalonoff fué a ponerle sobre el cinc el vitel menta, con que, para empezar, obsequiaba todas las noches—un franco noventa—al futuro aniquilador de la hispana dinastía borbónica.

—No, nada de alcohol.

El ruso de Marsella se quedó como si le hubieran dicho que la Mistinguett contraía matrimonio con Mr. Briand.

—¿Cómo?

—Que no quiero alcohol.

—¿Qué le pasa?

—¿Que qué me pasa?... Las mujeres, ciudadano Pantalonoff.

—¿Las mujeres? Muy ricas, y a propósito: ¿sabe quién está ahí dentro?

—No me importa.

—Sí, camarada, sí: ésta sí le importa.

—Aunque fuera la diosa Venus a medio vestir.

—No; ésta es algo mejor: es su paisana, la española Lelé.

Belluga dió un puñetazo en el borde del mostrador.

—¡Maldita sea... quien sea! ¡En qué ocasión vuelve esa perla. ¿Dónde ha estado metida?

—Según dice ella, en un correccional de menores, en Bicetre. ¡Está más guapa que nunca!

—¡Y yo... sin poder hacer nada!

—Pero... ¿qué le pasa, ciudadano? No quiere alcohol, ahora dice que no puede hacer nada...

—¿No lo adivinas, camarada?

—No, la verdad.

—Pues que estoy, como dicen en la letra del tango, *escangayado*.

—¡Ah!...

El ruso de Marsella había comprendido, al fin.

Bien es verdad que Belluga, al decir lo de *escangayado*, había hecho un gesto tan expresivo que habríalo comprendido hasta un crítico de vanguardia.

—No se apure, camarada Belluga; bien sabe que la madre Catalina cura los efectos de esas... visitas de Venus en un cuarto de hora.

—Sí, pero ¡hay que ver qué cuarto de hora!
—¡Bah!
—Deme un limón.
—¿Con un poco de menta?
—Bueno... con un poco de menta. ¡Y sea lo que Lenine quiera!
—La menta, camarada Belluga, ataca directamente la raíz de la gonococia y al microbio de la blenorragia...

No pudo desarrollar su tesis sobre la influencia de la *menta piperina* en la necrosis de la purgación. Un alarido espantoso, seguido de un portazo no menos tremebundo, preocupó la estancia..., como escribiría un narrador de los de ahora.

De una puertecita no mayor que el hueco de una muela arrancada salió una niña rubia, guapa, de ojos y boca muy grandes. Venía como huyendo.

Y para corroborar lo de la huída, detrás de ella venía un anciano bíblico, de profusas barbotas blancas. Traía los ojos desorbitados y babeaba como si acabase de oír un discurso de don Niceto Alcalá Zamora y Noroeste.

En un idioma que venía a ser una mezcla de ruso, vascuence y valenciano, gruñía:

—No se deja, no se deja... Pero ¿qué ha creído que quiero hacerle? Si yo no quiero más que iniciarla en la doctrina.

La niña, al ver a Belluga, corrió hacia él y se refugió en sus brazos.

El anciano era un ruso que, según él, había sido chambelán del Gran Duque Afrodisio. No tenía más que setenta y seis años.

Ella era la españolita Lelé: Lorenza, de verdadero nombre.

Era también comunista. Pertenecía a la célula 32, con residencia en Batignolles.

A pesar de todo, era doncella todavía.

III

LOS HOMBRES Y LAS MUJERES DE MAÑANA

Aparte el ciudadano indiferente o curioso que, al pasar, penetraba en "Al ojo de Moscou", la clientela que pudiéramos llamar fija del local se componía de los camaradas siguientes:

Ana: mujer de unos veintitrés años, ni guapa ni fea, que entraba y salía siempre sola, hablaba poco y soñaba mucho, a juzgar por la fijeza un poco lejana de su mirada. Hacía un gran consumo de té, que—seamos exactos—no siempre pagaba.

Raimundo *Rocamadur:* catalán, de edad media, con unas melenas que parecían el nido de una cría de pelícanos, y una afición a hacer versos que más bien parecía una cosa patológica, como la escarlatina o las fiebres palúdicas.

Costello: español, de Madrid, treinta años,

revolucionario de pura cepa. ¿Ideología? Ninguna: ésa, la revolucionaria. Había que derribar lo existente: en España, la Monarquía, porque eso era lo que existía en el momento actual; en Francia, por ejemplo, la República burguesa.

Madame Lapescu: rumana, guapa, pero más antipática que un artículo de los llamados de fondo. Era cocainómana y—según decía ella—viuda, pero esto último parece que no era cierto. Su mirada, su *aliento* eran los de una mujer que no ha perdido todavía su virginidad... ni sabe cuándo la perderá.

Guido Caproni: italiano, más loco que un reloj de péndulo y antifascista decidido. Había jurado matar a Mussolini... si alguna vez el *Duce* se decidía a venir a París. Tenía el record de las consumiciones de vermú: un día, entre siete y nueve de la noche, se tomó treinta y dos torinos. El lector nos creerá si le decimos que no los pagó él.

Angélica: muy joven, pero de pelo gris; ojos admirables, color miel. ¿De dónde era? No se sabía, no lo decía nunca, o mejor, decía tantas cosas que era lo mismo; cada día de un país distinto: griega, danesa, turca, albanesa, egip-

cia... A lo mejor se le había olvidado y ni ella misma podría decírselo.

Eduardo Sánchez Campuzano: español, de Soria nada más, o nada menos. La dictadura de Primo de Rivera le había hecho salir de España: se había permitido decir en un periódico —a la censura se le escapó el gazapo—que uno de los ministros del dictador era hermafrodita, y, ante la amenaza de un proceso, huyó al exilio. A eso le llamaba él estar desterrado por cuestión de ideas. Era hombre realmente peligroso, sobre todo para Pantalonoff, pues rara vez tomaba el café sin añadirle, a modo de adorno gratuito, un par de copas de martell.

Doña Cosmética: condesa española, sesenta años, comunista por esnobismo; su marido, que vivía en Madrid, era gentilhombre de cámara con ejercicio y servidumbre—¡en los tiempos del cine sonoro!—y cada vez que estaba de guardia en Palacio, con Alfonso o con Victoria, su mujer, que llevaba escrupulosamente la cuenta de tales guardias, pescaba una borrachera de *vieux calvados*, y se iba a acostar con un hombre distinto, coronando así, a mil trescientos kilómetros de distancia, al gentilhombre madrileño.

Basilio Schrptsmnthg: alemán. Su apellido, en el que, como verá el lector, no figuraba ni una sola vocal, había sido al principio una dificultad para el dueño, para los tres camareros y para los demás clientes de "Al ojo de Moscou". ¿Cómo llamar a aquel hombre, no siendo por señas? Por fin, tácitamente, se había llegado a un acuerdo: cuando alguien quería llamarle o interpelarle, no tenía más que estornudar, y el hombre Basilio respondía como con reclamo. Era de ideas ultraavanzadas: decía que Bela-Kun era el hombre más grande que había existido en el mundo, después de don Manuel García Prieto, que *allá* nos espere muchos años.

Nati Guadiana: de Madrid, calle del Infante—ahora del capitán Sediles—nada más. En los alrededores del Pasadizo de San Ginés todo el mundo la llamaba Nati *la Marchosa*—según su madre, porque cada noche se *marchaba* con uno—; pero aquí, en el París de Francia, ella no se atrevía a lucir ese... epifonema, y se hacía llamar Nati, acentuando la i, *la Bolchevique.* En España había sido tiple de zarzuela: ya el maestro Caballero la rechazó para estrenar el "Carlos" de "La viejecita", porque decía que estaba muy fondona. Ella decía:

—Ya soy vieja: el mes pasado he cumplido los treinta y dos años.

Los que la oían y conocían parte de su historia—para conocerla toda habría sido preciso investigar en los archivos— se desvanecían de risa al oír aquello.

Daniel Burgos: cubano, pederasta y dibujante. Como esto último estaba muy bien: las mejores revistas del Casino de París y del Folies de los últimos cinco años debían a su lápiz la elegancia de sus modelos; como cubano estaba nada más que regular, pues se pasaba todo el tiempo despotricando contra la dictadura de Machado, que no es, como cree el amigo González Ruano, uno de los autores de "La Lola se va a los puertos, la isla se queda sola, etcétera, etc." Como pederasta, estaba nada más que regular, según afirmaban muy seriamente los que habían tenido la honra de ponerlo a prueba; el autor de estas líneas confiesa con modestia que nunca pudo conseguirlo.

Lelé: ya la conoce el lector: la niña de once años que, al final del capítulo anterior, salió huyendo del fauno setentón.

Alejandro Sakova: el fauno setentón.

La madre Catalina: de país desconocido;

cuarenta años efectivos, que unas veces parecían cincuenta y otras treinta: dependía de lo que hubiera hecho la noche anterior. Guapa, aunque pasada, atractiva, cachonda. Conservaba su virginidad material—membrana de himen intacta, fisiológicamente hablando—y sin embargo había sido madre. Ya se le explicará esto al lector más adelante. Tenía fama de ser en el lecho una gran maestra. ¿Qué hacía? También lo explicaremos más adelante.

Joaquín Belluga, y con éste cierra la serie: también le conoce el lector. Sólo añadiremos que era de Madrid, de donde había tenido que salir años antes disfrazado de manicura, porque llegó a deberle dinero hasta a los guardias.

Toda esta gente, y alguna más a la que no se designa *nominatim* para no hacer la lista más larga que la de la lavandera después de un tifus, era la que se reunía a diario en "Al ojo de Moscou" para preparar la revolución española, como antes había preparado la alemana, la griega, la húngara, etc.

Eran los hombres del mañana: por lo menos así se llamaban ellos. La Humanidad futura saldría de la preñez de sus cerebros y de sus corazones.

Ahora se trataba de salvar a España: para ello lo primero que era preciso era desahuciar al distinguido jugador de polo y bebedor de wisky que vivía en el hermoso caserón de la Plaza de Oriente.

Después...

¿De qué vivían todos estos soñadores?

Les nutría un alimento a cuyo lado todas las maizenas y todas las nutreínas que se han inventado no son más que pretextos para la anemia.

Ese alimento se llama la Esperanza.

IV

LA MADRE CATALINA

—¡Válgame Dios, Joaquín! Pero ¿cómo te has dejado pescar?

—Pues ya ves.

—Y ¿tú crees que ha sido ella, Carmen?

—Así, en rotundo, no puedo afirmarlo. Desde luego ella ha sido la última mujer con quien he estado.

La madre Catalina soltó el hilillo de su sonrisita.

—¡Qué tontos sois los hombres! ¿Y eso qué tiene que ver? A lo mejor estaba ya el virus en ti antes de esa cohabitación... y entonces la contagiada habrá sido ella.

—¿Tú crees?...

—Nada sabemos.

Mientras hablaba, la madre Catalina se iba desnudando.

Estaban en su casa, un cuartito muy coquetón, pero de entrada y escalera sombrías, y en el que la inquilina había suprimido la luz eléctrica y se alumbraba con unas velas de cera coloreada que, al consumirse, producían un tenue perfume afrodisíaco.

De todos modos al llegar al piso, y por el olor de la cera, parecía que iba uno a una visita de pésame.

—Felizmente estoy yo aquí. Cuando salgas de mi casa, dentro de unas horas, estarás curado.

—¿Es cierto eso?

—¡He curado a tantos!

—Pero... yo ¿qué tengo que hacer?

—Obedecerme. Nada más que obedecerme. Por lo pronto, desnúdate del todo; como yo.

En la estancia no había más que una gran cama turca, un buda del tamaño de un perro lulú alzado en un trípode, y a sus lados, encendidas, dos velas, una roja y otra verde. Nada más.

—Mira qué bien estoy aún de cuerpo.

Y era verdad; aquella mujer de cuarenta

años, a la que muchos españoles habrían llamado vieja, era, si no una escultura, por lo menos un maniquí de escaparate.

—Pero... desnúdate del todo: hace falta—le dijo ella.

—¿No lo estoy ya?

—No. ¿Y eso?

Señaló al sitio en que el comunista, como todo varón bien constituído, tenía el imperativo categórico, y donde ahora lucía un envuelto de kilo y medio de algodón hidrófilo.

—Quítatelo también. ¡A quién se le ocurre sacar a pasear el sexo con gabán de pieles!

—Pero...

—Ni que fueras al Polo.

—Ya te he contado lo que me pasa...

—¿Y qué? ¿No has venido aquí a curarte? Pues comienza por poner al desnudo tus heridas.

Belluga obedeció.

Púdicamente refugióse en un rincón de la estancia y despojóse del aditamento sanitario.

No se alarme el lector: no vamos a describirle lo que allí apareció una vez que la envoltura algodonosa cayó por los suelos. Sobre que la mayoría de los lectores ya sabrán lo que es eso, *por haberse visto en el mismo caso*, ésta es

una novela ideológica y en ella no tienen cabida ciertos naturalismos a base de yodoformo.

—Ahora acuéstate ahí.

Joaquín siguió obedeciendo.

—Voy a apagar las velas: la luz no nos hace falta para nada y más bien perjudicaría al éxito del sistema curativo que yo empleo.

Yo, lector, también me alegro de que se haya apagado la luz: ello nos evitará presenciar un cuadro cuya descripción acaso nos abochornase. Luego cobra uno fama de pornográfico, y las madres de familia prohiben a sus hijas, bajo las penas más severas, que lean nuestras modestas producciones.

Lo que allí pasó, en el seno de aquella oscuridad que olía a cera perfumada, no podemos deducirlo más que valiéndonos del oído, y saboreando algunas frases, generalmente entrecortadas, que cruzaban el espacio.

—¡Cuidado, hija, que me haces un daño horrible!

—Se trata de que te pongas bueno.

—Sí, pero es que...

—¡Calla! Tú déjame hacer.

—¡¡Ay!!

—No hay más remedio: hay que matar el microbio.

—Pero es que a quien vas a matar es a mí.

¿Era un camelo el sistema curativo de la gonococia que empleaba la madre Catalina?

Si le preguntáramos a un académico de la de Medicina nos diría que sí, que era un camelo, pero en la práctica parece que la cosa ocurría de otra manera.

Atisbo de una terapéutica del porvenir, o, por el contrario, resurrección inconsciente de mitos olvidados—en los egipcios parece que había algo de eso—, era el caso que la buena madre venía a ser para los microbios venenosos algo así de lo que ha sido para los militares ociosos el amigo Azaña, a quien me complazco en enviar un cordial saludo desde aquí.

El pueblo, que lo sabe todo menos el medio de pagar sin refunfuñar las contribuciones, afirma de antiguo que la lengua del perro es curativa de toda clase de heridas y de llagas: la cosa podrá o no ser cierta, pero ello es que se practica, y... acaso inspirándose en eso la madre Catalina, no porque se considerase de la raza canina, si no por cierta analogía terapéutica, aplicaba a la curación de la gonococia el

sistema lingual que ha hecho famoso al perro de San Roque.

Joaquín Belluga sufría al principio y empezó a regodearse al poco tiempo.

La verdad era que aquello no estaba mal: venía a ser como un bálsamo que, si no cicatrizaba, al menos preparaba la cicatrización.

Claro que la dama, de cuando en cuando, sentía la necesidad de descansar. Y empezaba a hablar.

—De modo que la cosa es para el mes que viene.

—Para el día 14.

—¿Y el plan...?

—Sencillamente estupendo: nuestros compañeros de Madrid, en número de seiscientos, armado cada uno con una "Star" y una navaja de Albacete, esperarán en el puente que hay sobre el Manzanares, entre la Casa de Campo y el ídem del Moro, el paso del rey, que a esas horas, indefectiblemente todas las tardes, vuelve de una de sus orgías al aire libre.

—¿Es seguro eso?

—¡Ya lo creo! Pararán el coche, tirarán al agua del río al mecánico y al lacayo, como castigo por haber estado al servicio del tirano, y se

apoderarán de Alfonso. Aquella noche, en punto de las once, el que ahora se titula rey de España será conducido al campo de las Vistillas y fusilado.

—Ah, ¿habéis pensado en matarle?

—Naturalmente. Fallecido el perro se acabó la rabia.

—Bueno, pero el rey no irá solo; llevará vigilancia, policía...

—Ya lo hemos previsto. Aquella mañana habrá estallado en Madrid la huelga revolucionaria de los obreros de pan candeal, y, con ese motivo, el grueso de la fuerza pública estará ocupado en vigilar las tahonas, centros societarios y tabernas.

—Eso es lo que se llama una distracción de fuerzas.

—Sí, justo: lo de las tabernas una distracción. Seiscientos hombres bien podrán con los diez o doce guardias y policías que sigan y vigilen el paso del coche real.

—¿Y una vez muerto el rey?...

—Antes, el Gobierno provisional, que ya está nombrado, y cuya lista tengo en el bolsillo de una chaqueta vieja que he dejado en casa, se habrá incautado del palacio de Oriente, del

Ayuntamiento, del Ministerio de la Gobernación y de la plaza de toros.

—¿De la plaza de toros? ¿Para qué?

—No lo sé; pero esas son las instrucciones que Chernowitz consigna en su famoso libro *Fisiología de la violencia*.

—¿Cuándo irás tú a Madrid?

—Saldré de aquí dos días antes.

—¿En qué tren?

—No lo sé: puede que no vayamos en tren, que nos vayamos en coche.

La madre Catalina no amaba mucho trabajar gratis y exigía reciprocidad; para terminar la sesión Belluga se vió obligado a trabajar *en fraude* el sexo virginal de la mujer madura... que, como ya se ha dicho, continuaba siendo doncella.

Fué una caricia mutua. El número inmortal que con el tiempo iba a dar nombre a una revolución española fructificó en la estancia, que seguía oliendo a perfume cerúleo.

Ya no hablaba ninguno de los dos. Sólo, al final, se oyó la voz de ella:

—Con tres sesiones como ésta quedarás curado.

.....

A la mañana siguiente, en punto de las once, la madre Catalina conversaba en un bar diminuto de la avenida Iena con un tío mal encarado y a medio afeitar. Le contaba, ce por be, todo lo que Joaquín Belluga le había contado la noche antes, mientras se dejaba *curar*.

Cuando el relato terminó, el hombre le dijo:

—Está bien, madre. Siga teniéndome al corriente.

Y le puso sobre el tablero del velador un billete de cien francos.

V

EL CAUDILLO

—¿Vendrá?
—Vendrá.
—¿Sin falta?
—Si no se ha muerto después de las seis de la tarde, en que me he separado de él.

Eran las ocho.

Estamos en "Al ojo de Moscou", y estamos todos los parroquianos: la Guadiana, Daniel Burgos, Alejandro Sakova, Lelé, Joaquín Belluga, la madre Catalina, Rocamadur, etc., etc.

A quien esperan con ansia, con verdadero anhelo, es a Cristeto Salas, español él, revolucionario él, *pero* republicano él. Era un creyente fervoroso en el triunfo de la República, y, como todo creyente, tenía un poco perturbado el sentido crítico. Para él la República en Es-

paña significaba la felicidad de todos los españoles, felicidad total, absoluta y definitiva.

Belluga y los otros comunistas de la tertulia se reían mucho de todo aquello.

—¡La República!—decía despectivo Rocamadur—. Un régimen burgués, que no tiene ni siquiera la vitola heroica ni la solemnidad majadera de la Monarquía.

Pero pensaban explotar el prestigio de Cristeto en las masas revolucionarias para derribar lo actual.

Prestigio que emanaba, casi por entero, de la oratoria. Porque Cristeto Salas era un canario—aunque había nacido en Zamora—dispuesto a cantar en trino heroico a cualquier tema que se le pusiera delante, por forzado que fuese.

Hablaba bien, ello era cierto, pero hablaba demasiado, y resultaba, al muy poco rato, empalagoso; su figura ayudaba no poco a esa sensación de empacho, pues el rostro, cruzado por un bigotín de galán de comedia rosa, se aureolaba en lo alto por unos pelos rizados del más puro estilo peluqueril, que eran una invitación al choteo.

Era hombre honrado, irreprochable en su

conducta pública y privada, y dotado de cierto talento, aunque no de tanto como creían sus partidarios más entusiastas.

Había salido voluntariamente de España dos años antes, pero al poco tiempo de residir en París había hecho y escrito tales cosas que ya no podía volver a pasar el Pirineo, convirtiendo así en forzoso su destierro voluntario.

Ahora era el jefe indiscutible y acatado de la revolución española, y, desde luego, el próximo día 14 estaría en Madrid y sería uno de los que pusieran la bandera tricolor en el balcón central del Palacio de Oriente.

A las ocho y media penetró el caudillo en la sala diminuta del bar comunista. No venía solo: le acompañaba una dama rubia, muy guapa: la misma que había saludado con el brazo a Joaquín Belluga en su ventana desde una de las aceras de la plaza de Montparnasse.

El hombre la miró con cierto odio: la duda persistía: ¿habría sido ella?

Todos rodearon al futuro presidente de la República española.

—¿Quién otro podía serlo?

El hombre soltó una frase de las suyas, largas como una falda de hace veinte años:

—Compañeros: no os digo buenas noches, sino buen año, porque éste va a ser para nosotros el año sagrado de la Libertad, y no importa que nuestro ideario diverja en cuestiones de detalle, ya que estamos unidos para desear el triunfo de la Libertad, del Derecho y de la Justicia.

Pantalonoff se le acercó, obsequioso:

—¿Qué va usted a beber, señor presidente? Tengo mucho gusto en invitarle.

Belluga, que conocía los hábitos abstemios del caudillo, dijo al dueño del local:

—Tráigale usted un cocimiento de manzanilla y un número del *Petit Parisien*.

No se lo iban a dejar leer, porque muy pronto no hubo en todo el local más que un grupo, en cuyo centro quedaba, como una cotorra, el bueno de Cristeto Salas.

A él le encantaba eso precisamente. Alguien le preguntó:

—¿Ahora va en serio?

—Esta vez sí: el pueblo entero está esperando que nos pongamos en marcha, y el viejo árbol de la Monarquía no da ya sombra para cobijar con ella ni siquiera a los empleados de Palacio. Ayer mismo hemos recibido la adhe-

sión—secreta, naturalmente—de tres alabarderos: un sargento y dos bombardinos de la banda. El país en masa está con nosotros.

—¿En masa? ¿Y los curas también?

Salas, un poco desconcertado, se volvió a mirar al que le había interrumpido; vió un hombre alto, muy coloradote, con mirada dura de epiléptico. Era Costello, el revolucionario madrileño.

Cristeto, aparentando serenidad, intentó responderle.

—El clero...

—Sí, los curas—recalcó el otro.

Salas ya sabía por dónde iba el tiro; él era creyente, iba a misa, y siempre lo estaba diciendo, como si aquella prueba de sinceridad fuese garantía de otras sinceridades.

Y a Costello, eso de que un revolucionario fuera a misa era cosa que no le cabía en la cabeza. Bien es verdad que la cabeza de Costello era un recipiente harto exiguo.

Cristeto salió del paso lo mejor que pudo.

—El clero español, salvo excepciones que extirparemos como la mala hierba, es un conjunto de ciudadanos que sabrá cumplir con su deber, ya que la Historia de las grandes de-

mocracias medievales nos muestra que el principio religioso ha sido siempre el gran animador de todas las empresas nacionales. La República española será lo que quiera el pueblo que sea, pero no será una República de blasfemos.

—¿Y qué piensan ustedes hacer con el rey?

—También lo dirá el pueblo.

—¡Matarle!—casi gritó Belluga.

—¡Es una barbaridad!

Fué una voz femenina la que pronunció estas palabras. Fué... la rubia, amiga de Belluga, y su probable *envenenadora*.

Mujer interesante en verdad.

Tanto... que merece capítulo aparte.

VI

UNA AMANTE REAL

Se llamaba Carmen, era alta, rubia, delgada, ondulante y, además, valenciana.

Ella decía que, durante varios años, había sido la amante de don Alfonso de Borbón, *todavía* rey de España.

¿Era ello cierto? Yo no lo sé. Posible sí, desde luego; en conciencia era todo lo que podía afirmarse.

Carmen Balazote no era española de espíritu, *ni lo había sido nunca*, como he leído el otro día en una novela vanguardista: en estos últimos tiempos había vivido siempre en París, y aquí era donde don Alfonso la veía, en los múltiples viajes que hacía al cabo del año con el pretexto de ir a Londres a ver a su sue-

gra, pretexto que no se me negará que tiene cierta gracia.

La bella rubia no había estado más que una vez en Madrid, y la pobre guardaba un recuerdo algo catastrófico de su viaje.

Véase por qué: hospedóse en el mejor hotel de la entonces corte, pues creía ella que eso era lo que correspondía a su alcurnia de amante real; pasó aquí unos días juergueándose de lo lindo—como que tuvo hasta la suerte de asistir a un estreno del maestro Penella—, y al marcharse concibió la maquiavélica idea de mandar la cuenta del hotel a la Intendencia de Palacio.

La cuenta volvió sin pagar: el intendente, un señor muy devoto, que iba por la calle con unas gafas negras para no ver, según decía, las carnes rosadas de las mujeres en su impúdico exhibicionismo, dijo que, si acaso, aquello debían pagarlo en el Ministerio de Hacienda o en la Junta para la Represión de la Trata de Blancas, pero que él no tenía nada que ver con aquello.

Carmen Balazote salió de Madrid con bastante mal sabor de boca y llamando a gritos *sale cochon* al intendente de la Real Casa y Pa-

trimonio, y puede que a alguien que estaba por encima de él.

Y, de vuelta en París, se dedicó a frecuentar los medios revolucionarios, y en esas frecuentaciones vino a caer en "Al ojo de Moscou".

Fué allí donde conoció a Joaquín Belluga, fué allí donde intimó con él, y no fué allí, pero sí muy cerca de allí, donde yació con él de modo harto contumaz, y donde, según sospechas del discípulo de Lenine, le inoculó el virus galicoso.

A Belluga, aparte de que la ciudadana rubia estaba muy bien, halagábale un poco, allá en el seno del inconsciente, el hecho de que la ex amante de un rey yaciera con él, proletario del espíritu, que no admitía más reyes que los de los naipes, y eso cuando venían por su mano.

Claro que ese halago podían sentirlo, al propio tiempo que Belluga, unos cuantos ciudadanos más, pues la ex querida de Alfonso, sin duda por vengarse del ultraje de Madrid, compartía su lecho con diversos ciudadanos y con una frecuencia de corriente continua.

El que estas líneas traza conoció a Carmen Balazote un verano en Biarritz; pasó el mes de septiembre hospedada en el hotel de más postín de la deliciosa playa francesa, siendo la comi-

dilla de la colonia española..., que si hubiera tenido que madrugar todos los días para subirse a trabajar en un andamio o para ir a cavar viñas, no se habría preocupado tanto de lo que en realidad no le importaba.

Fué precisamente un verano en el que el entonces rey de España no hizo ni una sola visita a Biarritz. No importaba.

Doña Carmen hubiera quedado completamente en ridículo a no ser porque los amigos personales de don Alfonso se encargaban de propalar la inocente leyenda de que su majestad venía todas las noches desde San Sebastián, de incógnito y disfrazado de exportador de capitales, a visitar a su amada.

Querían así esos amigos personales de su majestad dar al *señor* fama de mujeriego y tenorio, como si no fuera suficiente con la que tenía de polista, matapichones y vencedor en los campos africanos.

Al principio, los medios comunistas acogieron con cierta desconfianza a aquella socia, que por haberse revolcado en sábanas reales algo tendría del virus despótico, por lo menos en su epidermis. ¡Belluga bien sabía que era otro el virus en cuestión!

¿Una renegada? Podía ser; pero, por si las moscas, nunca sería superflua cierta desconfianza.

Pero tales pruebas dió de lealtad y adhesión a la causa, con tal empeño tomó lo de derribar la Monarquía y despojar de la corona al que había sido su amante, que los más recelosos cedieron.

Incluso alguien, más confianzudo, habló de utilizar a Carmen como gancho para preparar una celada en la que pudiera caer el Borbón: llevarle, por ejemplo, una noche, a un tabernucho de la *banlieue* de París, y allí, dándole a beber un wisky muy malo, hacerle firmar la renuncia a la corona a favor de Cristeto Salas.

La trama, que habría encantado a Cristeto, encontró la oposición de la mayoría del grupo; a lo mejor el Borboncete, una vez dormida la mona, deshacía todo lo hecho... y había que pagar encima el gasto del wisky.

No, lo mejor era matarlo.

Y fué entonces cuando surgió, como una llamarada que escapa de un horno mal tapado, el grito de Carmen Balazote:

—¡Es una barbaridad!

Grito al que siguió un silencio.

Silencio que rompió, al cabo de unos segundos, la voz de corneja con amigdalitis de Cristeto Salas.

—¿Por qué, hija mía? Los reyes que han muerto en el cadalso no son los que más daño han hecho a la institución monárquica, sino aquellos que han muerto en el exilio, pobres, desprestigiados y dando sablazos a sus antiguos súbditos.

¡Pequeñez de frase!

Belluga, que no era tan orador como Cristeto, volvióse a la dama y preguntóla, achulando un poco el tipo:

—¿Es que le quieres todavía?

—¿A quién?

—¡A quién ha de ser! Al nieto de la reina castiza.

—¡Vamos, no digas bobadas! ¿Le he querido acaso nunca?

¡Oh perfidia del alma femenina! Ella no quería que su ex amante muriera; por lo visto lo que quería era verlo destronado en París, pobre, desprestigiado y sablista.

¡La letra de un tango!

VII

LOS ONCE AÑOS DE LELÉ

—¡Pues morirá!
—¡Pues es... por lo menos una torpeza!
—Es la ejecución de una justicia.
—La pena de muerte es absurda.
—En este caso, no.
—¿Por qué?
—Se mata a un hombre para que vivan veintidós millones de ellos.
—No hay necesidad, para eso, de derramar ni una gota de sangre.
—La sangre es tan necesaria a las revoluciones como la sal a los guisos.
—¡Estáis locos!
—Y tú histérica.
—Esa es vuestra excusa con las mujeres: en

cuanto hacemos o decimos algo que os contraría, en seguida apeláis al histerismo.

—¡Todas, todas estáis locas! ¡Hasta ésta, que no tiene más que once años!

Esta era Lelé, la impúber de mirada perdida y tristeza perenne, que casi podía decirse que vivía en "Al ojo de Moscou" y asistía, con la excelente disposición de su alma virgen, a todas aquellas reuniones revolucionarias y de un comunismo un poco de feria.

¿Cómo había caído allí?

De modo un poco vago e impreciso: dos años antes, cubierta de harapos, en uno de los días más inclementes del invierno parisiense, entró en el bar a pedir limosna; en realidad, no se sabía si pedía algo o recitaba de memoria una oración.

Fué acogida con la hostilidad con que en todos los países civilizados es acogido casi siempre el que mendiga en sitios públicos: anticipo subconsciente del desprecio que debe inspirar el que no sabe exigir lo que en justicia se le adeuda.

Pantalonoff, agitando en el aire una servilleta, como si fuera una tralla, fué a expulsarla del local, y ya tenía abierta media puerta y a la

mocosa cogida por el pescuezo cuando, de detrás del mostrador, salió una voz conminatoria que le hizo interrumpir la faena:

—¡Espera!

Se trataba de la mujer de Pantalonoff, una rusa de la parte baja del Cáucaso, gorda, grasienta, con cierta cínica ferocidad en el rostro, que se coronaba con unos peluchos cenicientos recogidos en lo alto en un moño del tamaño de una de las cúpulas del Kremlim.

Hizo a su marido un gesto que quería decir:

—Ven para acá con ella y cierra la boca.

Lo que quería era quitar a la niña de la mirada curiosa de los pocos clientes que había en el local. Al tenerla al alcance de su mano la cogió y la hizo pasar por una puertecilla, mientras decía por lo bajo a Pantalonoff:

—Puede servirnos; deja que yo me entere.

Y se encerró con la pequeña en la cocina, que olía horriblemente a coles cocidas.

Empezó por obsequiarla con un trozo de pan impregnado de manteca, y después la sentó en sus rodillas.

—¿Tienes frío? ¿Y hambre?

—Sí, señora.

—¿Cómo vas sola por la calle? ¿O es que te espera alguien a la salida?

—No, señora. Desde hace tres días estoy sola.

—¿Es que te has escapado de tu casa?

—No.

—¿Entonces?

—Mi madre me ha echado a la calle, y como yo no sé volver allá...

—¿Dónde es?

—Lejos de aquí: se tarda tres horas en venir.

—Entonces... ¿no tienes dónde ir?

—No, señora.

La dama—¿por qué no llamarla así?—quedó un momento pensativa. Al fin puso en pie a la chica y se levantó ella también.

—¿Te gustaría quedarte aquí, en mi casa?

—Sí, señora.

Como si le hubieran preguntado: "¿Te gustaría arrojarte a un pozo?"

¡Qué más le daba!

—Pues verás... ¿De verdad no te espera nadie en la calle?

—No, señora. Salga usted y lo verá.

—Bueno, pues mira, lo primero voy a darte

otra ropa, porque con esos pingos no puedes ir a ninguna parte.

De un cofre de piel de camello sacó la gorda una falda colorada, a la cual dió un corte gigantesco, de modo que quedó medio arreglada para que Lelé pudiera ponérsela.

—Ponte esto ahora: luego saldremos y te compraré ropa.

La chica obedeció: obedecía a todo; su destino era precisamente ése.

La rusa, como es lógico, tenía su plan: ella necesitaba una criada, pues la que tenía se le había marchado, quejándose de hambre y de malos tratos, y aquella niña infeliz podía servir admirablemente para el caso.

Cuando expuso al marido sus proyectos éste torció el morro.

—¿No tendremos algún tropiezo con la policía?

—¿Por qué? Esa niña no tiene a nadie en el mundo que nos la reclame.

—¿Cómo lo sabes?

—Ella misma me lo ha dicho.

—¿Y si ha mentido?

Entonces la del Cáucaso tuvo una frase magnífica:

—¡Una mujer no miente nunca!

¿Qué se podía objetar a aquello? La pequeña se quedó.

Vestida con aquella falda colorada parecía una de esas monas que colocan a la puerta de los barracones de feria para anunciar el espectáculo. Su comida consistía, por lo general, en un trozo de pan mojado en el café con leche que sobraba en las tazas de los parroquianos, y unas patatas cocidas, casi convertidas en puré.

Dormir, dormía sobre dos sacos llenos de viruta, casi siempre sin desnudarse.

Y el trabajo empezaba para ella a las siete de la mañana y a veces, con raros intervalos, se prolongaba hasta la madrugada.

Tenía varias misiones: una de ellas era el fregado de cuantos cacharros, vasos, platos y cubiertos ensuciaban los clientes; otra, la limpieza del retrete, que la dueña, tan sucia en su persona, quería que estuviese siempre como un espejo; otra, el barrido del bar y de las reducidas habitaciones que servían de vivienda.

Y cuando, muy de tarde en tarde, el ama la veía sin hacer nada por haber terminado las faenas anteriores, la buscaba trabajo en seguida.

—Tienes que zurcir esa ropa.

—Tienes que lavar esas servilletas y esos manteles.

—Has de limpiar por dentro esas botellas.

Obedecía, sin decir palabra.

Al principio, torpemente, pues era novata en todos los oficios; después, con acierto y justeza.

Y de continuo, con pretexto del más leve descuido, y a veces sin ese pretexto, la gorda se iba a ella, le cogía un trozo de carne de uno de los brazos, y, con sus dedos, que parecían morcillas de hierro, apretaba, retorcía, en un pellizcazo formidable.

Los débiles bracitos de la pequeña fueron muy pronto dos cilindros llenos de manchas moradas y amarillentas. Ella, las primeras veces, al sentir el dolor, daba un grito irremediable, pero al oírlo, la mano que le quedaba libre al verdugo iba derecha a la boca de la víctima y, de un enorme manotazo, la hacía callar.

La lección fué muy bien aprendida, pues al tercero o cuarto día ya, por muy fuerte que fuera el pellizco, la boca de la pequeña no se abría: lo que hacía, al contrario, era apretar mucho los labios y los dientes, y, cuando el dolor era muy intenso, derramar unas lagrimitas.

Aparte el dolor material, la pequeña ni sufría ni sentíase humillada con aquello. Le parecía natural, como si recibiera la clase de trato para que había nacido. ¡Qué tal sería su vida de antes, que así encontraba normal ésta de ahora!

Nunca hablaba de esa vida anterior; cuando la rusa le preguntaba—acaso por ver si el relato le sugería alguna crueldad inédita—, la nena contestaba casi con monosílabos.

—Salíamos a pedir por ahí...

—Alguna vez, mi madre me pegaba...

—Padre no había en casa...

Y así por el estilo.

Lo curioso del caso era que con aquella vida absurda de animalito maltratado la chica iba mejorando físicamente.

Tenía buen color, se le había llenado un poco de carne el antes desmedrado cuerpecito, y hasta en la región pectoral, en lo que con el tiempo serían los apetitosos promontorios del sexo, había ahora como un almohadillado carnoso, que empezaba a resultar apetecible.

La cocina donde ama y criada pasaban casi todo el día tenía un ventanuco a un callejón lateral, oscuro y húmedo, como son muchas calles de quinto orden de París.

Apenas transitaba gente por él, ya que una de sus aceras estaba ocupada en su totalidad por la fachada posterior de un almacén de hierros.

En las horas centrales del día aquel ventanuco, que quedaba a la altura del pecho de un hombre, permanecía abierto en su hoja de madera, mientras el ventanal de vidrio quedaba cerrado; como en la estancia había siempre luz encendida, fijándose un poco podía verse muy bien desde la calle lo que pasaba en el interior.

Una tarde, cuando llevaría la niña un mes en la casa, los dedos-tenaza de la patrona apretaban, hasta hacer sangre, el bracito derecho de la riada; en un movimiento de ambas, aquélla vino a quedar cara al ventanuco, y vió encuadrado en él un rostro envuelto materialmente en unas barbas blancas, el que fuera miraba muy risueño y complacido el espectáculo.

La rusa tuvo un poco de miedo. Aquel espectro ¿lo habría visto todo e iría a denunciarla?

Porque ella tenía plena conciencia—de ahí su regodeo—de la maldad de lo que hacía; lo que estaba realizando con la muchacha desde que entró en su casa, era un puro secuestro.

No importaba que la pequeña, por una broma de la Naturaleza, lejos de tener el clásico aspecto famélico y demacrado de todas las secuestradas, estuviese de buen color y relativamente rolliza. Un simple aviso a la policía bastaba para que la gorda del Cáucaso durmiera en San Lázaro, al menos provisionalmente.

La cuestión es que ella recordaba aquel rostro venerable que se asomaba al ventanuco de su cocina como un proyecto de acusación: le había visto más de una vez en las mesas del bar, aunque hacía algún tiempo que no le veía.

El hombre, que continuaba riendo muy complacido, y con un brillo equívoco en la mirada, quiso, sin duda, aclarar la situación: para ello, a través del cristal, enseñó a la dama un mugriento billete de cinco francos, haciendo ademán de ofrecérselo.

No era señal aquella a que la rusa no respondiese. ¡Y ella que le había tomado por un mendigo curioso!

Abrió el cristal y, después de apoderarse del billete, preguntó al hombre:

—¿Qué quería usted?

El no contestó directamente; pero sí lo hizo con un circunloquio.

—Hace usted muy bien en castigarla; las niñas malas sólo se corrigen así.

Y, bajando la voz:

—Yo pasaré con frecuencia por aquí; cuando usted me vea le atiza de firme. Yo le daré siempre cinco francos.

Y se marchó, callejón adelante.

La gorda cerró el cristal.

Y desde entonces, casi a diario, hubo cinco francos más en la casa.

Un día, en que sin duda la paliza había sido más fuerte, el anciano bíblico dió, en vez de cinco, diez francos.

Y esos eran los once años de la españolita Lelé.

Porque resultó que era española.

Aunque ella, como el cangrejo de Rámper, *no lo sabía.*

VIII

UNA DALILA DE FALDA CORTA

Carmen Balazote, desde que supo que Cristeto Salas se encontraba en París, procuró ponerse en contacto con él.

No le costó mucho trabajo: el revolucionario español tenía la costumbre de concurrir todas las noches, alrededor de las siete, a un café situado hacia la mitad de la calle de Rennes, donde se dedicaba a beber cerveza y a leer la Prensa del día.

No tenía tertulia; daba esa prueba de buen gusto. Algún amigo, conocedor de su escondrijo, se llegaba hasta allí y le daba un rato de conversación.

El no parecía hacerle mucho caso, y la mayor parte de las veces continuaba leyendo sus

periódicos, entre frase y frase suelta que dedicaba para contestar al visitante.

El cual, aburrido, se marchaba y, generalmente, no volvía más.

Carmen llegó una noche y se presentó ella misma.

El gran hombre estaba solo; fué decidida a su mesa y le dijo:

—¿Usted es don Cristeto Salas?

—Sí, señora.

—¿No me conoce?

El estadista hizo dos cosas: ruborizarse y ponerse de pie.

—La verdad..., no recuerdo.

—Me presentaré: soy Carmen Balazote.

—¡Ah!

La verdad era que aquel nombre no le decía nada.

Y la muy infeliz pensaba que toda España estaba pendiente precisamente de aquel nombre.

—Si me permite, me sentaré aquí.

—Iba a rogárselo.

—¿No le estorbaré?

—¡Por Dios! Ya ve que estoy solo.

—Y ¿no espera a nadie?

—Señorita, yo no espero más que una cosa en el mundo: el advenimiento de la República española.

—¡Hola!... Pues yo iba a traer una carta de presentación para usted de Joaquín Belluga, el comunista. ¿Le recuerda?

—Una gran cabeza y un gran espíritu. ¡Lástima que se haga un lío con eso del comunismo y que confunda la propiedad colectiva con un autobús!

—He preferido venir sola.

—Ha hecho usted muy bien. ¿Es usted española?

—No señor: rumana.

—Habla usted el castellano sin acento alguno.

—Mis padres eran españoles.

—¡Ah!...

—Y mis abuelos también.

—¿También los abuelitos? ¿De qué parte de España?

—De Oporto.

—Sí...

—De donde es el vino de jerez.

—Sí, sí.

Claro que Carmen, a pesar de los grandes

deseos que tenía de charlar y decir disparates, no le dijo que ella había sido la amante del rey de España. Una sola razón tenía para no decírselo, pero ésta muy poderosa: sencillamente la de que creía que el buen Cristeto estaba harto de saberlo.

Hablaron mucho en aquella primera entrevista. En esa noche Salas no leyó periódicos.

Y al final de la visita, Carmen, después de ofrecerle su casa, calle de Euler, 32, le invitó para tomar una taza de té en ella, a la tarde siguiente, a las cinco.

El prometió asistir.

¿Qué se proponía aquella Dalila moderna?

A lo mejor, nada.

Sabido es que hay individuos de la especie humana, sobre todo en el sexo femenino de esa especie, muy amantes de intrigar por intrigar, por amor de la intriga misma, sin idea alguna de lucro o de provecho.

Es el juego por el juego.

A la mañana siguiente, y cuando ya Cristeto Salas, por cierto miedo instintivo, estaba dudando si acudir o no a la cita de aquella tarde con la dama rubia, alguien en su presencia

pronunció el nombre de Carmen Balazote como el de una antigua amante del rey.

—¿Carmen Balazote?... ¿Es una rubia, alta, muy guapa, con ojos muy hermosos, que dice ella que es rumana?

—La misma. Es valenciana. Pero ¿no la conoce usted? Se la ve mucho por París.

Se guardó de decir que la conocía. Y desde aquel momento decidió acudir a la entrevista de la tarde; su espíritu de *parvenu* no le dejaba ver que ahora era precisamente cuando debía abstenerse, dado lo que aquella mujer había sido y lo que él estaba ahora haciendo y preparando en París.

Llegó a la casa de la calle de Euler poco antes de las cinco.

La tal calle, como sabe todo el que conozca un poco París, es una calle no muy extensa, situada en las cercanías del Arco de la Estrella, es decir, en ese barrio que sólo tiene fama de elegante y distinguido, pero donde, además, se encuentran las casas de citas más discretas y de mayor categoría de toda la ciudad.

Muy cerca de la tal calle está la famosa casa donde hace tres años un marido de la más alta burguesía parisiense llevaba a prostituirse a

su mujer, mientras él, desde la habitación inmediata, contemplaba a través de un orificio practicado en el muro los movimientos... revolucionarios de su costilla y de su *partenaire*.

El tal marido, una noche, fué muerto en su propia casa por su mujer, de dos tiros, al volver de una de esas... veladas. El crimen hizo que todas aquellas porquerías salieran a luz, y la matadora, naturalmente, salió absuelta.

La casa en que Carmen había dado cita a Cristeto era también una casa de ésas; un futuro jefe de Estado se merecía por lo menos una cosa así.

Ni ella vivía allí ni allí vivía nadie más que la dueña, las encargadas y las criadas.

El de Salas oprimió un timbre de una puerta de cristales esmerilados, que se abrió sola a su llamada, y subió por una escalera, adornada con una alfombra tan mullida que más que alfombra parecía un colchón.

En lo alto de esa escalera le aguardaba una doncella rubia, vestida con el traje clásico que han popularizado las operetas y los vodeviles.

—Pase por aquí, señor.

Le introdujo en un saloncito de paredes de laca y muebles tuberculosos: esos muebles mo-

dernos que parecen fabricados con tibias y fémures humanos, sometidos a un niquelado concienzudo.

—La señora viene en seguida.

El estadista estaba emocionado. ¿No le habría citado allí la rubia ex amante real más que para darle el té?

Su espíritu de plebeyo poco familiarizado con la riqueza se extasiaba ante aquellas lacas, aquel bienestar lujoso, aquel recogimiento de buen tono.

¡Cómo se veía que la dueña de aquella casa —creía él—había sido la amante de un rey!

El, por principios, odiaba a todos los reyes, pero no podía negarse que...

Una dama respetable, venerable y admirable en sus sesenta años, penetró suavemente en la laqueada estancia.

—Esta debe haber sido amante de algún emperador—pensó Cristeto.

—Buenas tardes, señor presidente.

¡Atiza!

—La señora Balazote vendrá en seguida.

Cristeto estaba anonadado.

IX

UN CRIMEN SIN SANGRE

El matrimonio Pantalonoff decidió hacer lo que hacen ciertos malhechores cuando están preparando algún golpe: ponerse a bien con la policía.

Una mañana el marido tomó el camino de la Prefectura, y allí, después de subir siete escaleras y recorrer treinta y dos oficinas, pudo exponer el objeto de su visita ante un funcionario de bastante edad, que le oía con la misma indiferencia aburrida que a mí pudiera producirme el relato de las incidencias de un partido de fútbol.

—Mire, señor: mi mujer y yo hemos recogido una niña, al parecer de unos once años, que se entró el otro día en casa a pedir limosna. Venía muerta de hambre y de frío, no tiene a na-

die en el mundo y no quiere marcharse a la calle. Nosotros no tenemos corazón para echarla, y quisiéramos legalizar la situación de esa niña en nuestra casa.

Se calló.

El funcionario no le respondía. Por fin, haciendo un esfuerzo, le dijo, en tono bastante desabrido:

—¿Y qué quiere usted que yo le haga?

—¿Quién puede hacerlo entonces?

—Tiene usted que dirigirse a la Asistencia Pública.

—¿A la Asistencia Pública?

—Sí, señor.

Y para dar a entender que el diálogo se había terminado, tomó de la carpeta *Le Matin* y se puso tranquilamente a leerlo.

El ruso fué a la Asistencia Pública y empezó a maravillarse de las facilidades que se le daban; seguramente si se hubiera tratado del traspaso de la propiedad de un inmueble, en cualquier otro centro oficial le habrían exigido mayores requisitos.

Con un simple certificado del domicilio, otro de buena conducta y dos o tres papelotes análogos, la niña, considerada como infante aban-

donado, fué solemnemente confiada por la Asistencia Pública al matrimonio Pantalonoff para su educación, guardia y custodia, hasta que cumpliera la mayor edad.

La noche en que el ruso volvió a su casa con todos los papeles en regla, su mujer, considerando ya a Lelé como cosa propia, con garantía de la autoridad, la obsequió con una paliza descomunal porque fregando un plato lo dejó caer al suelo y se partió en siete pedazos.

Después de la paliza la obligó a arrodillarse y coger con los dientes cada uno de los pedazos, llevándolos así cogidos, y andando siempre de rodillas, hasta el cajón de la basura.

El antiguo chambelán del Gran Duque Afrodisio—que no otro era el anciano de las barbas blancas que daba cinco francos por saborear aquellos espectáculos—presenció el extraordinario de esta noche, pero lo presenció desde el interior mismo de la cocina. Convertido ya en parroquiano diario de "Al ojo de Moscou", acudía a la trastienda al menor ruido, con gran complacencia de la dueña.

—¿Para qué esperar en la calle?—le había dicho.

Al terminar la función de esta noche puso

veinte francos en la mano de la rusa y salió al bar, a tomarse un casis-menta.

A partir de las once la concurrencia en el local se aclaraba mucho.

Sólo quedaba un grupo de cinco o seis, en las dos mesas más cercanas al mostrador. Ese grupo lo presidía Joaquín Belluga—que, en efecto, gracias a los *masajes* de la madre Catalina, había mejorado mucho de su tropezón venusino—y lo formaban los que podríamos llamar los neófitos, los recién llegados a la doctrina.

Como era natural, se hablaba de la causa, e insensiblemente Belluga tomaba la palabra y se hacía oír con relativo silencio.

—Pero si es que el comunismo—decía a veces—no es lo que algunos se creen. Que en un régimen comunista no habrá pobres y ricos... Sí que los habrá, porque eso es muy difícil de evitar; lo que pasará es que los ricos durarán poco, porque en cuanto los demás se den cuenta de que lo son, su riqueza será sometida a una revisión rigurosísima y se separará de ella todo lo que deba separarse. Lo que no puede ser es que nadie viva a costa de nadie.

A veces algún oyente ingenuo le hacía pre-

guntas aclaratorias que eran como para hacer vacilar a un galápago; por ejemplo, una noche le preguntó uno:

—¿Y es que con el comunismo habría carreras de caballos?

El interpelado, fingiendo unas toses y una limpieza de nariz, tardó en contestar. La verdad era que él no se había planteado nunca tal problema.

Pero había que decir algo. Y lo dijo.

—Hombre... claro que las habrá. Pero organizadas de otra manera.

Era su sistema: cuando no sabía qué responder optaba por la respuesta que más puede satisfacer al que pregunta.

Es lo que debe hacer siempre todo buen propagandista.

—Lo que no puede ser es que unos trabajen y no coman, y otros coman y no trabajen.

—Pero ¿cómo se evita eso?

—Sí, se evita: ya se va evitando poco a poco. Los medios de producción deben ser de todos, y, en nombre de todos, debe disponer de ellos el Estado.

—Eso es el socialismo.

—¡Eso son frambuesas en vinagre! Los so-

cialistas son unos burgueses disfrazados que, de cuando en cuando, todavía se atreven a hablar de democracia; pero ¿qué broma es esa de la democracia? ¡Qué antigualla! Nosotros queremos, sobre todo al principio, una dictadura del proletariado. ¡Y al que le pique que se friccione!

—¿Y el amor? ¿Cómo será el amor?

—Absolutamente libre; pues no faltaba más. Las mujeres guapas deben ser para los hombres sanos y robustos, sobre todo en cuanto han cumplido los diez años.

Casi todas las noches el grupo tenía un oyente más: Lelé, que al ver a su dueña durmiendo en un sillón de la cocina, se escapaba despacito y situábase en una mesa próxima, escuchando muy atenta, con la cabeza apoyada en ambas manos.

Belluga la llamaba la ciudadana Lelé, y medio en broma medio en serio, la había inscrito en el partido, agregándola a una de las células que radicaban en Batignolles, que era donde él calculaba que la muchacha vivía antes de llegar "Al ojo de Moscou", deduciéndolo vagamente de lo que le había oído decir.

Claro que no la había inscrito con su verda-

dera edad: se la había doblado sencillamente, diciendo que tenía veintidós años.

Casi siempre, cuando la juvenil discípula estaba más entusiasmada oyendo al orador, la patrona, que se había despertado, llegaba sigilosamente desde la cocina y, cogiéndola por una oreja, la llevaba así arrastrando hacia adentro.

Y una vez allí la ponía a fregar el retrete.

X

"¡NO MORIRÁ!"

Cristeto Salas no esperó mucho tiempo en aquel saloncito de la casa de la calle Euler. La propia Carmen Balazote tardó poco en presentarse.

¡Qué guapa estaba! O, mejor dicho, ¡qué guapa era!

La cabeza, rubia aleonada, era una maravilla, y la cara, sin ser perfecta, tenía una expresión tan atractiva que era casi un peligro.

Cristeto, además de un revolucionario, era un voluptuoso; pero un voluptuoso contenido, que es el caso más grave.

Freud hubiera tenido en él amplia materia para sus atinadas observaciones, ya que la vida adocenada y vulgar que el hombre había llevado hasta entonces no había sido la más

a propósito para cierta clase de expansiones.

Eso que los hombres pomposamente llaman aventuras habían consistido en la existencia del abogadillo Cristeto Salas en el empujón furtivo y de corredor a alguna criada en el pasillo de su propia casa, o en la visita a algún humilde hostal amoroso de las madrileñas calles de Tudescos o de Lope de Vega—que en paz descanse—donde las sábanas de la cama no se renovaban con toda la frecuencia que recomienda el Consejo Superior de Sanidad.

Estos hombres que han abusado poco del sexo tienen la ventaja de llegar a la madurez, y casi al principio del ocaso de su vida, con una plenitud de energías que parece un premio de su propia fisiología.

Y esa plenitud era la que Cristeto Salas sentía que iba a estallar en presencia de la Balazote.

—¿No le he hecho esperar mucho, verdad? —preguntóle.

—No, hija mía.

—Y ¿cómo van esos trabajos?

—¿Qué trabajos?

—Los suyos: los preparativos de la revolución española.

—¿Quién le ha dicho que yo?...

—¡Vamos, señor Salas! Eso lo sabe todo el mundo en París... ¿Qué? ¿Cuándo echan ustedes al rey?

Cristeto sonrió: Quiso posar de galantuomo, y acercándose a la butaquita en que Carmen se había sentado, le dijo, en el tono de quien va a hacer una confidencia terrible:

—A usted, naturalmente, le preocupará mucho que le echemos o no...

—¿Yo? Si lo estoy deseando. Aunque aquello a que usted parece aludir existiera todavía, para mí es mejor que ese sujeto viva en París que no en Madrid.

—Pues la felicito.

—¿Por qué?

—Porque me parece que le va usted a tener muy pronto aquí.

—¿Tan bien van las cosas?

—En realidad, ni bien ni mal; es que la Monarquía española se cae sola: no hace falta nadie que la derribe.

Ni ella era tan torpe como para hacer a aquel hombre preguntas directas, ni él era tan tonto como para revelar a aquella mujer todos sus planes.

En aquella batalla de cautelas no era posible que nadie resultase vencedor, pero tampoco había ningún vencido.

—El, en el fondo, no es mala persona.

—Eso... usted lo sabrá mejor que nadie.

—Conmigo no se ha portado siempre bien, pero no creo que sea un malvado.

—Aunque de ello habría mucho que hablar, conste que eso a nosotros nos tiene sin cuidado. Nosotros vamos contra el régimen, no contra la persona.

—La persona no está mal, pero...

—¿Pero qué?

—Que a veces se olvida de pagar las cuentas.

—Eso es muy humano y nos ocurre a todos.

La rubia se había acercado a Salas todo lo que podía.

—¡Qué casa más bonita tienes!—dijo el estadista.

—Aún no la has visto toda: no has visto más que la escalera y esta habitación. Ven por acá.

Se tuteaban ya. En las épocas revolucionarias o, mejor dicho, prerrevolucionarias, el tuteo es de rigor.

La hetaira tomó por una mano—¡aquella mano que dentro de poco había de regir los

destinos de una nación de veintidós millones de habitantes!—a Cristeto, y le condujo por un pasillo, cuyos muros estaban adornados con cabezas de ciervos, a una alcoba cuyo estilo oscilaba entre el regencia y el chavanais.

El hombre, al entrar allí, tuvo el pálpito de que aquello era lo único que iba a conocer de toda la casa.

—¿Te gusta mi nido?—le preguntó la pájara.

—¿Duermes tú aquí?

—Duermo... cuando me dejan.

Y del modo más natural del mundo empezó a desnudarse.

Cristeto estaba un poco asombrado.

Al ver a aquella mujer despojarse de una especie de kimono con cola—¡ahora se llevan así!—que le sentaba muy bien, pensó que acaso él empezaba a hacer traición a sus convicciones.

Después de todo, aquella socia rubia tan guapa había sido, y acaso lo fuese todavía, amante del rey de España. ¿No estaría él cayendo en una celada?

Pero ¡era tan sugestiva!

Para tranquilizar su conciencia, el hombre, poniéndose un poco serio, la preguntó:

—¿Tú cómo andas de convicciones revolucionarias?

Y ella, que en aquel momento acababa de quitarse la camisa, creyó que él, bromeando, se refería al desarrollo de sus pechos, le dijo, sujetándoselos, como dos manzanas, con ambas manos, y dibujando en el rostro una mueca deliciosa:

—¿No las ves mis convicciones? Acércate y te enterarás... Pero no: mientras no te desnudes no te acerques. Los hombres vestidos no me parecen hombres.

—Hija mía, siento mucho que no quieras enterarte de que estoy hablando en serio.

Pero estaba perdido.

Deliciosamente perdido. Porque su imperativo categórico, que es el único que no nos engaña en ciertos momentos, le decía que el cetro y el imperio del mundo estaban allí, en aquella alcoba, y en el cuerpo de aquella mujer.

¿Qué le importaba lo demás? ¿Qué le importaba la próxima revolución española? Una mascarada más en el seno profundo de la Historia.

Se desnudó, como quien se dispone a arrojar-

se al agua. En realidad, eso era lo que iba a hacer.

Cristeto Salas, desnudo íntegramente, no era precisamente Apolo: más que Apolo era la fachada del Cómico. Pero eso no hacía al caso. Ella había tenido la precaución de apagar la luz central de la alcoba, y sólo había dejado encendida una tenue lamparilla rosada que sumía la estancia en una agradable penumbra de bodega.

Carmen dejóse caer en el lecho, sexo arriba. Su cuerpo, así, parecía una yacente estatua marfileña depositada por el doctor Goyanes en la mesa de disección.

La Balazote no tuvo más que decir una palabra:

—Ven.

Esa palabra mágica, a cuyo conjuro se han realizado en el mundo tantas cosas.

Cristeto fué.

RECOMENDAMOS AL LECTOR QUE SE FIJE EN LO QUE VA A SUCEDER AHORA: TODO LO QUE HA OCURRIDO EN LA ESPAÑOLA REVOLUCION DE ABRIL

SE FRAGUO EN ESTE LECHO DE ESTA CASA PARISIENSE DEL BARRIO DE LA ESTRELLA.

Por eso el autor escribe el párrafo anterior con letras mayores... únicas letras que le han quedado útiles después de cierta suspensión de pagos.

Cristeto cayó sobre Carmen; pero, por el momento, no pasó nada.

Ella sentía ciertos deseos de hablar.

—De modo que ¿estáis decididos?

—Claro que sí. No es cosa de volverse atrás: seríamos unos traidores.

—Y...

—¿Y qué?

—¡Las manos quietas! ¡Tiempo habrá para todo!... Quería preguntarte si... claro... os apoderaréis de la persona del rey.

—Es necesario.

—¿Y... le mataréis?

—Es conveniente.

—Pues vais a perder en flor todo el fruto de la revolución.

—¿Por qué?

—¡Válgame Dios! Pero ¿es que no lo habéis

visto? ¡Que siempre hemos de ser las mujeres más clarividentes que los hombres!

—¡Bah!

—¡No me toques ahí que me haces cosquillas!

—Bueno, mujer.

—El rey, muerto por vosotros, será un mártir, es decir, el sostén más firme de toda religión nueva: su sangre, no es que caerá sobre vuestras cabezas, que eso sería lo de menos, es que enturbiará todo lo bueno que podáis hacer después.

—Debe morir como él mató a Galán y García Hernández, a Ferrrer, a Rizal, a Torrijos...

—¿Qué dices?—se alarmó la Balazote, que sabía algo de Historia.

—Bueno, él o sus abuelos, me da igual. ¿No heredan el trono y la corona? Pues que hereden también lo otro.

Hubo un silencio, que Cristeto aprovechó para pensar.

¿Por qué, de pronto, había él evocado la España de sesenta y dos años antes? Era el año 69: Isabel II acababa de ser destronada, y la revolución triunfante perdía el tiempo en unas Cortes Constituyentes, buscando un rey para

España, como si la patria de Cervantes y de Jardiel Poncela no pudiera vivir sin uno de esos fantasmones arlequinescos que llaman reyes.

Prim... Sagasta... Romero Robledo... Manterola... Castelar... Olózaga... Estos, y algún otro, eran las figuras de relieve de aquellas Cortes, a cuyo abrigo ganaba muy buenos reales una tal doña Angustias, que había tenido el buen acuerdo de instalar una casa de niñas en la calle de San Agustín, casa que estaba siempre más concurrida que el salón de sesiones del palacio vecino. Doña Angustias se estaba hinchando: como que murió hidrópica el año 74.

¡Prim! Aquel hombre enteco, desmedrado y de color quebrado, había sido el alma de todo lo ocurrido en España en aquellos últimos años. Su odio a Isabel II era insondable.

¿De dónde procedía este odio? Razones políticas, causas ideológicas creía el vulgo; pero el vulgo... siempre es el vulgo.

Una camarista de Palacio, que vivía en una calle cercana a la Plaza de Oriente, y en ella murió hará unos quince años, contaba a muchos—y el autor de estas líneas se lo oyó contar más de una vez— que al llegar Prim a Pa-

lacio cierta noche, citado por la señora, para lo que ella llamaba *despachar asuntos de Gobierno*, hubo de retroceder indignado ante la puerta misma de la estancia real, porque en ella, y sobre uno de los sofás de la época, que parecían barcazas, vió a la reina castiza entregada a las caricias de un generalito muy cursi que figuraba mucho por entonces, y que murió años después, víctima del mareo, al trasladarse a Cuba.

Las caricias eran mutuas y pertenecían a ese grupo de las que, también el vulgo, dice que son contra Natura: como si no se hubiera dicho hace tiempo que todos los gustos están en la Naturaleza.

A lo que la reina y el generalito estaban realizando se le ha designado gráficamente con el nombre de un número... que no llega al setenta pero le falta muy poco. Me permito creer que ese número ha influído y sigue influyendo mucho en la Historia de España.

La verdadera revolución del 68... fué el año 69. Esa es, por lo menos, la tesis de don Benito Pérez Galdós.

Ahora, Cristeto recordaba aquello y se fijaba en el cuerpo de Carmen Balazote.

¿Por qué no?... No era fácil que a ella le repugnase aquella clase de caricia. Y como las mujeres, en esos momentos, averiguan muchas cosas, parece que ella adivinó el pensamiento de Salas.

—El año 68 no tuvieron que matar a la reina para que la revolución triunfase.

—Por eso, cinco años después había otra vez Monarquía en España.

—¡Bah!

Salas inició ciertos movimientos que delataban claramente su intención. Con un susurro, dijo al oído de ella:

—Anda: yo a ti y tú a mí. ¿Quieres?

Ella se formalizó.

—¡Quiero! Pero con una condición.

—Tú dirás.

—Que has de jurarme que el rey no ha de morir.

—¡Mujer!...

—Ese juramento a cambio de lo que tú quieres.

—Piensa que no depende sólo de mí: es acuerdo del Comité Revolucionario.

—Tú tienes poder e influencia bastante para

hacerles cambiar su decisión. A ti te siguen todos.

—Si es que...

—Concédeme ese indulto y yo te prometo trabajar como una loba por el triunfo de vuestra causa. Niégamelo, y no me vuelvas a ver en la vida.

Se había echado encima de él casi hasta ahogarle. No era posible resistir.

—¡Está bien! ¡¡No morirá!!

No hablaron más: no podían hacerlo: las dos bocas tenían empleo mejor.

XI

LA GRAN NOCHE

Estamos en la noche del 12 de abril de 1931. No olvides, lector, la fecha, pues ya sabes lo que pasó en tu patria tres días después.

Los revolucionarios de París, capitaneados por Cristeto Salas y Joaquín Belluga, saldrían al día siguiente para España, donde todo estaba preparado para dar el golpe.

Lo acordado era que éste grupo, que se reunía en "Al Ojo de Moscou", saliera para Marsella, y allí embarcase para Barcelona; en el gran puerto catalán, Cristeto, antes de desembarcar, se disfrazaría de albañil, lo cual no le costaría mucho trabajo, pues un abuelo suyo había sido efectivo hombre de andamio.

Los demás, como no eran tan conocidos de

la policía, podían desembarcar sin disfraz alguno.

Y la noche antes de la partida, como era lógico, se habían reunido todos en el bar. Se trataba de una fiesta y de una despedida.

Pantalonoff, que veía aquello con cierta melancolía, pues aquel movimiento revolucionario le suponía a él la pérdida de un número considerable de parroquianos, había disimulado el estado de su espíritu y había adornado el local con unas cadenetas de papeles de colores.

—Esta va a ser—decía él—la fiesta de la liberación.

Sin duda, por ello a la pobre Lelé habíanla vestido con un traje rosa, que le daba aspecto de paraguas enfundado: las mangas, oponiéndose a la moda, eran largas, hasta el puño; el objeto de aquel derroche de tela no era otro que el de ocultar los bracitos de la infeliz, que, por el número de cardenales que se habían reunido en ellos, parecían dos fotografías de un Congreso Eucarístico.

El chambelán del Gran Duque Afrodisio, aunque no pensaba partir a España con los conjurados, en honor a la fiesta, se había recortado algo las barbas, dejándolas convertidas en dos

zamarras, mientras que antes eran realmente dos felpudos.

Joaquín Belluga, el día antes, había hecho al matrimonio Pantalonoff una proposición muy seria:

—Ustedes me ceden a Lelé y yo me la llevo a España. Allí haré de ella una personita.

La rusa gorda puso el grito, si no en el cielo, al menos en el techo. ¡Llevarse a la pequeña! ¿Y quién le iba a ella a fregar los platos y arreglar la casa? ¿Y los diez o veinte francos que por verla sufrir daba casi a diario el tío de las barbas?

Claro que no fué eso lo que dijo ahora.

—¿Llevarse a Lelé? Pero usted no está en su juicio, señor Belluga. ¿No sabe usted que nos la tiene confiada la Asistencia Pública, y que somos responsables de ella?

—Ya lo sé, y he pensado en ello: tengo en la Prefectura de Policía un amigo que me allana todas las dificultades en veinticuatro horas. Sobre todo teniendo en cuenta que la chica es española.

—Sí, pero... es que yo a la chica le he tomado cariño ¡qué caramba!

Es lo que se dice siempre en estos casos de secuestro.

A las once de la noche la fiesta estaba en todo su apogeo: se daban vivas a España libre, a la Humanidad redimida, y mueras a la tiranía, a los frailes y al pensamiento esclavo; y se hacía un gran consumo de *fine, cointreau,* menta, *cassis, amourette* y demás bebidas ampliamente revolucionarias.

Pantalonoff, que era hombre de iniciativas, había tenido el buen acuerdo de traer un virtuoso que tocase el acordeón. ¡Y cómo lo tocaba!

—Aquí donde ustedes lo ven—decía el dueño—, este hombre ha tocado en la Opera Cómica.

Y era verdad... En la puerta de la Opera Cómica, que da a la calle de Feydeau, las noches que no llovía.

Aquel ciudadano, como había oído decir que se trataba de una juerga de elementos españoles, empezó tocando la Marcha Real. Por poco lo matan. Deshecho el equívoco, ejecutó—en el sentido penalista del vocablo—"La Internacional", "El relicario", "La Marsellesa", "Valencia" y una java recién creada por Mistinguett,

y que se llamaba "La java de la guillotina".

Se bailaba, ¿cómo no? ¿Ustedes han conocido algún festival de ideas en que no se baile?

Ana, la silenciosa joven de veinte años, aficionada al té, formaba pareja con Costello, el revolucionario madrileño.

Angélica, la de los ojos de miel y nacionalidad desconocida, se había uncido a Rocamadur, el melenudo poeta catalán.

La rumana Lupescu, virginal y cocainómana, unía su suerte al italiano Caproni, el campeón de los vermús.

El peligroso Sánchez Campuzano bailaba con doña Cosmética, la condesa española comunista.

Schspts... etc. y Nati Guadiana, la madrileña tiple de zarzuela, *javeaban* siempre, aunque el tío del acordeón tocase lo que tocase.

Daniel Burgos, a falta de otra cosa, había ceñido, en lo posible, a la dueña del bar: los febles brazos del pederasta cubano eran como dos lombrices que se enroscaban al cuerpo de un paquidermo.

Joaquín Belluga y la madre Catalina...

Cristeto Salas y Carmen Balazote...

Lelé y Alejandro Sakova habían unido pro-

visionalmente sus destinos para la danza y para lo que fuese preciso.

Los hombres y las mujeres del mañana pensaban, por lo visto, estar bailando hasta pasado mañana.

Pantalonoff no bailaba: tenía que vigilar todo aquello, y actuaba un poco de bastonero.

Como en la reunión predominaba el elemento comunista, y en *nuestro* credo figura como uno de los renglones principales eso del amor libre, aquellos socios y socias, animados por los vaivenes de la danza y por el dinamismo eufórico del alcohol, empezaron a poner en práctica un anticipo de sus teorías.

La condesa española, desabrochando los dos únicos botones de su corpiño, se dejaba acariciar las flácidas brevas pectorales por su *partenaire*, como si estuviera en una fiesta mundana.

Ana y Costello cohabitaban francamente, refugiados—eso creían ellos—en un rincón.

Cristeto Salas, aunque no era comunista, bailaba con las narices y la boca materialmente hundidas en la rubia cabellera perfumada de la Balazote, llegando así casi al espasmo, como cuando pronunciaba uno de aquellos discursos que le habían hecho famoso y en los cuales

hablaba desde los Reyes Católicos a la reforma agraria, pasando por la muerte del *Espartero*.

Belluga mordisqueaba en el cuello a la madre Catalina, la cual, libertando una mano de las obligaciones de la danza, hurgaba con ella en el imperativo categórico del comunista, para convencerse al tacto de que su sistema terapéutico había vuelto al pequeño obelisco su pristino esplendor.

Lelé y el barbazas—un oso danzando con una pulga—formaban un grupo de Museo..., pero de Museo del Crimen. El viejo sádico, aprovechando el que con el ruido y el jaleo no podían oírse los gritos y los lamentos de la pequeña, la había desnudado, a fuerza de tirones, de medio cuerpo para arriba, y llevándola hasta el mostrador, la apretaba contra él horriblemente, al mismo tiempo que con sus manazas temblonas la pellizcaba en el vértice de los senos nacientes, en las axilas, en la parte alta de los brazos, en todos los sitios donde él podía presumir que la sensibilidad sería mayor.

La pequeña, a la que en vista de lo excepcional de la noche habían dado permiso para que saliera al bar a divertirse un poco, estaba, en efecto, sufriendo horriblemente.

Llegó un instante en que experimentó verdadero terror: porque el viejo, excitado por el alcohol, se echaba materialmente encima de ella, le mordía los lóbulos de las orejas y aderezaba todo aquello con una peste infernal que exhalaba por la boca, producto de muchas libaciones ancestrales.

En todo el local se olía a sexo en funciones, a líquido vital que se derrama, y no siempre dentro de sus cauces.

La madre Catalina, mientras bailaba con Joaquín Belluga, no dejaba de lanzar miradas a la puerta de la calle, como si esperase ver entrar por ella algo que ya tardaba en llegar.

Pero no tuvo que esperar mucho. Al filo de la una la puerta se abrió violentamente y diez guardias de uniforme entraron, precediendo a tres señores *en civil*, uno de los cuales, que debía ser el jefe de todo aquello, llevaba un precioso sombrero hongo, color panza de ciervo.

—A ver—dijo el del hongo, dirigiéndose a la concurrencia—: pónganse en fila y vayan saliendo uno a uno a la calle.

Nadie pensó en desobedecer: las parejas se deshicieron, y mientras algunos varones se abrochaban el pantalón y algunas hembras se arre-

glaban el traje, la fila estuvo pronto formada.

Junto a la puerta se habían estacionado dos guardias y, a medida que cada parroquiano salía, procedían sobre su persona a un minucioso cacheo. A la puerta había un camión de la Prefectura, al cual, entre doble fila de guardias, todo sujeto que salía del bar era invitado a subir.

Y subieron todos, incluso la pequeña Lelé; al único que no molestaron fué a Pantalonoff: la Policía conocíale de sobra, y le dejaron tranquilo en su casa.

La mayoría de los que iban en el camión estaban acostumbrados a aquello y sabían de lo que se trataba. El único que estaba un poco alarmado era Cristeto Salas, novicio en estos lances.

Mientras esperaban, en una estancia de la Prefectura, a que sus papeles fueran examinados—en rigor, no se trataba más que de eso—, el estadista dijo a Belluga, que había caído a su lado:

—Nos van a fastidiar: dentro de siete horas tenemos que salir para Marsella. Esto es que alguien ha dado el soplo.

—No creo. Son operaciones que la Policía

lleva a cabo periódicamente, y un poco al tun tun.

En efecto, examinados los papeles de todos, eso sí, por unos individuos que estaban de muy mal humor, como están los franceses siempre que no se trata de recibir dinero, resultó que los de todos estaban en regla, y no quedó ni uno solo detenido.

La revolución española seguía, pues, su marcha. La madre Catalina quedóse un poco asombrada de aquella libertad. Por lo visto no habían hecho caso de sus informes más que a medias.

Al salir de la Prefectura, ya casi de día, Belluga, que tenía su plan, maniobró de manera que en un momento dado, él y Lelé estuvieron separados de los demás. La cita de los que partían era en el andén de la estación de Lyon.

Cogió a la muchacha por un brazo, la hizo subir a un *taxi*, y le dijo:

—Tú vienes conmigo. Ya te han pegado bastante en aquella casa.

La virgen comunista volaba hacia España, tierra de mártires, tierra de tormentos seculares.

SEGUNDA PARTE

LA MASCARADA

CAPITULO PRIMERO

UNA LIEBRE QUE HUYE

Nada digno de narrarse ocurrió en el viaje de los conjurados hasta Marsella.

Joaquín Belluga, que con Lelé se había refugiado en un departamento de tercera—Carmen Balazote y Cristeto Salas iban en primera—pasó casi toda la noche estrujando en sus brazos a la pequeña, como para protegerla, pero en realidad para saborear aquella como fragancia de pétalos de rosa que emanaba de ella, de sus cabellos rubios, de su boca, sólo a medias pervertida, de sus carnes martirizadas, de su juventud, que ya empezaba a cuajarse.

—Tú has de ser para mí—le decía, arrullándola—. Duérmete.

Y mientras dormía, la mano aviesa del comunista se dedicaba a investigar en los bajo-

rrelieves de la pequeña, por ver si Naturaleza había ya hecho nacer allí ese musguillo velloso que es el primer preludio del despertar del sexo.

A veces la nena, soñando sin duda con el ruso de las barbazas, despertaba sobresaltada.

El discípulo de Lenine se apresuraba a calmarla.

—No, tontina; si soy yo.

Y ella, en las semitinieblas del vagón, le lanzaba, antes de volverse a dormir, una mirada con la que parecía querer decirle:

—¡Y qué más me da! A ver si no he hecho más que cambiar de mano...

Al llegar a Marsella Cristeto y los suyos se dirigieron al puerto viejo: el barco que había de llevarles a Barcelona, según lo convenido, no había llegado aún, pero se le esperaba de un momento a otro.

Para hacer tiempo, el núcleo mayor de los viajeros fué a instalarse en las mesas de uno de los infinitos restaurantes que bordean el muelle.

Pidieron mariscos, de los cuales había un apetitoso puesto allí mismo, y unas botellas de vino blanco del país.

Les servía un hombre de unos sesenta años,

disfrazado un poco grotescamente de marinero, y con un vozarrón ferozmente enturbiado por el alcohol. Debió comprender en seguida que eran españoles, porque les habló, medio chapurreando en italiano.—En Marsella esta incongruencia lingüística es muy frecuente.

—¿Son ustedes españoles?

—Españoles somos; sí, señor.

—¿Vienen ustedes a esperar a su rey?

Se miraron unos a otros sin saber qué responder.

—¿Qué dice usted, hombre?

—Claro: el rey de España llega esta tarde a Marsella.

—¿Esta tarde?

—Se le espera a eso de las cinco.

Carmen Balazote creyóse en el caso de intervenir.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Todo el mundo lo sabe en Marsella. Tiene ya las habitaciones preparadas en el Hotel Noailles. Como en España ya no tiene nada que hacer...

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Porque los españoles

han proclamado la República. El rey ha salido huyendo como una liebre.

Nuevas miradas mutuas de los del grupo.

Aquel hombre ¿tendría la subida de alcohol en alguna parte más que en la garganta, o era un profeta que se adelantaba cuarenta y ocho horas a lo que fatalmente tenía que ocurrir en cuanto ellos llegasen a España?

Cristeto, que era el más preocupado por cuanto más responsable, quiso aclarar aquello.

—Bueno, pero... vamos a ver, excelente ciudadano, ¿a usted quién le ha dado esas noticias?

—¿A mí?... Todo el mundo lo sabe.

—Todo el mundo, no; porque nosotros...

—¿Ustedes de dónde vienen ahora?

—De París.

—¿Cuándo han llegado?

—Hace un par de horas.

—Y en París, anoche, ¿no se decía nada?

—Nada.

—Bien es verdad, que aquí la noticia se ha sabido esta mañana.

—Bueno; pero, en concreto, ¿cuál es la noticia?

—Pues la que les he dado a ustedes: que el

rey de España, desde anoche, ya no es rey de España.

—Pero, detalles... detalles...

—¿Detalles?

—Sí.

Por toda contestación el marinero anciano dió una vuelta sobre sí mismo y empezó a llamar a grandes gritos:

—¡Teri!... ¡Teri!...

Parecía su voz el rugido de la sirena de un barco, próximo a partir.

Obedeciendo a ella, y desde el borde mismo del agua, vino al grupo una muchachota muy morena, con el pelo muy negro y anillado, gua-pa de cara y abultada de pecho: uno de esos anticipos de Nápoles que se ven de cuando en cuando en Marsella. Mujeres ardientes, al menos en apariencia, y a quienes dan ganas de poseer allí mismo, al borde del agua, oliendo a marisco y bajo la caricia celestinesca del sol.

—Teri, trae a estos señores un número del *Petit Marsellais*.

Fué la moza a un puesto de periódicos que había a la entrada de la Cannebiere, trajo, con los pechos al trote, lo que se le pedía, y Cristeto, rodeado de la plena atención del grupo, leyó el

relato de todo lo que había ocurrido en España por aquellos días, y que el lector recuerda perfectamente, por lo cual no es cosa de repetirlo aquí.

Al terminar la lectura de los telegramas y de los no muy extensos comentarios, aquellos hombres se quedaron en la misma situación en que se quedaría el viajero de un tren especial que al llegar a la estación viera que el tren por él encargado había partido sin él.

Y no cabía dudar: no podía tratarse de un bulo periodístico.

Alguno preguntó:

—Y ahora... ¿qué hacemos?

Salas replicó, con cierta indignación:

—¿Cómo que qué hacemos? Marchar a España cuanto antes.

—Pero si allí... parece que ya no tenemos nada que hacer.

Fué ahora Belluga el que habló:

—¿Nada?... Pues ahora es cuando empieza nuestra faena; ya está el campo libre de plantas parásitas..., al parecer, pues es el momento de empezar a sembrar.

Y después de esta frase agrícola, tan dentro del gusto de las novelas sociales tipo 1890, Joa-

quín Belluga pidió al viejo sirviente otra botella de vino blanco de Picpoul.

Carmen Balazote estaba radiante; con la mirada, pues de otro modo no se hubiera atrevido delante de todos, dijo a Cristeto:

—¡He triunfado! Ahora sí que estoy segura de que no lo matarán.

Y el de Salas, dentro de la amargura que le producía el innegable ridículo que había caído sobre la expedición por él capitaneada, experimentaba ese consuelo: el de no tener ya que hacer esfuerzo alguno para cumplir la promesa del indulto real que había hecho a la hermosa rubia en un trance cuyo solo recuerdo hacía latir sus sienes.

En el curso del día se fueron precisando las noticias: el barco que a los revolucionarios españoles había de llevar a Barcelona saldría a las seis de la tarde. El que traería al ya ex rey de España llegaría a las cuatro.

Tenían, pues, los viajeros, tiempo de verle llegar.

Y, en efecto, al dirigirse con sus equipajes concisos al muelle donde estaba atracado el buque de carga, de mil doscientas toneladas, que había de conducirles a la vista de las ramblas

barcelonesas, vieron frente a la Cannebiere un grupo de gente rodeando tres automóviles oficiales, mientras por las aguas quietas del puerto viejo avanzaba una gasolinera.

Aquello era, entre espumas mediterráneas, el final de un reinado.

De un reinado en el que, seamos justos, hubo de todo, bueno y malo, pero que se manchó en sus últimos años con la estúpida felonía del olvido de un juramento.

Los que iban a derribar al que llegaba se acercaron a verle desembarcar, ya derribado.

Sabían que con eso engrosaban el grupo de curiosos que esperaban su llegada y que así el relato oficial de consolación sería más optimista. No les importaba.

La espera no fué muy larga: la embarcación llegó al pie de la escalinata de piedra y de ella desembarcaron cinco hombres: uno de ellos era el que, hasta pocas horas antes, había sido rey de España.

Subió con pie ágil y al dirigirse a uno de los automóviles, como alguien le saludase desde el grupo de curiosos, contestó con una sonrisa: una sonrisa fría, pálida, artificial; una mueca que más le valiera haber omitido. Esa sonrisita que

modulamos cuando un amigo nos gasta una broma de mal gusto y no queremos mentarle la madre.

Así entró en Francia el último de los Borbones españoles.

El sempiterno cazador de conejos huía ahora como una liebre.

Bien es verdad que cualquiera, puesto en su caso, y aunque otra cosa afirmen los valientes con el valor ajeno, habría hecho lo mismo.

II

UN ALBAÑIL PELIGROSO

El viaje hasta Barcelona fué feliz.
Algo pesado, pero feliz.
Había en todos un sentimiento complejo de desahogo y decepción: les habían suprimido los inconvenientes de la lucha, pero también les quedaba el desconsuelo de haber realizado un esfuerzo inútil.

En aquel triunfo ellos no habían tomado parte más que con el deseo: no serían héroes: eran unos soldados que habían llegado tarde a la batalla. La batalla se había ganado, pero no la habían ganado ellos.

La premura con que salieron de Marsella les impidió tener muchas noticias, y reunidos en grupos sobre cubierta, se perdían en cábalas y conjeturas.

—¿Qué habrá pasado?

—Que alguien se ha adelantado, no os quepa duda.

Era Belluga el que hablaba así.

—¿Usted cree?...

—Claro que sí: con adelanto sólo de unas horas, pero adelanto al fin.

—¿No habrán sido las elecciones?

—¡Quiá! El rey no se hubiera ido sólo por el resultado de las elecciones, que, además, estaba descontado. Ahí ha pasado algo que aun no sabemos.

—¿Y qué puede ser?

—¿Algún general?...

—No creo.

—Pues entonces...

—Al llegar a Barcelona saldremos de dudas.

Los más exaltados, los partidarios de que al rey se le hubiera aplicado la pena de muerte, gruñían con denuedo.

—¡Se nos ha escapado! ¡Nos la ha jugado de puño!

—¿Quién le habrá dejado escapar?

—Ahí tiene que haber existido algún traidor.

—¡Tantos habrá habido! Siempre los hay. Carmen Balazote—todos sabían cómo pensa-

ba—se acercó al grupo de los nostálgicos de sangre.

—¿Y por qué le habéis dejado escapar vosotros?

—¿Qué dices, ciudadana?

—Eso... ¿Es que también vosotros sois traidores?

—Vamos...

—¡Bien cerca le habéis tenido, en Marsella, hace unas horas!

—¡Claro!

—Por delante de vuestras narices ha pasado.

—Ya lo creo.

—Con uno solo de vosotros que hubiera sido decidido...

—Si no estás loca no debes hablar así.

—No sé por qué.

—En Marsella, eso hubiera sido un asesinato, mientras que en España habría sido un acto de justicia del pueblo.

—Matar a un hombre es siempre un crimen.

Rocamadur se encaró con ella:

—A menos que se le mate en la cama y a fuerza de caricias, ¿verdad, rica?

Carmen se le quedó mirando con fijeza; después le dijo, despectiva:

—¡Qué sabes tú!

Y se alejó, para unirse al grupo en que estaban Salas, Belluga, la condesa y algún otro.

El triunfo, aun tan incierto en los detalles como todavía se les aparecía a todos, había producido un efecto en aquel cargamento de hombres.

El efecto de dividirlos, de separarlos: a un lado los republicanos, los que creían que con sólo derribar al rey de su trono ya estaba lograda la felicidad del país; a otro lado los que miraban más lejos, los que apuntaban más alto, los comunistas, para los cuales la monarquía era desde luego un estorbo, un obstáculo que había que saltar, pero... nada más.

Este último grupo lo capitaneaba Joaquín Belluga.

—Yo todavía no he triunfado: ustedes sí.

Esto se lo dijo a Cristeto Salas, al felicitarle éste por lo que él llamaba la victoria de todos.

El orador republicano, que en teoría no era posible que ignorase aquello, en la práctica se alarmó de ver el fenómeno presentarse tan pronto.

—Pero ahora—dijo el discípulo de Lenine—, para triunfar ustedes tienen que triunfar de nosotros.

—Naturalmente.

La frialdad con que Belluga pronunció esta palabra parecía venir directamente de las estepas siberianas.

Por aquello de que todo llega en este mundo, llegó también el final de la travesía. Con las primeras luces del alba de la segunda jornada los revolucionarios vieron la estatua de Colón que, como una palmatoria gigantesca, se alza en el centro del muelle de Barcelona.

Cuando el barco, con el práctico a bordo, iba acercándose a uno de los muelles de la Barceloneta, apareció en cubierta un albañil, un ciudadano que parecía no estar esperando más que la comunicación del navío con la tierra para saltar de golpe al andamio.

Aquel honrado hijo del trabajo, de ropa manchada de yeso, era Cristeto Salas.

Aunque desde París sabían todos que el jefe tenía que entrar en España disfrazado, les chocó la aparición. ¿Ahora ya, para qué? Al contrario, debía entrar a cara descubierta, y segura-

mente en el muelle habría gente esperándole, poco menos que para llevarle en triunfo.

Como alguien se lo indicara así al interesado, éste replicó:

—Yo sé lo que me hago. ¿Quién me garantiza que todo ha pasado como dice el periódico de Marsella?

—Pero ¿y la fuga del rey?

—Muy bien: el rey se ha fugado; pero ¿quién nos dice que no ha venido una dictadura militar, presidida, a lo mejor, por un coronel de Carabineros?

—Hombre, no es probable.

—Déjenme de probabilidades; ¿tenemos alguna noticia oficial que nos permita asegurar que hemos de ser recibidos con los brazos abiertos?

—¡Caray! Entonces nosotros—dijo el pederasta cubano.

—Lo de ustedes es distinto: ustedes son unos ciudadanos que vuelven a su patria, o a un país amigo del de usted, joven; pero a mí, en las horas monárquicas, se me esperaba para meterme en la cárcel, y puede que para algo peor.

—Eso sí...

—Y en último caso, aunque no haya riesgo alguno, este traje siempre será un símbolo. ¡Albañil! No olvidemos que ahora en España, políticamente hablando, hay mucho que construir.

Atracado el barco, subió a él la Sanidad y subieron también unos guardias de Orden público y cinco agentes de vigilancia.

Empezaron éstos a examinar la documentación de los viajeros; no había tropiezos; algunas preguntas para aclarar algunos extremos de los consignados en los papelotes, y nada más.

Con un gesto iban diciendo a aquella gente que podían saltar a tierra: sólo al llegar el turno al albañil Cristeto el inspector se le quedó mirando fijamente.

—¿Y usted quién es?

Declinó el hombre su verdadera personalidad, a tiempo que entregaba un pasaporte a nombre de Estanislao Candónguez, súbdito del Principado de Mónaco.

El policía le puso una mano en el hombro y le dijo:

—Vamos, hombre; tú eres un fresco y este pasaporte es falso. Ya nos explicarás todo esto en la Jefatura.

—Pero...

—¡Silencio! ¿O es que quieres dormir esta noche en Montjuich?

—Mire usted que...

—Tú eres un conspirador monárquico disfrazado.

III

LA HORA DEL REPARTO

En Montjuich, no; pero en un calabozo de la Jefatura de Policía sí durmió Cristeto Salas aquella noche.

Claro que al día siguiente se resolvió todo; el nuevo gobernador civil de Barcelona le conocía personalmente; se le dió la libertad, se le dieron toda clase de excusas y se le dió otro traje, pues no era cosa de que uno de los jefes de la revolución triunfante saliera a la calle vestido de albañil.

El prodigioso orador se apresuró a marchar a Madrid; sin que pudiera saber por qué, no se consideraba seguro en Barcelona.

Le acompañaron en el viaje Belluga, Carmen

Balazote, Lelé, Campuzano, la condesa, Costello, la Guadiana, el alemán, el cubano Daniel Burgos y la madre Catalina.

Los demás optaron por quedarse en Barcelona.

Aquí se enteró Cristeto de todo lo ocurrido: el resultado de las elecciones, las modalidades de la marcha del rey, la formación de un Gobierno provisional bajo la presidencia de don Niceto Alcalá Zamora, gran amigo suyo, pues de pequeños habían jugado juntos al cané en las plazoletas de Córdoba.

Bueno, pero ¿y él? ¿Cómo se había hecho la revolución sin contar con él? ¿Para eso habían servido sus años de destierro en París, sus sacrificios por la causa, sus frases mágicas, construídas con garlopa?

Belluga quería aprovechar la depresión de espíritu que todo ello había producido en el caudillo; en el tren, camino de Madrid, no cesaba de decirle:

—Usted lo que debe hacer es venirse con nosotros, con los comunistas.

—No me lo diga usted mucho.

—El porvenir es nuestro.

—Acaso tenga usted razón.

—Con esta gente no irá usted a ninguna parte.

Al llegar a Madrid Cristeto se instaló en un modesto cuarto de la calle de la Princesa, no lejano de la cárcel. El estado de su bolsa era menos que mediano; se proponía ejercer la profesión de abogado, simplemente para poder vivir; la cuestión era que los clientes fueran viniendo.

Belluga, libre y feliz como el pájaro, fuése a vivir a un piso emplazado en los alrededores de la plaza de toros.

Se proponía aprovecharse de la libertad que concedería el Gobierno actual en sus primeros tiempos para organizar el partido en Madrid, pues acá, por lo que fuera, y salvo algún caso esporádico, de eso del comunismo no sabían una palabra.

Lo primero era lo de las cotizaciones: era preciso reunir varios miles de pesetas al mes; de ellas tenía que vivir la organización y la propaganda y de ellos tenía que vivir el propio Joaquín Belluga, el cual, ya que para el partido iba a trabajar, era lógico que del partido viviera.

¡El partido!... A Belluga le repugnaba el nombre: recordábale toda la podredumbre de la vieja política, en la cual una serie de borre-

gos analfabetos seguían a tres o cuatro hombres de talento, y a eso se llamaba pomposamente un partido.

La flamante República, a pesar de su corta existencia, llevaba camino de tropezar en el mismo escollo; los que unidos habían luchado en las elecciones, se disgregaban, se atomizaban en rebaños ridículos, cuyos nombres venían a ser más ridículos todavía.

Existían ya los socialistas, los agrarios, los de la derecha republicana, los de Acción ídem, los del Servicio de la República, los progresistas—¡oh manes de Galdós!—, los socialistas, los radicales, los radicales socialistas...

¿Y por qué no los socialistas radicales, los marxistas, los laicosocialistas, los constitucionalistas, los íntegroclericales, los fusionistas y los federalistas?

¿Qué garantía teníamos de que en un porvenir cercano no hubiera los castellanistas, los de la defensa manchega, los de regadío, los de secano, los del centro republicano derecha, los del ídem ídem izquierda, los del centro derecha letra A, el ídem ídem letra B, y así hasta el infinito?

O hasta parar en un manicomio.

Belluga quería que lo suyo no fuese un partido, si no una fuerza de choque. Jefes sí, porque hacían falta, pero nada de divisiones ni subdivisiones.

A la semana de estar en Madrid lanzó un manifiesto, que apareció pegado por una mano misteriosa en los cristales de todos los coches del Metro, en el cual venía a decir en sustancia:

"... la gusanera política, ahora igual que en los tiempos de la odiada monarquía, y a veces constituída por las mismas personas, empieza ya a removerse con vistas a las próximas elecciones. Los comunistas españoles, y especialmente los madrileños, no queremos luchar en ellas; no creemos en ellas; despreciamos de antemano todo lo que salga de ellas."

"... queremos el Poder, y lo tendremos; pero no por la fuerza de los votos: lo tendremos por riñones, y vendrá a nosotros porque el Poder es nuestro, el Poder es del pueblo, y no de esos republicanos de chaqué de estambre—¡!—que ahora lo usurpan, como hace unos días lo usurpaba el bebedor de wisky y jugador de polo que salió huyendo por Cartagena."

"... cuando toda esta podre burguesa que ahora chupa del bote en nombre de la democracia

haya desaparecido, el pueblo, gobernado por él y para él, será feliz. Enviad vuestra cuota mensual, comunistas madrileños, a nombre de Joaquín Belluga, calle de Hermosilla, 169, piso sexto interior, letra G, pasillo centro, letra K."

Mientras el amigo Belluga echaba así las bases de la sociedad futura, el Gobierno provisional, en plena hora del reparto, lanzaba todos los días un canasto de nombramientos para cubrir los huecos dejados por la huída de la piara monárquica.

Gobiernos civiles quedaban pocos por proveer, y la mayoría de los altos cargos habían caído ya, como lluvia benéfica, sobre unos cuantos ciudadanos.

Hubo nombramientos muy acertados: ciudadanos de honradez ideológica indiscutible que llevaban varios años esperando fielmente el advenimiento de *la Niña,* y que acaso no tuvieran más pero que cierto descuido en la indumentaria, recibieron la recompensa a su fidelidad.

Otros nombramientos no tuvieron igual acierto; pero ello es inevitable, y perdonable, en todo régimen nuevo.

En lo que estaba la cosa fea era en la cuestión de los embajadores: había muchos ciuda-

danos que querían serlo, pero ¿qué pasaba que la lista completa no acababa de salir?

A Campuzano, el compañero de París y de viaje, de Salas y de Belluga, le fué ofrecida una embajada: la de un país, un poco misterioso, del que sólo se sabía vagamente que estaba situado allá por el centro de Europa, y el cual, desde luego, antes de la gran guerra, no existía ni aun en solar.

Campuzano, que tenía un poco de miedo a lo desconocido, rechazó el puesto indignado, y para rechazarlo tuvo una frase magnífica:

—¿Yo embajador? Pero ¿es que este Gobierno ignora que yo derivo cada día más hacia el comunismo? En esas condiciones de evolución ideológica yo no puedo aceptar más que un cargo: el de concejal del Ayuntamiento de Madrid.

También a Cristeto Salas, y sin duda como premio de consolación, le fué ofrecida una Embajada: la de la República de San Marino. Pero el Gobierno sanmarinero no dió el placet, fundándose en que Salas había llevado en París una vida muy disoluta, y en que sus ideas se aparentaban algo con las de Stalin.

En cambio la Guadiana, que había vuelto a

España con el piadoso propósito de formar una compañía de zarzuela y renovar los laureles de la primera época de su vida, fué nombrada Director general de Cantinas Escolares.

Entendía el Gobierno provisional que nadie mejor que una mano femenina, y sobre todo la mano de una mujer que había cantado "Chateaux Margaux" y "Agua, azucarillos y aguardiente", para encauzar eso de las cantinas escolares, materia en la que la desidia y el abandono monárquicos había llegado al extremo de que en ciertas cantinas de ciertas escuelas de párvulos no se servía más alimento que unos pitillos de sesenta.

La Guadiana aceptó el cargo y ya se había posesionado de él.

Por cierto que el día de la toma de posesión, en un bar que quedaba a la parte trasera del Ministerio de Instrucción pública—donde radicaba la Dirección general—se consumieron más de seiscientas pesetas de copitas de anís, con preferencia seco.

IV

ENSAYANDO EL AMOR...

Joaquín Belluga vivía con Lelé.

La muchacha continuaba siendo virgen, aunque no era culpa suya la persistencia de aquel estado, al que tanta categoría se le da en ciertos países latinos.

El comunista y la doncella, que iba camino de cumplir los doce años, se acostaban juntos todas las noches; a veces, en ratos perdidos, también se acostaban juntos durante el día. Y él, de aquellos yacimientos, ora nocturnos, ora diurnos, salía con la sexualidad satisfecha, sin que Lelé hubiera tenido que perder para ello ni una partícula de su doncellez. ¿Cómo era eso? ¿Qué hacía en el lecho aquella pareja de seres humanos?

Esas dos preguntas, así, con tanta ingenuidad, sólo pueden formularlas ciertos seres que no hayan vivido.

Belluga se había propuesto hacer de la pequeña una buena discípula, y llevaba camino de conseguirlo.

En el lecho los dos, en las horas de insomnio, le hablaba así:

—El amor no es lo que seguramente tú habrás leído u oído decir muchas veces; el amor no es más que la satisfacción de los sentidos.

—¿Y qué es eso?

—Pues... una cosa así como cuando comes con hambre.

—¡Ah!

—Lo que pasa es que a veces se disfraza, y viene el romanticismo, las lagrimitas, el que nos entierren juntos... Todo eso, en una sociedad perfecta, es decir, en la sociedad que nosotros edificaremos, desaparecerá.

—¿Y los hijos?

—¿Qué hijos?

—A mí me gustaría tener uno.

—¿Para qué?

—No lo sé: me gustaría.

—Cuando los tengas—ya hablaremos de eso

más despacio—no serán tuyos más que mientras los amamantas y los crías.

—¿Y después de quién serán?

—De todos: de la sociedad.

—Pero yo podré verlos, besarlos...

—Como podrás ver y besar a los hijos de los otros.

—¿Tú crees que será lo mismo?

—Al principio, no; pero poco a poco nos iremos acostumbrando a muchas cosas que ahora no entendemos.

Otras veces hablaban del pasado.

—¿Te acuerdas de París?

—Claro que me acuerdo.

—¿Dónde estás mejor? ¿Aquí o allí?

—¡Qué cosas tienes!

—Contéstame.

—Tú no me pegas, como me pegaba madame Pantalonoff. Mira, de este brazo ya me van desapareciendo las señales; pero las de este otro están más fuertes.

—No se le debe nunca pegar a una mujer. Si acaso matarla.

—Pero es que mi ama decía que yo no era una mujer.

—¿Pues qué eras?

—¡Qué sé yo! Mientras me zumbaba íbame diciendo: "¡Estás maldita! ¡Estás maldita!"

—Y dime, con franqueza, Lelé, ¿no echas de menos aquellos palos?

La nena se quedó pensativa.

Le preguntaban una cosa que ella se había preguntado ya a sí misma.

—Los primeros días, no es que los echase de menos: es que no me acostumbraba.

—¡Ay que ver!

—Es que toda mi vida los he estado recibiendo.

—¿Toda tu vida?

—Claro que sí; mi madre también me pegaba; de otra manera que la madame. No me pellizcaba, me daba por todo el cuerpo con una correa.

—¡Qué bruta!

—Y una noche, con esa misma correa me ató a los pies de su cama y me tuvo así, sin dormir, toda la noche.

La nena, que era a un tiempo criada y ama de casa, salía a la calle para hacer ciertos recados, pero siempre dentro del barrio, sin alejarse mucho.

Claro que aquello, comparado con su encierro

de París, le parecía un alarde de libertad. Veía y observaba por las calles y en los comercios en que entraba; era muy observadora, y luego quería que Belluga confirmase o rectificase el resultado de sus observaciones.

—Hoy me he encontrado en la escalera a una señora muy guapa, que me parece que vive dos pisos más abajo que éste. Lleva en los dedos, y al cuello, unas piedras que brillan mucho: ¿para qué es eso?

—Si se lo preguntases a ella misma no te sabría responder.

—¿Por qué?

—Son cosas que se ponían los salvajes y que las gentes de ahora, que se llaman civilizadas, se siguen poniendo para imitarlos.

—Pues es bonito.

—No importa; también acabaremos con ello en nuestra sociedad.

—Y ¿qué vais a hacer con esas piedras?

—Ponerlas en los museos, para que el pueblo pueda admirar las cosas bellas que cría la tierra, pero nunca sobre el cuerpo de una persona.

—Esa señora me ha parado en la escalera y me ha hablado.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha preguntado si vivía aquí, en esta casa, y si vivía con mis padres.

—¡Qué curiosa! Será una burguesa indecente. ¿Y tú qué le has dicho?

—La verdad.

—Pero... ¿cómo se la has dicho?

—Pues le he dicho que vivía con un hombre, contigo.

—¿Y ella...?

—Ha empezado a decir: "¡Miren la mocosa! ¡Tú no debes estar buena de la cabeza! ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? ¡Vaya con la niña!"

—¡Qué estúpida!

—Yo le he dicho que tú no me pegabas, y que eras muy bueno; entonces se ha puesto furiosa, y me ha dicho: "Mira, niña: cuando seas mujer te darás cuenta de las atrocidades que ahora dices." Y se ha marchado.

—¡El diablo se la lleve!

—¿Por qué me ha dicho eso de *cuando seas mujer?*

—Ella sabrá.

—¿Es que no lo soy?

—Claro que lo eres.

—¿Qué hace falta para ser mujer?

—Nada: tú eres virgen... Ya te he explicado varias veces lo que quiere decir eso; pero no importa: eres tan mujer como todas.

—Y... ¿nunca voy a dejar de ser virgen?

—Cuando triunfe nuestra revolución; entonces, en la noche del triunfo, te entregarás al hombre que más te guste.

—¿Y si no me gusta ninguno?

—¡Bah!

—¿Y hasta entonces...?

—Tu virginidad hace falta a nuestra causa. Te estoy educando para virgen roja.

—¡Ah!

—Casi todas las grandes figuras femeninas de la Historia han sido vírgenes... por lo menos hasta que dejaron de serlo.

—¿Sí?

—Ya lo creo. Juana de Arco fué virgen, virgen fué doña Inés...

—Y la madre Catalina.

—¡Caray, niña! ¿Cómo lo sabes?

V

LAS MADRES DE LA PATRIA

Ya tenía la República su Parlamento.
Se llamaba Cortes Constituyentes: como las del año 69.

En aquel edificio de la Carrera de San Jerónimo a cuya puerta hay dos leones que no comen, y cuyo interior llenó el buen humor del general Primo de Rivera con unos sujetos que —apartada alguna excepción—parecían proceder de un puesto de las Vistillas en los días que preceden y siguen a la virgen melonera, se congregaban ahora todas las tardes, y algunas noches, unos ciudadanos que—también las excepciones apartadas—se daban bastante importancia, sin duda por creer en serio que estaban realizando algo tan grande que sus nombres

pasarían a la Historia con la aureola de los fundadores.

Los elementos monárquicos y cavernícolas que aun quedaban por estas tierras decían de los diputados de las Constituyentes que eran hombres sin elegancia personal, vulgares, ordinarios.

No parece sino que en las Cortes de la fugada monarquía hispánica todos eran un modelo de buen tono en los modales y en el vestir. ¡Qué falta de memoria!

Había en ellas cada diputado y más de un senador, que para no parecer que venía en procedencia directa de un bazar de ropas hechas tenía que jurar la negativa por la salud de todos sus antepasados.

Eso de la elegancia era mejor dejarlo a un lado.

Lo pintoresco de estas Cortes republicanas era, entre otras cosas, la presencia en ellas de dos elementos que faltaban en las monárquicas, sin duda porque al dejar Dios de su mano a la monarquía borbónica perdió ésta el sentido de lo humorístico y lo divertido.

¿Qué elementos eran ésos?

Digámoslo en tono de aplauso: las mujeres y los curas.

El que estas líneas pergeña siente necesidad de hacer aquí una leve declaración: las mujeres me inspiran un profundo respeto, siempre que no sean porteras; guapas o feas, las admiro: a las primeras por su belleza; a las segundas, por el valor que se necesita para salir a la calle sin careta, teniendo algunas de las caras que se ven por ahí.

En cuanto al clero... baste decir que la esmerada educación con que por el mundo voy la recibí de gentes que vestían sotana: los padres jesuítas del colegio de Santo Domingo, en la ciudad de Orihuela. Y que un cura, aunque no sea castrense, me parece tan necesario en la vida, por lo menos como una nodriza.

Hechas estas salvedades creo me será lícito entregarme un poco al dulce balanceo de la eutrapelia.

No creo en la mujer. La mujer, actuando en la vida pública, me parece una calamidad; y no me vengan ustedes con el caso de doña Isabel la Católica, que es el ejemplo que se pone siempre; la distinguida esposa de don Fernando era bastante marimacho, y, además, nada se sabe si

hubiera obrado con tanto acierto de no tener a su lado un hombre como el popular rey de Aragón.

Aparte de que, una golondrina, no hace... que los guardias se vistan de verano.

Al llegar ahora las mujeres con sus cuerpos al escaño—¡cuidado con esa *a*, hermano cajista!—del Congreso, ellas podrían creer que traían a la vida pública un sentido de lo nuevo, porque las mujeres se creen siempre todo lo que las favorece o las halaga, pero lo único que traían era un motivo más de risa y de jocundidad.

Lo gracioso era cuando discutían entre ellas.

La mujer tiene una peculiar manera de razonar, y ese, a mi juicio, el verdadero distintivo del sexo; porque *lo otro,* lo que el vulgo cree que es lo verdaderamente diferencial entre el macho y la hembra humanos, a veces se acopla, y de ese acoplamiento nacen nuevos seres que empiezan a llorar por las noches y a exigir el biberón.

Pero ¿es que hay medio de acoplar las dos dialécticas, la masculina y la femenina? Pienso, sinceramente, que no.

Un hombre y una mujer que discuten son dos

seres que hablan un idioma diferente; por ello, sólo a un camueso—y que me perdone quien haya sido—se le puede ocurrir meter en una asamblea deliberante de hombres a las dignas representantes del sexo a que perteneció Cleopatra.

Nati la Guadiana, a quien ya no llamaban *la Marchosa,* y sí la señorita Guadiana, tomó asiento, enviada por los electores de una provincia castellana, que debían tener mejor humor que un hortera en domingo, en uno de los escaños de estas Cortes que, teniendo en cuenta lo de las mil pesetas de dietas, para algunos, más que constituyentes, debieran llamarse reconstituyentes.

¡Menudo biógeno!

La flamante Directora general de Cantinas Escolares hizo, desde el primer día, muy buen papel; desde luego, mejor que el mejor que hubiera hecho en su vida de tiple zarzuelera.

Una tarde se alzó en su escaño—traje verde tortuga, con aplicaciones Maciá—y encarándose con el ministro de la Gobernación, mi respetable y querido amigo don Miguel Maura y Gamazo, le dijo nada más que la bobada siguiente:

—El señor ministro de la Gobernación no debe ignorar que los comunistas del Campo de Criptana envenenan la leche de las amas de cría de todo el contorno para que luego, al mamar de ellas los hijos de los burgueses...

—¡Y los padres!—interrumpió un radical-socialista.

—... se envenenen—continuó imperturbable la oradora—y fallezcan.

Miguel se quedó como loco. ¿Qué decía aquel virago?

Pero lo que de momento le preocupaba era qué diría él... Levantóse en el banco azul y, en un momento de inspiración, muy frecuentes en Miguelito, dijo a la dama:

—Ordenaré que se compruebe la denuncia; pero aun antes de eso, hoy mismo daré órdenes de que, procedentes del Instituto de la Gota de Leche republicana, se envíen al Campo de Criptana tres mil biberones, convenientemente esterilizados.

Al ministro de Hacienda, señor Prieto, otro queridísimo amigo del que estas líneas traza, le interpelaba con frecuencia la señorita Guadiana.

E Indalecio, con su profundo sentido de la

realidad y de las distancias, al replicar desde el banco del Gobierno, la llamaba siempre la Nati.

Ella daba un respingo, pero callaba. ¡Qué hacer! La Cámara se regocijaba un poco... y la minoría cavernícola, formada por agrarios y vasconavarros, único sector de la Asamblea en que se veían todavía algunos puños de camisa de los cerrados y redondos, aguardaba con ansia el momento en que al ministro de Hacienda, al dirigirse a la directora general, se le ocurriera llamarla, campechanamente, *la Marchosa.*

Otro día la Guadiana presentó una proposición de ley en la que se pedía que las mujeres, aunque no supieran leer ni escribir, pudieran ser nombradas guardias de asalto.

La proposición no prosperó y su autora sufrió un tremendo desengaño.

Al discutirse la cuestión religiosa, la madre de la patria señorita Guadiana se enzarzó en un debate con un cura, su vecino de escaño, que fué de los episodios más pintorescos de este período de Cortes reconstituyentes.

El tal cura, al que sólo faltaba tener voz de bajo para parecerse al "don Basilio" de *El barbero de Sevilla,* decía, con su vocecita atiplada:

—¿Y con qué vais a sustituir al misionero de aquí? No al que va a países salvajes a enseñar a los indios la fe de Cristo, sino al que aquí, en nuestras grandes ciudades españolas, lucha desde ese baluarte que es el confesonario con la inmoralidad de la calle y del hogar.

Oír la señorita lo del confesonario, y pedir la palabra como el ahogado que pide un cable, fué unísono. Se le concedió cuando el Mantero-la de vía estrecha hubo terminado, y empezó a decir las siguientes blasfemias y atrocidades:

—...¡El confesonario! ¡El baluarte! Permítame la Cámara que le relate una anécdota de los tiempos en que yo tenía la desgracia de ser creyente y practicante.

Todos los curas que había en la Cámara se echaron a temblar. ¿Qué iría a contar este esperpento femenino?

—Era yo casi una niña...

Una voz:

—¡También te creo!

—...y al pasar por Burgos entré en su famosa Catedral a confesarme. Era tarde, y el templo estaba casi vacío: a un sacerdote, a un hombre como estos que véis aquí, señores diputa-

dos, que han convertido la sotana en toga de legislador, empecé a abrirle mi alma, y, por lo visto, tanto se la abrí, que el hombre, sin atender al lugar en que estábamos, empezó a meter-me mano.

Hubo en la Cámara, ante estas palabras, su miaja de tumulto; la minoría cavernícola berreaba airada; en los escaños de la extrema izquierda muchos diputados se revolcaban de risa. El señor Besteiro, suavemente, invitó a la señorita Guadiana a mitigar la crudeza de sus palabras.

—En vez de meter mano, puede decir, por ejemplo..., parchear, dar masaje, etc. A su buen juicio lo dejo.

Pedir buen juicio a una mujer excitada es como pedir veinte duros a un amigo millonario.

—¡Me metió mano! ¡Sí, señores diputados! Aquel hombre convirtió el confesonario de baluarte en *chaise-longue*.

El cura de antes volvió a hablar con su voz de Mimí en el último acto.

—Invito a la Cámara a reflexionar: lo que dice esta señorita es imposible; un sacerdote, desde su asiento del confesonario, no puede meter mano a una mujer, porque hay un tabique

de madera que lo impide. ¡Si lo sabré yo, que he fracasado varias veces!

Nuevo tumulto.

—Es que aquel de Burgos dió la vuelta con el brazo.

—Muy difícil, muy difícil...—seguía diciendo el presbítero, con cierta nostalgia.

Y la señorita Guadiana, para terminar, afirmó, que en vista de lo que a ella le había ocurrido en Burgos hacía unos años—¡muchos debían ser!—en España debía separarse la Iglesia del Estado.

—Lo que habrá que separar son los confesores de las confesadas—dijo en una interrupción don José Manteca, diputado valenciano.

—O hacer las confesiones por radio—propuso Barriobero.

La Cámara naufragaba en un océano de frivolidad.

VI

¡CAVERNÍCOLAS!

—No, conde, no; así no se va a ninguna parte. Esta gente nos lleva a la ruina como nación.

—Pero si estamos de acuerdo, querido amigo; lo que yo digo es que se puede dar la batalla, pero claramente, defendiendo lo nuestro, es decir, la riqueza y el bienestar del país.

—¡Bueno está el país! Si el 12 de abril no hubieran votado como borregos a los republicanos...

—Eso, no; al pueblo se le engañó: se le dijo que sólo se trataba de unas elecciones municipales.

—¡Bah, bah, bah!

—Usted, con decir ¡bah, bah, bah!, lo arregla todo, querido duque.

—¿Qué quiere usted que diga?

—¡Qué sé yo! Lo cierto es que el dinero se asusta, la vida industrial se paraliza, cada día surje una huelga.

—¿Una?

—O ciento. ¡Cuándo se convencerá la gente de que sin mantener firme el principio de autoridad no se puede vivir!

—¡Bueno está también el principio de autoridad!

—Pareces el sereno de "La verbena de la Paloma", querido Macario.

—A propósito de Paloma: ha vuelto de París la Nomemates.

—¿Y qué cuenta?

—Ha ido a Fontainebleau.

—Claro. ¿Y qué?

—El rey le ha dicho que por ahora no quería hacer nada; que lo primero es España, y España necesita, antes que nada, tranquilidad.

—¡Tranquilidad! Mi profesor de Retórica decía que tranquilidad viene de tranca.

—¡Aviados estamos!

—¿Se han enterado ustedes de lo de ayer?

—¿Qué es lo de ayer?

—La Comisión de Reforma agraria de la re-

constituyente ha acordado que toda la propiedad rústica cuyo valor exceda de ochenta mil pesetas, y haya llegado a su actual propietario por vía de herencia, pueda ser expropiada, entregando por ella sólo la mitad de su valor: mitad que se pagará con un papel especial llamado Deuda agraria, que el propietario podrá colgar en el retrete de su casa, pues puede que para eso sea para lo único que le sirva.

—¡Olé!

—Va muy bien esta gente, no cabe duda; va muy bien.

Esta conversación se mantenía en el comedor de la casa-palacio del conde de San Tadeo, situada en la parte alta del barrio de Salamanca.

Se cenaba, y se cenaba bien: siempre así en aquella casa.

Los comensales eran cinco, incluído el dueño de la mansión; los otros eran el duque de Amaniel, el marqués de la Cuesta de Santo Domingo, el barón de Chapete y Remigio Solera, un aristócrata sin título, hijo de un antiguo alto empleado en la Mayordomía de Palacio.

Al venir la República y suprimir los títulos de nobleza, el conde de San Tadeo había que-

dado convertido en Carolino Esteban de Gormaz.

El duque de Amaniel era ahora Macario Muñoz y Saltillo de la Almunia.

El marqués ya no era más que Adelaido Soroya.

Y el barón—¡éste era el que más había perdido!—se había encontrado con la desagradable sorpresa de llamarse Ginés Coito y Membrillera.—Pues el tal primer apellido existe: puedo probártelo, caro lector.

Se confirmaba así la donosa teoría de otro aristócrata, pero éste de los de pura cepa, con cuya amistad se honra el autor de estas líneas, el cual dice que al sobrevenir en el siglo pasado la Restauración borbónica, unos cuantos señores se adornaron con otros tantos títulos *para ocultar con ellos sus propios apellidos*.

El único que en ese sentido no había perdido nada era Remigio Solera, el quinto comensal.

La tesis de estos señores y de todos los de su calaña no podía ser más sencilla: al caer la Monarquía había caído también con ella la felicidad de España.

Como si el hecho de tener a una familia más o menos simpática alojada en el caserón de la

Plaza de Oriente tuviese una gran influencia en la vida de veintidós millones de ciudadanos.

En ese sentido las dos tesis eran falsas: la republicana y la monárquica.

La República actual no era, ciertamente, un paraíso; pero ¿es que lo era la Monarquía caída el 14 de abril? ¿Qué monserga quieren contarnos estos señores cavernícolas? ¿Es que creen que hablan con idiotas? Los verdaderos idiotas ¿no serán ellos?

Una España podrida, de gobernantes memos y endiosados, que subían a gatas las escaleras de Palacio y se deshacían de gusto allá arriba, cuando el rey se dignaba obsequiarles con una sonrisa.

Una España de yernos, de acaparadores de cargos, de señoritos que presumían de aristócratas, de beatas intrigantes que influían en todo, que lo determinaban todo, desde el individuo que había de ocupar la presidencia del Consejo de Ministros a los libros que pueden o no venderse en los quioscos de las estaciones.

No es muy simpático ni muy atractivo lo actual, pero ésa no debe ser una razón para añorar lo que se fué. Lo que murió el 14 de abril

bien muerto está; aquel muladar cursi no debe volver a destaparse.

Si cambiamos, que sea para ir adelante, no para volver atrás.

Pero el conde y sus invitados no pensaban así.

—Este coñac me lo mandaron ayer de Biarritz; es cosa exquisita.

Lo era, en efecto.

Y aquellos hombres, a quienes ya no les nombraban por su título más que los criados y los amigos que les pedían dinero—que nunca daban: eso es aparte—, se regodeaban con las postrimerías de una comida excelente, y saboreando un buen coñac, bebiendo un magnífico café y fumando unos puros de primera categoría, hablaban de política y de sociología con la misma inconsciencia cobarde con que hablarían de mujeres o de caballos de carrera.

—Yo lo que quiero es que haya orden, mucho orden.

—Naturalmente.

—Paz y orden.

—Como que no se puede vivir de otra manera.

—Que todo el mundo trabaje, eso sí, pero sin imposiciones.

—No se puede ir contra el capital.

—No se puede, no.

—Destruir por destruir, como se hizo en Madrid el día de la quema de los conventos, es un crimen de lesa patria... Oye, Nicolás, da otro cigarro al señor marqués, que ése parece que no tira bien.

—¡Y lo que se quiere hacer ahora con el Banco de España!

—Sí..., claro, es una ofensiva simultánea contra todo lo que signifique una fuerza conservadora.

—Y, sin embargo, es tan fácil gobernar a un pueblo como el pueblo español...

—¿Usted cree?...

—Claro que sí: basta con que haya orden y paz. A mí no hay quien me saque de ahí.

Orden y paz. ¡Es un programita! No cabe duda.

Lo que pasa es que cuando las cosas están mal ordenadas, y la gente sufre y no está contenta, un poquito de desorden y un poquito de guerra no vienen nunca mal.

VII

LOS CELOS DE BELLUGA

Un día, el *leader* comunista recibió la visita de la madre Catalina.

—¿Cómo ha averiguado usted dónde vivía yo?

—Yo averiguo en Madrid todo lo que me propongo averiguar.

—¡Hola!

—¡Vaya que sí!

—Bueno, pero ¿quién se lo ha dicho?

—Un pájaro que yo tengo: un pajarito que no me engaña nunca.

Y con chanzas de aquellas se quedó sin decir quién le había indicado el domicilio de Joaquín.

Por lo visto, no quería decirlo.

—¿Y Lelé?—preguntó, como sorprendida de no hallarla en casa.

—Ha salido a un recado.
—¿Sale mucho a la calle?
—No: a comprar lo que hace falta para la casa, y, alguna noche, conmigo, a uno de estos cines de aquí del barrio.
—Ya.
—Ya... ¿qué?
—No, nada; debe ser que yo me he confundido.
—¿Qué dice usted?
—No, nada, hombre; vamos a hablar de otra cosa.
—No, no, perdone usted... o perdona tú; vamos a seguir hablando de lo mismo.
—Pero ¿de qué? Si yo no he dicho nada.
—¿Por qué me has preguntado eso de si Lelé salía mucho a la calle?
—¡Qué tonto! Por hablar de algo.
—¡Quiá! Nos conocemos, madre.
—Bueno; lo que tú quieras.
—Sepa usted que Lelé está bajo mi custodia y protección; que no es una mujer, ni siquiera una niña; que es... un símbolo.
—¿Un qué?
—Un símbolo. ¿No sabes lo que es eso?
—Creí que ibas a decir un pendón.

—¡Madre!

—¡Hijo!

—Lelé será nuestra virgen roja; para eso la estoy educando.

—Ya, ya.

—Y el día del triunfo será ella la que pondrá nuestra bandera, con la hoz y el martillo, encima del reloj del Banco de España, mientras nosotros nos incautamos de las cuentas corrientes.

—Y ¿cuándo va a ser eso?

—Muy pronto. Antes de lo que muchos se figuran.

—Ten cuidado no llegues tarde.

—¿Tarde?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me parece que por muy pronto que eso sea, Lelé... ya no va a ser virgen.

El comunista se puso en pie de un salto.

—¿Qué dices?

—Ya he dicho bastante.

—Ca, no; eso crees tú.

La cogió por una muñeca y apretó fuerte.

—¡Oye, tú, que me lastimas!

—Ahora mismo vas a hablar clarito; ya sa-

bes que a mí las medias palabras no me gustan.

—¿Qué quieres?

—Que me digas por qué Lelé va a perder la virginidad.

—¿Que te lo diga yo?

—Claro. Tú eres la que has soltado el veneno.

—Otra persona te podría informar mejor que yo.

—¿Quién?

—El mocito ése, morenillo, muy pinturero y muy guapito, que habla con ella todas las noches en la esquina misma de esta calle.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie. Los he visto yo más de una vez.

—¿A qué hora?

—A eso de las ocho.

—...Claro; por eso la muy perra, todas las noches, a esa hora, me dice que tiene que bajar por plátanos, que sabe que es un alimento que me apasiona.

—Y por plátanos baja.

—¿Cómo?

—Que puede que ella le llame a *eso* el plátano.

—¡Catalina, no me irrites!

—Pero, oye, oye, ¿tanto te interesa esa mocosa?

—¡Lo que sea!

—A ver si te has enamorado de ella.

—¡Estúpida!

—Pues te advierto que puede ser tu nieta.

—Y tu biznieta.

Pausa.

Joaquín Belluga rabiaba. La madre Catalina estaba muy complacida.

Habló ella:

—Has hecho mal en traer a esa pequeña a esta casa. Verás el pago que te da. Si no querías vivir solo haber buscado otra mujer. Pero una mujer de verdad, hecha, madura...

—Como tú.

—¿Por qué no? Como yo.

—Claro.

—Con otras te iría peor. Una mujer que por saber algo de la vida no se dejase engatusar por ningún chulillo.

—¡Todas os dejáis engatusar por eso!

—Prueba a ver.

Se había apoyado, gachona, en su hombro.

—¡Déjame!

—¿Tan mal te fué conmigo la única noche que nos acostamos juntos en París?

—Mal no...

—¿No te puse bueno?... ¿Cómo tienes... el imperativo categórico?

—Como una rosa.

—¿Lo ves?... Te advierto que una nueva sesión no te vendría mal; aunque no fuera más que para prevenir. ¿Quieres?

—¡No! ¡Ahora no! ¿No ves cómo me has puesto?

—Ya veo que estás nervioso; no creí que la chica te interesase tanto. Hablemos de otra cosa... ¿Qué, cómo llevas tus trabajos?

—Muy bien.

—¿Cuándo dais el golpe?

—Fecha no hay aún señalada.

—Y... ¿qué pensáis hacer?

—Apoderarnos del Congreso y de los Bancos. Con eso ya hay bastante; lo demás se nos vendrá solo a las manos.

—Claro que sí.

Llamaron a la puerta.

—Es ella, Lelé.

—No vayas a decirle nada.

—Descuida.

Era la chica, en efecto.

Traía un paquete de sal y un número de *Gracia y Justicia.*

Hubo efusivos saludos con la madre Catalina.

—¡Qué guapa estás! Y cómo se te va pegando el aire de Madrid; eres ya una madrileñita de cuerpo entero. Ten cuidado con los novios.

Tardó poco en marcharse.

Belluga tuvo que hacer un esfuerzo para que la pequeña no sospechase lo que le acababan de contar; él lo que quería era que diesen las ocho, y ver si la muchacha le decía que había que bajar por plátanos.

Y, en efecto, dieron las ocho, y Lelé dijo:

—Tendré que bajar por plátanos para la cena: no queda más que uno y está pocho.

—Anda, baja, baja... Y no te tardes mucho.

No bajó sola; siguiéndola los pasos, aunque procurando que no se diera cuenta, iba Joaquín Belluga.

La chica, en efecto, compró unos plátanos en una frutería de la misma calle; pero, luego, en vez de volver a casa, siguió andando, en dirección contraria.

En la primera esquina aguardaba un mucha-

cho, con traje de mecánico, que era, en efecto, una reproducción del Apolo del Belvedere. La nena se unió a él, y ambos casi se incrustaron en el muro.

Joaquín, al acecho, esperó a que pasase un rato para que la sorpresa fuera más completa.

Por fin, avanzó y se paró delante de ellos.

—¿Qué haces tú aquí?

La chica, azorada, soltó uno de los plátanos que tenía en la mano, y empezó a balbucir:

—Este... que me preguntaba... por dónde se va... al primer trozo de la Gran Vía.

—Con que ¿al primer trozo?... ¡Arrea pa casa!

Obedeció.

—Y usted, pollo, cuando sienta ganas de coger grillos, se va a la Casa de Campo, que ahora está abierta al pueblo.

—Es que yo...

—Tú te vas también a tu casa, a que te pongan el babero.

Llegaron casi juntos al piso Lelé y él.

En el portazo que dió para cerrar comprendió la chica la proximidad de la tormenta.

En el comedor, se paró frente a ella y, sin de-

cir palabra, le administró un tortazo que la hizo desequilibrarse.

Tras de aquél vinieron otros, y patadas, y pellizcos, y pescozones.

La pequeña, en medio del dolor, se acordaba de madame Pantalonoff. ¡Por lo visto, era su sino!

Ya en el suelo, y entre dos golpes, tuvo fuerzas para gemir:

—¿No decía usted que a una mujer no se le debe pegar?

—¡Toma!

Y le dió un manotazo en la boca.

—Si acaso matarla—lloró ella.

—¡Es que yo te voy a matar a palos, so golfa!

Y, en efecto, parecía que se había propuesto matarla.

No la dejó hasta que la pobre virgen roja, morada ahora por los golpes, quedó inerte, acurrucada en un rincón, debajo de unos muebles.

VIII

UN OASIS

Cuando el marqués de Ulloa y los suyos querían aislarse un poco de la vulgaridad ambiente, separarse, durante un par de horas, de la mediocridad municipal y ciudadana, se refugiaban en un elegante y simpatiquísimo restaurante de la Carrera de San Jerónimo, muy cercano a la Puerta del Sol.

Este local, que se llamaba Restaurante Amaya, era uno de los pocos madrileños de ambiente distinguido, en que se podía entrar sin que al llegar la hora de pagar la cuenta hubiese que pedir un empréstito al Banco de España, o dejar empeñada una sortija.

De fundación reciente, no tenía ese prestigio histórico de algunos otros establecimientos similares de la que fué Corte, en los cuales los

divanes suelen estar llenos de parásitos y la venerable antigüedad de la casa se reflejaba a veces en la consistencia apergaminada de los solomillos.

Su dueño, un muchacho inteligente y simpático, había dado con la difícil receta de ofrecer al público un local, que siendo de buen tono, fuese al mismo tiempo alegre.

Y el ex marqués de Ulloa—la República le había chafado el título—había elegido el Restaurante Amaya para celebrar en él, con su peña de amigas y de amigos, la mayor parte de las comidas del mes.

Era un gran tipo este Ulloa, alto, fornido y de buen humor constante: nacido en los años en que la cuarta de Apolo era aún una Universidad para los madrileños, y los divanes de Fornos una especie de *stadium*, tenía todo ese despreocupado optimismo de los que por haberle visto torear muchas corridas a don Luis Mazzantini, sabemos que en la vida nada hay que tenga importancia, como no sea una buena mujer y una buena botella de vino, servida a tiempo.

Al suprimir la República los títulos nobiliarios, las condecoraciones y demás flatulencias,

el antiguo marqués de Ulloa quedó convertido en el ciudadano Gonzalo Pérez de las Camuesas; pero como eso de Pérez sonaba a polka, y lo de las Camuesas daba ganas de pedir un cuchillo de postres, sus amigos decidieron conservar del título el mote, y unirlo al nombre propio del galán, quedando éste así convertido en Gonzalo de Ulloa, o el comendador, como le llamaban muchas veces para abreviar.

Y el cuartel general del comendador era el Restaurante Amaya.

—Es que en ningún sitio de Madrid me encuentro más a gusto—decía él a todo el que quería oírle.

En aquel comedor con sus grandes ventanales a la Carrera, que le daba aspecto de gran salón de un barco anclado en la quietud de un puerto, se estaba realmente bien. El decorado era sobrio: sin esos recargos de suntuosidad de opereta, ni tampoco esa mezquindad esquelética con que ahora proceden algunos en el arte de la decoración—en el fondo, para ahorrarse dinero—y que hace que ciertos comedores y locales de placer se asemejen mucho a la sala de operaciones de una clínica.

Tenía razón Ulloa: se encontraba uno bien

allí. La atmósfera predisponía al agrado, y cuando llegaba el *maitre* para ayudarnos a confeccionar el menú parecía que el estómago estaba mejor dispuesto que al venir de la calle.

Gonzalo profesaba la teoría de que ahora y siempre, con Monarquía o con República, Madrid era el paraje más divertido del planeta.

—Y cuando venga el comunismo pasará exactamente igual, no os quepa duda—decía a los suyos.

A él le parecían ridículos o cursis como una corbata de plastrón, aquellos individuos de su clase que por miedo o por una mal entendida comodidad, se habían marchado fuera de España, con o sin el dinero, al venir el nuevo régimen. En el pecado llevaban la penitencia: ¡cómo debían estar aburriéndose los pobres!

Porque ¡este Madrid...!

La habitual tertulia de don Gonzalo la formaban Narciso Torrenueva, aristócrata arruinado, que había perdido su título mucho antes de que se lo quitara la República, o sea, al quedarse sin dinero; ahora casi vivía a costa del de Ulloa. Los hermanos Sedines: éstos tenían dinero, pero poca facilidad para gastarlo; eran

muy divertidos, eso sí, y Gonzalo utilizábalos casi como bufones.

Don Ventura Traviesa, hombre de cierta edad, jubilado de la carrera diplomática, ciudadano que sabía mucho del mundo y sus miserias... que algunos llaman grandezas.

El elemento femenino variaba más, pero era núcleo y aglutinante de él la francesita Jenny, adorable rubia ella, que había venido a Madrid como primera modelo de la célebre modista La-puntilla, había derivado luego hacia el teatro y era ahora, y siempre, una mujer encantadora que alegraba el sitio en que se encontrase.

En estas comidas de Amaya era ella como un centro de mesa, de porcelana adornada de oro, que atraía todas las miradas, incluso las de las mesas más lejanas.

Y eso que... ¡en las mesas de Amaya se veía a diario cada mujer! Era el restaurante de las mujeres guapas.

En el día de hoy al grupo del comendador se le servía un menú que no hubiera desdeñado Trimalción: la... apoteosis empezaba con la clásica "sopa Amaya", célebre ya en todo Madrid, y con la cual el jefe de la casa había logrado *edificar* una *ballalaise* española que ha-

bría hecho magnífico papel en uno de los establecimientos del puerto viejo de Marsella.

Unos "lenguados madrileños" y una "menestra de legumbres", eran los platos centrales de la comida, que los comensales saboreaban con ansia de chuparse los dedos..., operación que no realizaban por impedírselo cierto respetuoso pudor.

Con ellos, a más de la francesa, sentábase hoy a la mesa una morenaza de ojos de cráter en ignición—por lo grandes y lo encendidos—, con su poquito de bigote, pelusilla que venía a ser un adorno más en su rostro de egipcia: era la famosa tiple Clotilde López, gran voz, mucho sentido común en escena, de la cual andaba vagamente enamorado Gonzalo de Ulloa, sin que ella correspondiese a tal enamoramiento nada más que con su amistosa simpatía.

Y Clotilde, que al hablar lo hacía con una voz llena de contralto que ha dormido bien, dijo, al servírsele una estupenda pechuga de "pollo salteado Amaya":

—Si os reís de mí no me importa, pero yo las aves no las puedo comer si no es cogiendo el pedazo por el hueso.

Ulloa le dijo:

—No seré yo el que me ría: lo que haré será imitarte.

El y todos. La mesa fué, brevemente, un concurso de prestimanos.

¡Cómo estaba aquel pollo! Los comentarios pugnaban por salir labios afuera y eran los ojos de los comensales los que expresaban toda la admiración que el ave y su condimento producía.

Y el helado "Melba" que venía después era una delicia; como lo había sido el capítulo de vinos que durante la comida se habían servido y que eran, en blanco y tinto, de la Casa López Heredia, y dentro del amplio catálogo de esta casa de su marca "Viña Tondonia", cosa excelente entre las excelencias de los grandes vinos españoles.

El blanco, servido en su temperatura adecuada con la sopa y con el pescado, era un gran vino, ni dulce ni seco, como debe ser todo vino que acompañe a una comida relativamente ligera: sin ese sabor a éter y a farmacia que tienen otros vinos hispanos que presumen mucho, y que no son más que un producto industrial, con ataques al estómago y al cerebro del consumidor de buena fe.

Y el tinto "Tondonia", con su sabor atercio-pelado, suave y enérgico a un tiempo, vino de alta clase, de gran vigor, suave y firme a un tiempo, que con la menestra y el asado formaba complemento perfecto, ideal, en el que no se sabía si era el vino que mejoraba al condimento, o si era el condimento el que sutilizaba al vino, hasta hacerlo indispensable.

La bodega de Amaya era famosa en todo Madrid, y cuando de entre sus tesoros se extraía uno como ese vino "Tondonia" de la Casa López Heredia, ya blanco ya tinto, entonces la tal fama se justificaba plenamente.

El optimismo natural de toda buena comida, rociada con buenos vinos, hacía que los comensales al hablar, no formasen parte de ese coro de plañideras y de inconsolables viudas de la Monarquía que por entonces se veía tanto en España.

Y Gonzalo, el anfitrión, era el que daba la pauta de ese optimismo.

—Yo, que he sido monárquico, no digo que la actual República española sea el paraíso terrenal... entre otras razones porque no creo en paraísos terrenales, pero de eso a los lloros de las damas histéricas que por lo visto nos

quieren hacer creer que todas han quedado embarazadas de Alfonso XIII, hay un abismo que yo lleno con... con... Oiga: —esto al *maitre*— tráiganos unas copas de coñac "Mérito", pero de ese que tenéis guardado para mí.

En la bodega de Amaya había de todo: de todo lo bueno, se entiende. El cliente—y Ulloa era el primer cliente del célebre restaurante de la Carrera—podía allí pedir cualquier bebida que tuviera un nombre en el mercado legítimamente adquirido, en la seguridad de que el encargado de ello no tenía que salir a la calle a buscarlo.

—¿Por qué brindamos?—preguntó uno de los comensales, alzando la gran copa de degustación, llena en su tercera parte de coñac "Mérito".

—¿Por qué ha de ser? Por lo que hay que brindar siempre: por el porvenir. Es lo único digno de un brindis: el pasado no debe interesarle más que a un coleccionista de antigüedades.

—Pero—preguntó ingenuamente la rubia Jenny—, ¿cuál es el porvenir de España?

—Pues...

En aquel momento penetró una pareja en el

elegante local: pareja que ya conoce el lector, pues la formaban Joaquín Belluga y Lelé.

Ella iba muy bien vestida: él, con ese descuido estudiado de quien teme que cierta elegancia le haga sospechoso. Ocuparon la única mesa que había vacía.

Gonzalo, hombre de larga vista, dijo al verles:

—Preguntabas que cuál era el porvenir de España: pues ahí le tenéis.

Y como alguien sonriera, escéptico, agregó:

—No os quepa duda: y el que no lo vea que vaya mañana mismo a un oculista.

—Y al que le pese que lo pelen al cero—dijo, con su voz de virgen griega, Clotilde López.

Y todos bebieron.

El *maitre* recogió de labios del jefe comunista este encargo:

—Dos sopas Amaya... Venimos por ella.

Belluga, además de comunista, era hombre de buen gusto.

IX

DOÑA COSMÉTICA

¿Por qué era comunista doña Cosmética, la vieja condesa madrileña que había vuelto con parte de los conjurados?

No se sabía.

Ella misma, si se la interrogaba, veríase apurada para decirlo. Y más apurada si, de pronto, le preguntasen:

—Bueno, pero ¿qué es el comunismo?

Para ciertas gente, se trataba de una moda. Gentes felices, desde luego, que a la moda pueden someterlo todo; gentes de vida material resuelta, en la que ninguna preocupación puede calar muy hondo.

Daniel Burgos, el dibujante pederasta, se encaraba a veces con doña Cosmética y le decía:

—Bueno, pero, condesa, tú no eres sincera.

—¿Por qué?

—Muy sencillo: si tú sintieras de verdad la doctrina comunista, empezarías por renunciar a tus bienes, dándolos a los pobres, o a tus acreedores...

—¡Los pobres acreedores!

—...Y, luego, una vez pobre tú también, te pondrías a trabajar.

—¿A trabajar?

—Claro.

—¿En qué?

—En algo: taquimeca, empleada del Metro, vendedora de periódicos, camarera...

—Yo eso no puedo hacerlo mientras el actual régimen capitalista no desaparezca.

—No sé por qué.

—Porque si yo, ahora, me pongo a trabajar, trabajaré a favor de un patrono, de un burgués odiado; seré una sierva más, y nosotros, los comunistas, precisamente lo que queremos es que no haya siervos.

Era un truco que empleaban mucho los comunistas de esta clase, y que, desde luego, les resultaba muy cómodo.

El único que con su ciencia indudable, adulterada por sus discípulos, podría explicarnos el

caso de esta vieja condesa comunista, es el amigo Freud.

La cosa, después de todo, era sencilla: la persona a quien más odiaba doña Cosmética en el mundo era a su marido; molestarle resultaba su mayor placer. Y ¿qué era lo que más podía molestar al conde, no sólo monárquico, sino gentilhombre de Cámara con ejercicio y servidumbre, que cuando entraba en Palacio creía que había entrado en el cielo, y cuando estaba de guardia con alguna de las personas reales se consideraba el hombre más feliz del planeta?

Lo que más podía molestarle era el comunismo..., que tampoco sabía lo que era. Acaso por eso le molestaba tanto.

Porque la República era poco.

Un paso más desde la orilla de la Monarquía. Presidentes de República había en el mundo que eran tan grotescos y tan tiranuelos como cualquier monarca.

No, no; el comunismo. Y eso porque no se había inventado una cosa más avanzada.

Doña Cosmética, la Guadiana, la madre Catalina y alguna otra menopáusica, reuníanse con Belluga, Burgos y dos o tres más en un elegan-

te café no lejano del Palacio de Comunicaciones.

Eran casi siempre reuniones nocturnas, en las que se hablaba de temas frívolos, pues los otros, los graves y serios, y, sobre todo, los que se referían a la organización del golpe que se preparaba, no podían exponerse así, en la mesa de un café, en cuyos aledaños no falta nunca un soplón, que aunque sólo sea por dárselas de enterado, se encarga de divulgar a los cuatro vientos lo que ha oído.

—Hoy he estado en el Congreso—decía una de las noches la condesa—y he salido escandalizada.

—¿Por qué?—preguntaba la Guadiana, que, por ser de la casa, se consideraba un poco aludida.

—Pero, cómo perdéis el tiempo allí. ¿Qué fanfarrias son ésas de la separación de la Iglesia y el Estado, y del divorcio, y de la reforma agraria? Todo eso lo arreglaremos nosotros en media hora. ¿Verdad, amigo Belluga?

—Exacto. A la media hora de habernos hecho cargo del Poder.

La Guadiana interpelaba:

—Y ¿cómo lo van ustedes a arreglar?

—En realidad, se arreglará solo: establecido el amor libre ¿para qué el divorcio? Suprimido el Estado, no habrá que separarlo de la Iglesia ni de nadie... Y así sucesivamente.

—Eso sí.

—Pues ¿y lo del voto a las mujeres? ¿Me quieren ustedes decir?...

—Ya, ya...

—La República ha dado el voto a las mujeres. ¿Cabe estulticia mayor?

—No cabe.

—Yo soy mujer y declaro que dar un régimen de izquierdas el voto a una mujer, como son la mayoría de las mujeres españolas, es un caso de suicidio por tontería.

—Eso mismo ha dicho Victoria Kent.

—Pues Victoria Kent es una mujer de mucho talento.

—Tiene casi tanto talento como un hombre.

—¿Y usted—por la Guadiana—ha votado por la concesión del voto femenino?

La ex tiple dió un suspiro y dijo, resignada:

—Sí, hija mía.

—¿Y por qué?

—Si no lo hago me mondan.

—¿Quienes?

—Nos estaban esperando a la salida, ocultas en la calle de Zorrilla, todas las socias del Lyceum Club y del Ateneo femenino. Y no iban solas: llevaban uno de esos paragüitas diminutos que ahora se usan, pero con el puño y todo el palo de hierro.

—¿Y cómo no mondaron a la Victoria Kent, que votó en contra?

—Porque no salió.

—¡Ah!

—Vamos, salir sí salió, pero lo hizo muy tarde. Además, como tiene esa manera de andar tan rara, la confundieron con Nicolau d'Olwer y la dejaron marchar.

—En un régimen comunista ¿tendremos voto las mujeres?—preguntó a Belluga la madre Catalina, por hablar de algo, pues la respuesta le tenía sin cuidado.

—En un régimen comunista, por lo menos al principio, no tendrá voto nadie. El comunismo, afortunadamente, no es un régimen democrático. ¡La Democracia! Esa palabra que han inventado los burgueses para cubrir con ella todas sus canalladas.

—¡Muy bien!

Se habló poco más aquella noche.

Al disolverse el grupo en la calle, Joaquín Belluga se volvió solo a casa, donde, encerrada con doble vuelta de llave y el cuerpo lleno de vendajes, le esperaba Lelé.

X

SE VA FORMANDO LA TORMENTA

Mal andaba la República española al relativamente poco tiempo de su formación.

Los conflictos surgían a diario, nadie estaba contento, y las amenazas aparecían por doquier, lo mismo a la derecha que a la izquierda del horizonte.

La buena voluntad de aquellos hombres que formaron el Gobierno Provisional de abril era indudable; el talento de algunos de ellos también; otros no eran más que unas calabazas floridas por las circunstancias.

El presidente, hombre listo y honrado, abogado excelente, sin cuyo esfuerzo y desinterés la República acaso no hubiera venido, tenía un defecto que era un exceso: el de hablar demasiado.

Como realmente hablaba muy bien, la cosa en él era perdonable; pedirle a una mujer guapa que se tape el rostro con frecuencia es pedir acaso un sacrificio demasiado grande.

Pero era el caso que los discursos de don Niceto iban ya, como dicen en la Argentina, *cayendo un poco pesado* al país.

¿Los discursos? ¡Si sólo fueran los discursos! Sus notas oficiosas, sus conversaciones con los periodistas revestían unas perspectivas tan dilatadas y kilométricas que recordaban las de aquel otro jefe de Gobierno, que después de haber pulverizado al país con la mejor intención del mundo, fué a morir en un hotel relativamente modesto de las orillas del Sena.

Y las recordaban tanto más cuanto que las notas y las conversaciones de ahora se redactaban y celebraban en el mismo sitio, y a veces ante las mismas personas que entonces.

No nos placen los gobernantes absolutamente mudos: esos que contestan a todo con monosílabos y no sueltan palabra ni amenazándoles con el cese.

Tal fervor por el silencio suele ocultar una vacuidad cerebral que no es la más a propósito para regir los destinos de un país.

Pero entre esos hombres-tumbas y los charlatanes, más o menos líricos, hay un término medio muy decoroso y muy simpático.

Don Niceto Alcalá Zamora se fué a su casa con la aureola de hombre honrado y con el mérito indiscutible de haber sido quien había traído las gallinas republicanas. De los huevos que luego estas gallinas pusieran no podía él ser responsable.

Ocupó su puesto Azaña, el gran Azaña, y las cosas no fueron mejor por eso. El problema de España no era ya un problema de hombres: y todos éstos, desde luego más listos y de mejor intención que la casi totalidad de sus antecesores monárquicos, daban la impresión de unos médicos muy ilustres que acudieran un poco tarde a la cabecera de un agonizante.

Lerroux..., Azaña..., Alcalá Zamora..., Prieto... ¡Debieron llamarles antes!

Para cuando Azaña se gastase hablábase ya con insistencia de un Gobierno presidido por Cristeto Salas.

La cosa tenía todos los caracteres de una de esas candidaturas lanzadas por el propio interesado, que rara vez llegan a cuajar en la rea-

lidad. Y, desde luego, produjo en la mayoría de los ciudadanos cierto cómico regocijo.

Hay hombres públicos que, sin que se sepa a punto fijo por qué, resultan siempre cómicos: ni el talento, ni la elocuencia, ni la honradez les libran de producir en la concurrencia, a la sola evocación de su nombre, un efecto hilarante. Y conste que no nos referimos a don Melquiades Alvarez.

Pues bien, Cristeto Salas era uno de esos hombres.

Un Gobierno presidido por él habría tenido el mismo éxito de risa que acompaña en sus excursiones por las plazas de toros hispanas a la banda del Empastre.

La República, en sus manos, moriría de un ataque de risa.

Pero no había cuidado; la segunda República española moriría, pero no de eso. No sería tampoco ningún cavernícola con más o menos entorchados quien la tiraría al suelo, para poner en su lugar a ningún Juan ni a ningún Pedro coronado.

Joaquín Belluga lo predecía a diario a quien quería oírlo:

—La primera República la derribó un gene-

ral, Pavía, entrando violentamente en el Congreso, y haciendo correr a aquellos legisladores tan amantes de sus pellejos; la segunda morirá de idéntica manera, pero no será un general el que entre en el Congreso; será el pueblo, seremos nosotros. Ya lo verán ustedes.

Todo lo anunciaba.

El despertar de los obreros del campo, primero en Andalucía, y después en toda España... Aquellos inquilinos de un barrio entero de Barcelona que se negaban a pagar a los caseros respectivos, sin que hubiera juez que se atreviera a decretar un solo desahucio...

Las bandadas de obreros parados, y por ende famélicos, que entraban en un hotel o en un restaurante de lujo pidiendo que se les diera de comer y eligiendo tan mal a veces, como cuando entraron en un gran hotel de mucho postín de Madrid, donde se comía muy mal y donde a diario morían de hambre dos o tres viajeros que habían incurrido en el error de no irse a comer a la calle...

Eran síntomas, nubes que se iban acumulando para formar la gran tormenta.

Porque ya no era cuestión de Monarquía o de República: era el régimen capitalista, torpe

y egoísta, el que se hundía, de un modo fatal, inevitable.

Ya podía la República expulsar a todos los frailes y a todas las monjas. ¿Y qué? ¿Es que no había en España más vagos que éstos, suponiendo que éstos lo fuesen? ¿Y el señorito que vive y se juerguea a favor de una herencia? ¿Y el banquero que se pasa unos cuantos años disponiendo del dinero de los demás, y luego lo pierde todo en una jugada de Bolsa? ¿Y el acaparador? ¿Y el traficante en carne humana?

—Siempre habrá de todo eso en el mundo —¡por desgracia!—nos dicen algunos.

Es posible. Pero que no sean las leyes las que amparen todo eso. Que no se emplee una palabra tan sagrada como debe ser la palabra ley para cubrir y justificar infamias.

Se trata de hacer un mundo mejor, si ello es posible; por lo menos, de intentarlo.

Porque para estar conforme con lo actual, con lo que lleva ya muchos siglos de actualidad, hace falta ser muy tonto o muy egoísta.

Así pensaba Joaquín Belluga. Y como pensaba y sentía así y se encontraba con una fuerza en sus manos para realizar sus pensamien-

tos, iba a utilizarla, a jugar la carta que el destino le había repartido.

No pensaba hacerlo solo. Eso hubiera sido una locura; él sería el motor, el jefe, y estaba dispuesto a arriesgar lo que fuera preciso.

Ahora, que si triunfaba, iba él a reírse de muchos.

Desde luego, de todos los que ahora se reían de él.

XI

BURGUESITA...

Joaquín Belluga, en sus ratos de ocio, acudía al saloncillo de cierto teatro, no lejano del Restaurante Amaya, en el que ahora, en este otoño republicano, se cultivaba el llamado género frívolo.

Cuando iba allí el *leader* comunista se dejaba en casa a Lelé; la pequeña, a pesar de su aprendizaje en el amor libre, no estaba aún preparada para ciertas cosas.

En ésta su visita teatral no guiaba a Joaquín Belluga ningún móvil erótico interesado; él adoraba, era verdad, a varias de las chicas y señoras mayores de la compañía, pero las adoraba en platónico, como pueda adorarse a las imágenes de un retablo visigótico, a las cuales, por mucho que uno se enfervorice, no llegará

nunca al extremo de parchearles el hemisferio posterior.

La primera figura del teatro y de la compañía era la gentilísima y guapísima Rosalía Fuenmayor, mujer inteligente, buena y de una simpatía que congestionaba. Como artista era un prodigio, y como compañera un modelo; irreprochable en su vida privada, Rosalía era una prueba viviente de que se puede salir a escena enseñando el coxis y los alrededores del oasis sexual y ser, sin embargo, una persona decente, en el amplísimo sentido de la palabra.

Belluga, que la conocía de antiguo, y la adoraba, había concebido respecto a ella una idea que alguien calificaría de diabólica: la de convertirla a la doctrina comunista, y hacer de ella, si no una virgen roja, pues para ello era un poco tarde—Rosalía era madre de un hijo de diecinueve años—al menos una Lenina un poco menopáusica, pero guapa ¡guapa! siempre.

Sólo que aquí había dado en piedra, como dicen los castizos de las cercanías de la Arganzuela.

—Mire usted, Belluga—le decía ella, en cuanto abordaba el tema—, yo le aprecio a usted mucho y respeto todas las ideas, pero eso

del comunismo, no. Yo soy monárquica, y lo de ahora me repugna, me da asco.

—Y a mí también.

—Pues, entonces...

—¡Lo de ahora! Pero, ¿es que no sabe usted que yo trabajo contra lo de ahora? ¿Es que cree usted que esta comedia republicana va a durar mucho?

—Yo creo que no.

—Pues ya ve, Rosalía: ya tenemos algo común usted y yo.

—Sí, hijito; pero es que lo de ustedes...

—Pero, ¿qué cree usted que es lo nuestro?

—Déjeme, déjeme... Yo tengo bastante con lo que he visto en Méjico.

—Yo también he estado en Méjico, Rosalía; y le aseguro que aquéllo no tiene nada que ver con el verdadero comunismo. Usted, ante todo, es una artista: vive usted de su arte; pues ese arte es el que nosotros sublimaremos hasta elevarlo a las nubes. Créame: en el país organizado por nosotros, el artista vivirá mejor que ahora.

—¿Mejor que ahora? Vamos, Belluga, no diga usted tonterías.

—Pero, amiga mía, ¿tan bien vive usted aho-

ra? A las dos de la tarde ya está usted en el teatro para el ensayo, y la mayor parte de los días empalma usted ese ensayo con las funciones de la tarde y de la noche; total, doce horas de trabajo seguido. ¿Que cobra usted un buen sueldo? Ya lo sé. No faltaba más que no lo cobrase, siendo usted quien es. Pero, dígame: ese sueldo, ganado a costa de doce horas de trabajo diario, ¿le ha permitido hacerse rica? ¿Tiene usted fincas? ¿Tiene automóvil? ¿Tiene mucho dinero guardado en algún Banco?

—Señora Fuenmayor...

Era el segundo apunte, que la llamaba a escena.

Belluga tenía que suspender su evangelización y dedicarse, de momento, a contemplar el dorso de una vicetiple que, vestida de rosal en otoño, cruzaba el pasillo camino del escenario, para el segundo acto de *Sopas de amor*.

Rosalía no tardaba en volver, después de haberle cantado al público que ella era

"...la muñeca frívola
que en brazos del placer
se atiza siete copas de champán
con seltz."

Y Belluga tornaba a su prédica:

—Viene usted de divertir a un público compuesto en su mayoría de burgueses; y usted, no se sabe por qué, se siente también burguesa. Pero, ¿qué tiene usted de común con esa gente? ¿Por qué defiende usted su causa?

—Pero, ¿a qué clase social pertenezco yo?

—Hoy día, con el régimen social actual, a ninguna. El artista, ni es aristócrata, ni es obrero, ni es burgués. Por eso deben ustedes venir con nosotros, que empezaremos por suprimir todas las clases. A cada uno se le tratará según su trabajo.

—Déjeme, déjeme... Todo eso son teorías.

A una mujer nunca se la convence con razones; no se ha dado ni un solo caso en el mundo. Y para convencer a Rosalía Fuenmayor con la única razón con que a una mujer se puede convencer, que es la que pudiéramos llamar razón del catre, había en este caso dos inconvenientes: la probada virtud de la tiple, y el ningún entusiasmo erótico de Belluga.

El cual, siempre había experimentado una sincera estimación por la Fuenmayor; pero, como mujer, nunca le había inspirado más que una simpatía completamente frigorífica.

Simpatía, que en este caso, no le nublaba la vista hasta el punto de no dejarle ver cuánto había de ridículo en la actitud de una mujer que se ganaba la vida enseñando el esqueleto —¡admirable y bien abrigado esqueleto!—en escena, cantando al amor y a la perversión, y luego era una ferviente partidaria de la educación jesuítica, de la moral, del orden y demás bisutería ideológica.

¡Paradojas de la vida!, se dirá.

Desde luego; pero no conviene abusar mucho de las paradojas, que a veces se vuelven contra los mismos que las emplean.

Ahora, en el ambiente español, se estaba dando un caso de estupidez colectiva: toda esa turba de burgueses, de conservadores—la mayoría de ellos no tenían absolutamente nada que conservar—, de monárquicos, ahora que no había Monarquía, de gentes de orden, no se daba cuenta del servicio inmenso que, acaso sin proponérselo, les estaba rindiendo la República española.

El servicio de librarles de *lo otro*, de aplazar por lo menos *lo otro*, lo que Joaquín Belluga representaba, y que venía, venía con paso más

o menos lento, pero sin que nadie detuviera su marcha.

Y los muy imbéciles maldecían a esta República, que era el único y último baluarte que les quedaba por perder y que les defendía lo suyo.

Siempre, en la Historia, ha pasado lo mismo.

Y es que, desde Adán, el cretinismo ha sido el mejor adorno de la arcilla humana.

XII

LOS TREINTA DINEROS

—Señora, que no puede ser. Ya se le ha dicho a usted tres veces.

—Pero es que...

—No se ponga usted pesada; y, además, haga el favor de retirarse de ahí de la puerta.

—¿También quiere usted que me vaya?

—¡Claro! ¿No ve que está usted estorbando?

—No lo veo. ¿A quién estorbo yo?

—Como salga alguno de los jefes se la va usted a ganar.

—Bueno, eso es cuenta mía. Ande, sea usted bueno; pase usted ese recado que le he dicho.

—¡Está usted aviada! Se creerá usted que el señor Galarza no tiene otra cosa que hacer que recibirla a usted...

—¡Si usted supiera de lo que se trata!

—¡Ya!

—Y si él lo supiera, tampoco consentiría que me tuviera usted aquí, esperando a la puerta.

—¡Ay que ver lo posma que es usted! Y la cuestión es que no huele usted a vino.

—¿Vino? No lo pruebo ni en el estofado.

—Parece usted borracha.

—¡Soy una señora!

—También he conocido yo señoras que se emborrachaban.

—Algún día, cuando se descubra todo, se arrepentirá usted de su conducta de ahora.

—¿Cuando se descubra el qué?

—¡Como que se lo voy yo a decir a usted! No se lo diré más que al propio señor Galarza.

—¡Pues tié usted pa un rato!

—Es usted bastante obtuso.

—Y usted bastante machacona.

—A lo mejor es usted de los que *ellos* tienen comprados.

—¡Señora, vaya usted a Buitrago!

—¡Y usted a presidio!

Este diálogo tan instructivo y elegante era mantenido a la puerta grande de la Dirección general de Seguridad, a las doce de la noche,

entre el guardia de Orden público Jeremías Cremades y la madre Catalina.

Cuando tan jugosa conversación llegaba al punto en que la hemos interrumpido, acertó a pasar junto a los dos interlocutores, procedente de una taberna-bar de la calle de las Infantas, uno de los ordenanzas del primer piso.

¿Qué pasó, al verle, por el ánimo del guardia Cremades? ¿Fué el deseo de quitarse de alguna manera aquella pejiguera de encima? ¿Fué el temor de que aquella mujer tuviera, en efecto, algo interesante que decir, y no pudiera decirlo porque él se lo impidiera?

Lo cierto fué que dijo al ordenanza:

—Oiga usted Rosalio, ¿quiere usted hacer el favor de decir arriba que hay aquí una mujer que quiere hacer una confidencia?

—Una señora—rectificó ella.

—Bueno, una señora.

Tardó poco en bajar el ordenanza: le acompañaba otro sujeto gordo, de rostro risueño como la mayoría de los gordos.

—Aquélla es—le dijo Rosalio, desde el fondo de la entrada.

El gordo vino a ella.

—¿Qué deseaba usted, señora?

—Necesito ver al señor Galarza.

—El señor director no está.

—Sí está, me lo ha dicho este señor. Mejor dicho, este guardia.

—En todo caso, no podrá recibirla.

—Pues él se lo va a perder, y se lo van a perder ustedes todos, porque se trata de algo gravísimo.

—¿Es alguna denuncia?

—¡Y qué denuncia!

—¿Le sería a usted igual confiármela a mí?

La madre Catalina se le quedó mirando.

—Hombre... usted parece buena persona.

—Cuatro mil pesetas de sueldo, señora.

—¿Me promete usted referir, ce por be, al señor Galarza lo que le voy a contar?

—A los tres minutos de haberme separado de usted lo sabrá el señor director. Es mi obligación.

—Bueno, pues mire, yo...

—No, aquí no. Pasa gente, y si la cosa es tan grave como usted dice...

—Lo que es eso...

—Venga usted conmigo.

Doblaron la esquina y se introdujeron en el

bar-taberna de donde poco antes había salido el ordenanza Rosalio.

Se refugiaron en un cuartito, al fondo.

—¿Qué quiere usted tomar, señora?

—¿Aquí tienen biftecs con patatas?

—Tienen, pero no se los recomiendo: a veces son de mula... Casto: trae a la señora una gaseosa de bola y a mí una copa de ron. Hable usted, señora.

¡Y vaya si habló la muy pérfida, la muy traidora!

Cuanto en la tertulia del café y en otros sitios había oído decir a Belluga y los suyos lo fué desembuchando aquí.

—La cosa la quieren hacer para los últimos días del mes que viene. Tienen ya mucho dinero. El plan es apoderarse del Congreso mientras se celebra sesión, si es posible nocturna, porque dicen que de noche los diputados están más fatigados, y es más fácil cazarlos, como a los conejos cuando se les pilla dormidos.

El policía asentía con la cabeza; adoptaba ese aire que adoptan siempre los de su oficio cuando se les descubre algo, aire que parece querer decir: "Si estoy enterado de todo."

—Al mismo tiempo que del Congreso, los comunistas se apoderarán de los Bancos.

—Muy bien.

—No esperan encontrar gran resistencia. ¿El Ejército? Aunque compuesto de personas dignas y leales en su mayoría, sin darse cuenta, ellos piensan: "con que se nos ha reducido a la mitad..., pues vamos a demostrarles a esta gente que sin nosotros no pueden mantenerse". Es un razonamiento inconsciente, pero que influirá en su conducta.

—Siga usted.

—¿La Guardia civil? Esa sí pudiera ser un peligro; para alejarlo de Madrid en esa noche Belluga ha ideado un plan maquiavélico: en la mañana de aquel día habrá estallado la huelga general revolucionaria en todas las capitales de provincia que rodean Madrid: Avila, Toledo, Segovia, etc. Como es lógico, saldrán fuerzas de los tercios de aquí, pues para ello Madrid permanecerá completamente tranquilo hasta la noche. Con ello, aquí no quedarán más civiles que los dos que se pasean continuamente en el vestíbulo de Gobernación. ¿Comprende?

—Me percato, señora. Siga usted.

—Ahora viene lo gordo. Agárrese, y dígame,

con franqueza, si la confidencia no vale la pena.

—Venga de ahí.

—Para oponerse al avance de los comunistas no quedará esa noche en Madrid más fuerza, seriamente organizada, que la de los guardias de asalto. Pues ¿qué dirá usted que se les ha ocurrido?

—Diga, diga.

—Ganárselos a su causa. Les han prometido hacerlos a todos tenientes del Ejército rojo, y entregarles un vergajo mayor que el que ahora llevan.

—Vamos, sí, un ciprés.

—Y van aceptando como chinches. Hoy día el veintidós por ciento de los guardias de asalto son comunistas.

¿Estaría loca aquella mujer? Por si las moscas, bueno sería referir *allá arriba* lo que acababa de oír de sus labios.

Cortó la entrevista.

—Bueno, señora, muchas gracias por sus informes, en nombre de la República, y... nos veremos a ver.

—Debo advertirle, aunque esto no tenga nada que ver con lo que acabamos de hablar, que si

padece usted alguna enfermedad venérea, yo tengo un procedimiento curativo, que, además de ser de una eficacia absoluta, da mucho gusto.

—Por ahora no señora, aunque agradezco mucho su ofrecimiento y tomo nota de él; nadie puede decir de este yodoformo no compraré.

—Una advertencia: yo... no ando muy sobrada de dinero..., la verdad..., quisiera que ustedes...

—Ya la entiendo y no se preocupe: cada vez que usted me haga una confidencia, y esa confidencia se confirme en la realidad, le pagaré aquí, en este mismo local, un biftec con patatas.

—¡Pues me voy a hinchar!

XIII

EL HUNDIMIENTO

—Yo, señores diputados, os lo digo con la mano puesta sobre el corazón: seis hijos tengo, y, sin que esto sea presumir de Guzmán el Bueno, si me pidieran la vida de los seis, y la de su madre, y la de la madre de su madre a cambio de la aprobación del dictamen que estamos discutiendo, daría esas ocho vidas con gusto y me quedaría tan tranquilo.

El señor Pildain. (Interrumpiendo.)

—¡Qué gracioso!

—Gracioso, no, señor Pildain; trágico, ¡tremendamente trágico! Porque ¡ah, señores! en esta República nuestra, rodeada, bloqueada más bien, de enemigos por todas partes, en ésta nuestra joven República, flor de loto que crece tímida en el pantano de nuestra disolución anár-

quica y social, en ésta nuestra tierna República, que es como colegial impúber que con sólo tres pesetas en el bolsillo atraviesa en horas noctámbulas la calle del Carmen y ha de sufrir el asedio de cien cortesanas de ínfima condición, en esta República, digo, hay algo peor que las operetescas conjuras monárquicas, y las asechanzas anarcocomunistas, y los infames asedios separatistas; y ese algo, ¡oídlo bien!, es la indiferencia de los que se dicen republicanos de toda la vida y no vacilan en retroceder cuando se les pide un acto de civismo, siquiera sea tan insignificante como el contenido en el proyecto de ley que en este momento discutimos. Porque, como dijo Napoleón, "la indiferencia política es la carcoma de los Gobiernos jóvenes".

El señor Luis de Tapia. (Interrumpiendo.) Ese texto no es de Napoleón; es de Homero.

—¿De Homero?—con cierta chunga—. ¿Está seguro su señoría de que es de Homero?

El señor Tapia.—¡Lo escribió delante de mí!

El que hablaba, lector, era el ministro de la Gobernación del quinto Gobierno de la joven República, señor Ventura Gassols. Había sido

poeta y separatista; ahora ya no era más que poeta.

Y el proyecto de ley que se discutía era uno obligando a todo ciudadano a llevar unas corbatas tricolores, salvo caso de luto.

Sí: porque la República española, es decir, sus gobernantes, entreteníanse en estas minucias mientras la tempestad iba a estallar sobre sus cabezas.

Pero no adelantemos los acontecimientos, que en este caso sería como adelantar unas horas el reloj.

El señor Marcos Redondo, individuo de la minoría odeonista—los partidarios de la supresión del cine sonoro y de los tranvías—, había pedido la palabra para una cuestión previa y urgentísima.

El presidente de la Cámara, don Antonio Dubois, saltándose un poco a la torera el reglamento, se la concedió ahora con la venia del ministro, por supuesto, a quien siempre le resultaba grato oír al señor Marcos Redondo.

Este, con su voz de expreso dentro de un túnel, no dijo más que la siguiente minucia:

—Quisiera saber, únicamente, qué medidas de precaución ha tomado el Gobierno para ha-

cer frente a las gravísimas huelgas generales, revolucionarias, soviéticas, anarquistas y comunistas que esta mañana, a las ocho y cuarto en punto, han estallado en las ciudades de Guadalajara, Toledo, Cuenca, Ciudad Real, Avila y Segovia.

El señor Ventura.—Su señoría me hará el honor de suponer que ese movimiento contra la República no ha cogido desprevenido a este Gobierno.

El señor Marcos Redondo.—¡Yo me acuesto a las ocho!

El ministro.—Perfectamente. Pero el Gobierno y el ministro que en este momento tiene la honra de dirigirse a la Cámara, que cuando lo exige el interés público no se acuestan a ninguna hora...

El doctor Juarros. (Interrumpiendo.)—¡Ah, pillines!

—... estaba al tanto, desde hace días, de lo que se preparaba, y claro es que ha tomado sus precauciones. ¿Cuáles son éstas? ¿Quiere saberlo su señoría? (Tomando un papel y leyendo.) Pues esta mañana, a las ocho menos diez, es decir, veinticinco minutos antes de estallar el movimiento, han salido de Madrid las siguien-

tes fuerzas de la Guardia civil, al mando de sus respectivos jefes: para Guadalajara, seiscientos; para Toledo, doscientos cincuenta; para Cuenca, cuatrocientos; para Ciudad Real, quinientos; para Avila, ciento treinta y dos, y para Segovia, doscientos sesenta y nueve.

El poeta-gobernante paseó una mirada por la Asamblea como diciendo:

—¿Eh? ¿Qué tal? ¿Se saben o no se saben hacer las cosas?

De la minoría manchega se levantó un señor muy delgado, muy rubio, con lentes y una voz de ocarina que se raja.

—¿Quiere decirme el señor ministro, en vista de eso, cuántos guardias civiles quedan en este momento en Madrid?

El ministro.—Voy a complacer a su señoría. (Consultando otro papel.) Uno.

El manchego.—¿Cómo uno?

El ministro.—Sí, porque de los dos que prestan servicio en la puerta del Ministerio de la Gobernación, uno de ellos se ha puesto enfermo y ha pedido permiso para irse al cine. Permiso que se le ha dado, porque a un leal servidor de la patria y del régimen no se le puede negar esa expansión.

En aquel momento un ujier subió precipitadamente a la Presidencia y vertió unas palabras en el oído del señor Dubois.

Este se puso más pálido que de costumbre y, atusándose las barbas, dijo al servidor:

—Diga usted al oficial mayor que mande cerrar todas las puertas.

—Es que... ya están dentro, señor presidente.

—No importa: así no podrán salir.

Un murmullo se extendió por los escaños, y otro más confuso, pero acaso más fuerte, iba llegando al salón de sesiones procedente de los pasillos.

Algo raro pasaba. Dos secretarios subieron también corriendo las escaleras de la presidencia, gente iba y venía por las puertas laterales, y las tribunas se animaban con un movimiento inusitado.

En la de la Prensa, donde aquella noche, por casualidad, había un periodista—los demás eran corredores de usureros—, se inició un movimiento de desbandada.

El presidente se creyó en el caso de decir algo. Dando un formidable campanillazo, y conseguido un relativo silencio, dijo, con voz un poco trémula:

—Señores diputados: se me acaba de comunicar que unos cuantos insensatos, que sin duda deben haberse escapado del manicomio de Ciempozuelos, han invadido los pasillos de la Cámara y pretenden penetrar en el salón de sesiones. Invito a todos a no perder la serenidad. En estos momentos graves acordémonos de que nuestro primer deber es salvar la República.

Una ovación nutrida coronó las palabras del presidente.

El ministro de la Gobernación habló en nombre del Gobierno.

—Señores diputados—dijo el señor Ventura Gassols—: el ilustre presidente de la Cámara os ha invitado a no perder la serenidad; yo sólo he de añadir que ante la tentativa infame de unos esquizofrénicos, el Gobierno de la República está en su puesto, y que esos majaderos, para atentar a una sola de las prerrogativas de esta Asamblea, tendrán que pasar por encima de nuestros cadáveres, especialmente del mío. (Aplausos.)

Una voz.—Señor Tapia, esa frase ¿también es de Homero?

El señor Tapia.—Es de la madre de su señoría. (Tumulto.)

El ministro.—Señores: os invito a la calma. Los enemigos de la República pueden venir cuando quieran, que aquí les aguardamos. ¡Que vengan! ¡Que pasen!

En aquel momento, por la puerta que quedaba a la derecha de la presidencia, entraron atropelladamente tres ujieres: venían como conteniendo a alguien y tardaron poco en rodar por el suelo.

Detrás de ellos apareció un hombre alto, despeinado, con un pañuelo rojo en la mano derecha: era Joaquín Belluga.

Avanzó rápido hacia el banco azul, mientras decía:

—¡Viva el comunismo!

Tras él entraban en el salón de sesiones diez, veinte, treinta, cuarenta hombres más.

Del banco azul partió un tintero—luego se dijo que lo había arrojado el ministro de Marina—que fué a estrellarse en el pecho de uno de los secuaces de Belluga.

Este, dirigiéndose al Gobierno, dijo:

—Ustedes, a la calle. Dejen libre ese sitio, que va a sentarse en él el Gobierno del pueblo.

El presidente no cesaba de agitar la campanilla, pero nadie le hacía caso.

—Pero... ¿qué es lo que quieren ustedes? —preguntó un ministro a los que avanzaban.

Belluga, como jefe, respondió por todos:

—Que os marcheis. Teneis cinco minutos de tiempo para salvar vuestras vidas. En la calle os dejarán huir libremente.

El señor Pildain, sin duda en un ataque de enajenación mental, había empezado a recitar a gritos aquello de: ¡Grande es Dios en el Sinaí! El trueno le precede, el rayo le acompaña, los montes se desgajan...

Y apenas había dicho esto de los montes se desgajan, cuando, por las dos puertas de los lados presidenciales y por las otras del fondo del salón, hicieron irrupción en éste diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta guardias de asalto.

Eran las hordas de Atila, eran las cataratas del Niágara desbordadas, eran, con sus vergajos de tamaño natural, que esta noche parecían haberse hinchado, un bosque de castaños de la India que se hubiera puesto en marcha.

Los diputados les acogieron con una ovación.

—¡Vivan los defensores de la República! ¡Duro con esa canalla!

El error era enorme. Porque los que ellos creían que venían a salvarlos, empezaron a liar-

se a palos con ellos y a desalojar el salón, con esa fuerza persuasiva que ha hecho la fama y la leyenda del Cuerpo.

Ahora eran los comunistas los que aplaudían.

—¡Duro con ellos! ¡Que no quede ni uno! ¡Viva el Gobierno del pueblo! ¡Viva el Soviet! ¡Viva el comunismo!

La ensalada de palos era realmente una ensalada rusa; por el suelo yacieron muy pronto unos cuantos padres de la patria a quienes los estacazos habían alcanzado en la cabeza; otros, acostumbrados a no luchar con otras armas que las de la dialéctica, optaron por ausentarse, eligiendo para el mutis la puerta que caía más próxima de su escaño respectivo.

Media hora después, en lo alto del frontis del edificio, ondeaba una bandera roja, que tenía en negro, en su parte central, una hoz y un martillo cruzados.

... ...

Mientras Belluga y su grupo se apoderaban del Congreso, otros correligionarios atacaban, con igual éxito, los edificios de los principales Bancos de Madrid.

La ciudad entera fué muy pronto suya, pues las gentes sensatas dejaban hacer y los comu-

nistas se aprovechaban de aquella inercia de los sensatos.

En el interior del Banco de España un grupo de unos quinientos llevaba más de dos horas buscando dinero sin encontrarlo por ninguna parte.

Buscaban el numerario de las cuentas corrientes; pero, como desde mucho tiempo antes, los comunistas habían anunciado que pensaban apoderarse de ellas, los burgueses las habían ido retirando a la chita callando y paulatinamente.

Cuando Belluga llegó frente al enorme edificio ya ondeaba también en lo alto la bandera roja.

El líder comunista, a pesar del éxito, estaba de muy mal humor: Lelé había desaparecido de casa y, desde hacía tres días, no había vuelto a saber nada de ella.

La virgen roja que él había pensado llevar en triunfo esta noche, al frente de las masas vencedoras, habíase sin duda fugado con el mozo pinturerillo que llevaba una temporada camelándola.

Joaquín Belluga estaba triste, desanimado; a su victoria faltaba el aliciente principal: el premio del amor.

Al ir a cruzar el paseo del Prado, seguido del que pudiéramos llamar su Estado Mayor, vió venir de Neptuno un grupo con gran vocerío y antorchas encendidas.

Gente suya, sin duda, que celebraba la liberación esperada durante siglos.

Se detuvieron para verles pasar.

A la cabeza del grupo unos mozalbetes llevaban en hombros a alguien; las dos antorchas que iban a los lados iluminaron el rostro del así llevado en triunfo. Era una mujer; mejor dicho, una niña.

Era Lelé.

Belluga fué hacia ella. Todos se apartaron respetuosos ante el jefe.

—Lelé... ¿Qué haces? ¿Dónde vas?

La estrechó en sus brazos. La niña, renunciando a su apoteosis, se dejó llevar a casa.

Ya en ella la acometieron unos vómitos y unas náuseas extrañas. Belluga pudo bien pronto explicarse el fenómeno.

La virgen roja estaba embarazada.

TERCERA PARTE

EL TRIUNFO

CAPITULO PRIMERO

LOS NUEVOS ROMÁNTICOS

El comisario del pueblo en Negocios Extranjeros tenía instalado su despacho en la nueva plaza de toros.

Desde su amplio ventanal se veía todo el vasto y majestuoso panorama de las antiguas Ventas del Espíritu Santo, que hoy se llamaban Ventas de Trosky.

En esta soleada mañana de diciembre—las once serían—una voz varonil llamó a la puerta de la estancia.

—Pasa.

—Ciudadano Benlliure, una ciudadana de cierta edad desea que la recibas.

—¿A qué llamas tú *cierta edad,* camarada Irigoyen?

—No creo que haya cumplido los sesenta.

El camarada Mariano alzó los ojos al techo, en gesto de resignación.

—¿No te ha dicho qué quiere?

—Verte.

—Hazla pasar... Y, por lo que pueda ocurrir, ten preparadas unas toallas.

—Las tengo siempre prontas, camarada.

La mujer pasó.

Era la madre Catalina.

—¿Por qué no has dado tu nombre?

—Temía que no me recibieras.

—Y tenías razón para temerlo.

—¿Lo ves...?

—Di pronto lo que quieres: tengo mucho que hacer.

—Quiero... salvar tu vida y la de los demás camaradas comisarios.

—¡No empieces con tus infundios!

—No son infundios: en la función de mañana noche en el teatro del Grillo—antes Fontalba—, a la que pensáis asistir todos, hay alguien que trama colocar una traca debajo de vuestros asientos.

—Eso, a Manzano, el comisario del Interior.

—Allí no me reciben.

—Les has engañado ya tantas veces...

—¡No es verdad! Eso dicen ellos, pero no es verdad.

—Bueno, ¡déjame en paz!

—¡Ah! ¿No me agradeces que vele por tu vida?

—¡No!

—¿Ni mandarás que me den un vale de chorizos de Cantimpalos?

—Que te lo de Carreño, el comisario de Economía.

—Si yo se lo pido no me lo dará; pero si tú me das una carta para él, entonces sí.

—¡Eres más pesada que un drama de Carrasco Formiguera!

Mientras hablaba, Mariano Benlliure y Tuero había hecho sonar un timbre que tenía en la mesa, al alcance de la mano.

Apareció el ciudadano Irigoyen.

—Que venga la camarada Teresa.

Al dar esta orden, el comisario se pasó la lengua por los labios.

Teresa tardó poco en presentarse.

Se trataba de una de las treinta y seis taquimecas que el comisario del pueblo en Negocios Extranjeros tenía a su disposición.

A su completa disposición. Decretado el amor

libre, como una de las primeras medidas al advenimiento del comunismo, ya no existían los escrúpulos y los remilgos de antes. Se amaba siempre, se amaba por doquier, y el acto del amor, lejos de ser una vergüenza como antes, era un servicio a la causa del pueblo.

Este Teresa era una muchacha de veintidós años realmente preciosa. Su padre, que ahora trabajaba en una fábrica de asientos de rejilla instalada en lo que fué Círculo de Bellas Artes, había sido, en el odiado régimen burgués, agente de Bolsa.

—Camarada Teresa: vas a poner una carta al camarada Carreño diciéndole que..., pero antes ven aquí y dame un beso.

Se unieron sus bocas como para soldarse. El camarada comisario, después de indagar por el tacto, dijo a la taqui:

—¿Cómo no te has puesto hoy sostén?

—Me lo puse, pero al desnudarme antes en la oficina del camarada Salaverría me lo he dejado encima de una silla.

—¿Qué te ha hecho Salaverría?

—Tres caricias íntimas.

—¡El hombre siempre tan romántico!

—Bueno, pero ¿y mis chorizos?—protestó la madre Catalina.

—Ya voy mujer, ya voy; tengo yo más prisa que tú por que te vayas.

—Ya lo veo.

—Como te decía, escribe una carta diciendo que a esta mujer le de un vale de chorizos de Cantimpalos.

—¿Qué cantidad?

—¿Tendrás bastante con dos kilos?

La madre Catalina dió un suspiro.

—Añade, por si acaso, una cuarta.

Teresa salió, moviendo mucho las caderas.

—Ve con ella.

—Adiós, camarada, y gracias. Y, ya sabes: no vayas mañana a la función del teatro del Grillo.

Al quedarse solo, el camarada se atusó la melena que, con los años, se le había ondulado.

Como tenía muchos asuntos de Estado que resolver, se levantó de la mesa y fué a asomarse al ventanal.

Ya he dicho antes que la mañana era espléndida. Desde allí se veía, entre otras cosas agra-

dables, todo el conjunto de sepulturas de la Necrópolis del Este, ya completamente secularizada.

Mariano fué a la mesa, tomó de ella unos prismáticos y volvió a la ventana.

Parecía interesarle mucho algo que pasaba en la calle.

Se volvió rápido y llamó a Irigoyen.

—¿Ves aquella mujer que va allá abajo, frente a la farola?

—¿Aquella que va con dos hombres?

—La misma. Da orden de que me la suban inmediatamente.

Dos individuos de la guardia roja, que había a la puerta de la plaza y que habían recibido la orden por teléfono, se encargaron de cumplimentarla.

La mujer no opuso resistencia alguna, y antes de tres minutos estaba en el despacho del camarada Mariano.

Era una morena estupenda.

—Desnúdate.

Obedeció con toda tranquilidad.

—Y ahora, camarada Irigoyen, venga quien venga, no estoy para nadie.

—¿Y si viene el camarada comisario de Guerra?

—¡Que le frían un obús!

Y cayó sobre la morenaza con todo el ímpetu de sus cuarenta y ocho años.

II

UN DRAMA SOVIETICO

El teatro presentaba el aspecto de las grandes solemnidades.

La temporada había comenzado bajo los mejores auspicios.

Cuanto en Madrid valía y significaba...

Etcétera, etcétera.

Estos tópicos de la época burguesa, todavía no suficientemente retirados de la circulación, habían podido aplicarse en la noche de hoy a la sala y a la concurrencia del teatro del Grillo.

Su antiguo constructor y propietario, el que en la época odiosa se hacía llamar el marqués de Fontalba, vivía aún afortunadamente, y ocupaba, en el que fué inmueble de su propiedad, el puesto de jefe de la claque.

El noble anciano—noble en el sentido vir-

tuoso del vocablo—se hinchaba las manos de aplaudir todas las noches, como el más concienzudo de los alabarderos.—No creo que el lector necesite le digamos en qué sentido se usa aquí la odiosa palabra *alabardero*.

En esta noche de diciembre, con un frío en la calle completamente moscovita, estrenábase en el suntuoso coliseo el drama soviético en doce actos, muchos cuadros, un prólogo y dos epílogos, original y en prosa—¡Dios aprieta, pero no ahoga!—del camarada Cristeto Salas, y titulado *El hijo del pueblo o tu padre es el procomún*.

Salas, el antiguo republicano, al advenimiento del comunismo, y después de titánicas luchas con su conciencia, había acatado el nuevo ideario y había ingresado en las filas comunistas.

No poco había influído en aquella evolución ideológica la conducta de Joaquín Belluga, jefe del Gobierno, como presidente que era del Consejo de Comisarios del Pueblo; Belluga llamó un día a su despacho, instalado en lo que fué palacio de Casa Riera, en la calle de Alcalá, a Cristeto, y le dijo:

—Mira, camarada Salas, no seas idiota: o te vienes con nosotros o esta misma noche te man-

do arrojar por el viaducto, con un baúl atado al cuello.

El viaducto célebre de la calle de Segovia era la roca Tarpeya de la Unión Española de Repúblicas Soviéticas, o sea la U. E. R. S., como la llamaba todo el mundo, para entenderse mejor.

Salas pidió unas horas para reflexionar; Belluga le concedió cuatro. El orador no vió con agrado aquello del baúl; a él le había gustado siempre viajar con poco equipaje, y cinco minutos después de haber salido del despacho presidencial, habiendo reflexionado ampliamente, envió su adhesión incondicional al nuevo régimen, y fué desde entonces su más entusiasta partidario.

Tan entusiasta, que se dedicó a escribir dramas, en los que se propagaba del modo más fervoroso el ideario bolchevique.

Ya había estrenado tres: en todos ellos la base era el amor libre, ya que los temas de adulterio y amores contrariados habíanse hundido en la sima negra del anacronismo.

La obra que más fama le había dado era una titulada *El camarada Gutiérrez o un hospital de diabéticos*, pintura acertadísima de los me-

dios terapéuticos de la sociedad nueva, en cuyos centros hospitalarios las hermanas de la Caridad habían sido sustituídas por antiguas vicetiples de Martín.

Para el estreno de hoy había venido todo Madrid, empezando por los miembros del Gobierno.

Belluga ocupaba una butaca de la fila segunda, teniendo sentada sobre sus rodillas a la camarada Lelé, que ya había cumplido los quince años y había dado a luz tres veces, una sin proponérselo deliberadamente.

Benlliure, Carreño, Manzanedo, Esplugas y demás comisarios del pueblo ocupaban localidades próximas.

En un palco entresuelo estaba la madre Catalina con dos camaradas albañiles, a los que por aquellos días, y siguiendo su método curativo, estaba librando de unas purgaciones.

La Balazote y seis camaradas más ocupaban unas delanteras de anfiteatro principal.

La antigua condesa doña Cosmética estaba en una platea proscenio. Ahora se había hecho monárquica, para llevar la contraria a su marido, el viejo conde, que, habiendo acatado el régimen comunista, estaba encargado del servi-

cio de uno de los ascensores del Metro en la recién inaugurada estación de la Fuente de la Teja.

La bondad infinita de Belluga, que en el fondo era más infeliz que un servilletero, era lo único que había impedido hasta ahora el despeñe de doña Cosmética por la roca Tarpeya de la calle de Segovia.

Las localidades del teatro tenían todas el mismo valor: en éste, y en todos los de Madrid, no se pagaban con dinero: se canjeaban en la taquilla por unos vales que se repartían en las fábricas y en los almacenes de ropas hechas.

El drama de hoy era de una intensidad de cafetera exprés. La tesis era que nadie es hijo de nadie en particular, si no de todos en general; ésta era la pura y sana teoría comunista, cuya aplicación ofrecía en la práctica el inconveniente de que, en un caso de apuro, no podía uno pedirle dinero a su padre, por ignorar quién era. Los sablazos tenían que ser colectivos.

Las ventajas, en cambio, de tal paternidad esporádica resultaban enormes; no era la menor la de no tener los chicos que pedir permiso a papá para salir de casa por las noches.

Cristeto Salas desarrollaba aquella tesis por medio de un argumento tan sencillo como una tórtola que se hubiera vuelto idiota. Véase:

El camarada Morapio, de veinte años de edad, tenía una discusión con un anciano a la puerta de una taberna de la calle de la Argumosa, y en el curso de ella le daba con un frasco de vino en la cabeza y se la abría en tres partes. El anciano moría y el vulgo empezaba a susurrar: "El camarada Morapio ha matado a su padre."

Esta última palabra carecía de valor y de sentido en todo el territorio de la U. E. R. S., porque, aun suponiendo que el anciano muerto hubiera tenido que ver con la mujer que dió a luz a Morapio—que tampoco era su madre—, y aun suponiendo que, como consecuencia de ese *tener que ver*, aquella mujer hubiera quedado embarazada y de ese embarazo hubiera nacido el camarada Morapio, no podía decirse que aquel anciano era su padre.

En la obra había diálogos de una prestancia como la que sigue:

—¿Es cierto, camarada Morapio—preguntaba un policía—, que tú, al amagar con el frasco

de vino al camarada Salamero, le dijiste: "¡Toma del frasco, galán!"?

—No sé si se lo diría. Pongamos que se lo dijera; ¿y qué?

—¿Cómo qué y qué? ¿No te das cuenta de la gravedad de la cosa?

—¿Qué pasa?

—Que esa frase probaría la premeditación de tu hazaña, y destruiría tu tesis de que, al darle con el frasco, sólo querías acariciarle.

Otro trozo escogido:

—Camarada Nicolasa, bien está que cohabites con el portero de la casa en que habitas; pero que os encerréis en el ascensor para hacerlo, eso ya me parece abusivo.

—Es que él, si no es así, con el ascensor en marcha, no puede rendir su homenaje venusino.

—Pero es que anoche os fuísteis al sexto piso, y, mientras, los demás vecinos esperando abajo.

—Es que, en la bajada, se nos paró el ascensor.

En esta noche, al llegar a este punto el diálogo en el tercer acto, retumbó en el teatro un zambombazo espantoso. De las primeras filas de butacas salieron saltando en el aire unos cuan-

tos camaradas, entre ellos Belluga y Lelé, y otros miembros del Gobierno.

Una densa humareda envolvió todo aquello. Era la traca, el artefacto predicho y anunciado por la madre Catalina.

Aquella mujer no se equivocaba nunca; estaba siempre muy bien informada.

Pero tranquilícese el lector: no hubo muertos ni heridos. El susto nada más, y algún contuso.

¡Ah!, y al camarada Spottorno, comisario en Hacienda, que se le saltaron las narices.

III

LA PILI

—Que vayan pasando uno a uno.
—No son más que dos, camarada Albiñana.
—Pues por eso: que pase primero uno y luego otro.

—Muy bien. ¿Cuál quieres que pase primero?

—El de menos edad.
—Vienen a tener la misma los dos.
—Pues el más feo.
—Allá, allá se andan.
—Pues échalo a suertes.
—Así lo haré, camarada.
—Es bastante bruto el camarada Dionisiez.

Esto último lo dijo para sí el camarada Albiñana, jefe superior de la P. I. L. I.

O sea de la Policía de Investigación Libertaria Internacional.

Pero como esto era tan largo, la gente, por abreviar, le llamaba la Pili.

Por abreviar, y un poquito por cachondeo.

Sí, lector, no lo dudes un momento: ya sé que el nombre de Albiñana te suena. No te ha engañado el corazón: es él.

Es el célebre doctor Albiñana, jefe de los legionarios en los últimos años de la Monarquía, huésped estable de la Cárcel Modelo de la Moncloa todo el tiempo que duró la República y que, al hundirse ésta, conseguida lógicamente la libertad, había abrazado el comunismo con todo el ardor que él ponía siempre en abrazar, lo mismo las doctrinas que las mujeres guapas.

Belluga, que era un gran catador de hombres, pensó que el camarada Albiñana, por haber permanecido tanto tiempo en la cárcel, había, forzosamente, de tener un gran conocimiento de *ciertas cosas*, y le nombró jefe supremo de la Pili, el ojo vigilante y el brazo ejecutor de la U. E. R. S.

Y hoy, la U. E. R. S. no tenía mejor ni más leal servidor que el camarada Albiñana.

Los hombres que iban ahora a pasar a su pre-

sencia eran los dos únicos que habían podido ser detenidos como presuntos autores de la colocación de la traca que había estallado unas horas antes en la sala del teatro del Grillo

El primero que pasó era un hombre joven, guapo, de mirada dulce y enérgica a un tiempo. Si el jefe de la Pili hubiera estado en antecedentes, habría reconocido en él—como le reconocemos el lector y yo—al castigador de Lelé: aquel mocito que la esperaba todas las noches en la esquina de la calle, y probable autor de los tres embarazos de la muchacha.

—¿Cómo te llamas?

—No lo sé.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que se me ha olvidado cómo me llamo.

—O lo que es igual, que no quieres decirlo.

—¡Bueno!

—¿Has sido tú el que ha colocado el aparato infernal debajo de las butacas del teatro?

—Yo he sido.

—¿Lo confiesas?

—Con orgullo.

—¿Qué te proponías con ello?

Sonrió.

—La pregunta tiene gracia. ¿Qué me iba a proponer? Que volara todo.

—¿Sabes que estás dictando tu sentencia de muerte?

—Me lo figuro.

—¿Tienes cómplices?

—No, señor. ¡Qué va!

—Entonces, ¿quién es ése que está ahí fuera, detenido también?

—¡Ese es un idiota!

—¿Cómo se llama?

—¡Yo qué sé! No le conozco.

—Entonces ¿cómo sabes que es un idiota?

—¡Ahí va! Porque se le ve en la cara.

—Y dime ¿por qué querías que volara todo?

—Porque los comisarios del pueblo son unos traidores a nuestra causa.

—¿A qué llamas tú nuestra causa?

—A la del pueblo.

—Eso no es decir nada.

—Eso es decir mucho.

—A ver, cítame un hecho concreto.

—Te citaré uno que conoce todo el mundo.

—Venga.

—Conocerás a Belluga.

—Claro que le conozco. El que nos ha salvado a todos.

—¿No es una ley comunista la del amor libre?

—Una de las primeras que se promulgaron.

—¿Y no quiere decir esa ley que la mujer no puede ser propiedad exclusiva de nadie, y que todas son de todos y para todos?

—Exacto. Sin más límite que el capricho y el agrado mutuo.

—¿Y por qué Belluga no cumple esa ley, que a él le obliga como a los demás?

—¿Quién ha dicho que no la cumple?

—Yo lo digo, y todo el mundo lo sabe en Madrid.

—¿Qué es lo que sabe todo el mundo?

—Que el dictador vive con una muchacha que se trajo de París, llamada Lelé, y que esa muchacha no consiente él que la usufructúe nadie.

Albiñana también lo sabía, pero no le había dado gran importancia a la cosa.

—¡Y por eso querías matarle!

—Por eso.

—Lo cual quiere decir que tú estás enamorado de esa Lelé, que tienes celos.

—¡Bah!

—Y eso es un delito entre nosotros. El amor libre es no sólo un derecho: es un deber.

—Eso digo yo.

—Y atenta a él todo el que se enamora de una mujer con pretensiones exclusivas.

—Ya...

—Por dos conceptos mereces la pena de muerte.

—Pues venga. Con que me la apliquen una vez tengo bastante.

—Vas a ser complacido.

El camarada Albiñana no era un Scarpia: era, sólo, un fiel cumplidor de su deber.

IV

JUSTICIA COMUNISTA

—Que pase el otro detenido.

Este era un hombre, joven también, pero de aspecto vulgar.

—¿De quién estará enamorado éste?—pensó Albiñana.

Le hizo acercar a su mesa.

—Tu nombre.

—Isidro Relajo.

—¿Dónde trabajas?

—En un taller de impermeables que hay en la calle del Turco.

—Ah, sí; en lo que fué Academia de Jurisprudencia.

—No sé.

—¿Por qué has colocado la traca en el teatro del Grillo?

—¡Yo no he colocado nada, camarada!
—¿Lo niegas?
—Claro que lo niego. Soy inocente.
—Entonces... ¿por qué te han traído aquí?
—Porque a la salida del teatro, con el barullo que se armó, me vieron correr.
—Ya...
—Como corría todo el mundo.
—¿Conoces a éste?
—Sí, señor.
—¿A mí? ¿De qué me conoces tú, so burgués?
—De verte ahí fuera el tiempo que hemos estado esperando.
—Ah, vamos...
—Y de antes ¿no le conocías?
—Yo no.
Un ordenanza entró en el despacho, sin aviso previo.
—Camarada: el camarada Belluga acaba de llegar.
—A tiempo viene.
Belluga, que había envejecido en poco tiempo, penetró en la estancia. Iba casi siempre seguido de una escolta de camaradas de la que solían formar parte tres... profesores de gimna-

sia que habían sido guardias de asalto con la República.

La escolta quedóse respetuosamente a la puerta del despacho.

—Salud y sovietismo, camarada Albiñana.

—Sovietismo y salud, camarada Belluga.

—Me han dicho que tienes aquí a las dos fieras que han querido asesinarnos.

—Les interrogaba en este momento.

Y señaló con la mano al rincón en que los dos terroristas habíanse refugiado.

Belluga fué a ellos.

—¡Ah!, pero... ¿son estos?

—Al parecer...

—Yo creí que eran dos hombres.

El novio de Lelé inició un gesto de rebelión. Belluga se le acercó aún más.

—A ti... me parece que te conozco... ¿Verdad que nos conocemos, galán?

—¡Ya lo creo!

—Y, si querías matarme, ¿por qué no lo has intentado cara a cara? Sin correr el riesgo de matar a nadie más.

—Es un sujeto peligroso, camarada—dijo Albiñana.

—Como pueda serlo un reptil.

—Tal creo.

—¿Y este otro? Este tiene cara de infeliz.

—Y lo soy, camarada. Yo no me he metido en nada.

El dictador comunista se le quedó mirando un rato, como si quisiera leer en su alma a través de sus ojos.

Después del examen se volvió al jefe policíaco, y le dijo:

—A éste ponle en libertad ahora mismo.

El muchacho salió corriendo, como si huyera de otra traca.

Belluga llamó a uno de su escolta y le dió en secreto una orden, que el otro salió a ejecutar.

—A este mozo, asesino, traidor y... enamorado, déjalo de mi cuenta.

—Tuyo es desde ahora, camarada.

Joaquín Belluga, riéndose como pudiera reírse un tigre con dolor de muelas—¡frase!—se repantigó en el sillón más cómodo que había en la estancia.

—¿Tú has cenado, camarada Albiñana?

—Ayer.

—Es más de la una.

—Lo sé, pero hasta ahora no he tenido tiempo de pensar en mi alimentación.

—Te invito a cenar.

—Me parece muy bien.

—Que nos traigan la cena aquí. ¿No te parece?

—Puesto que eres tú quien me invita...

—Llamaré a un camarada ordenanza.

Vino el camarada.

El dictador dispuso:

—Mira: vais a ir en moto al restaurante Amaya, de la Carrera de San Jerónimo, y vais a traer lo siguiente: cinco docenas de ostras, una docena de botellas de *champagne* Piper-sin 1902, tres pollos asados, ensalada rusa, piña helada, diez botellas de López Heredia, blanco, Viña Tondonia, y dos botellas de la Institución Libre de Enseñanza.

Se advierte al lector que la Institución Libre de Enseñanza había comprado a los padres benedictinos la marca y el derecho de explotación de su celebérrimo licor.

—¡Ah!, y unos churros.

Albiñana se alarmó.

—¿Churros, camarada Belluga?

—Los churros son para éste.

Y señaló al novio de Lelé, que seguía acurrucado en un rincón.

Antes que la cena llegó a la estancia la propia Lelé, a quien había ido a buscar uno de los ayudantes del dictador. Entró risueña, pasado ya el susto de la traca.

Albiñana avanzó a su encuentro.

—Bien venida, camarada: y mi enhorabuena por haber escapado con vida.

Belluga, sentándola en sus rodillas, le dijo:

—Te he mandado buscar porque vamos a cenar aquí, con el camarada Albiñana.

—Mucho que me alegro.

—Vamos a ver, Lelé, tú que eres persona de buen juicio: ¿qué crees tú que debe hacerse con el que ha puesto la traca de esta noche?

—¿Se le ha cogido ya?

—Sí.

—Pues yo haría con él... lo que él ha querido hacer con nosotros.

—¿O sea?

—Matarle.

Belluga volvió a la joven hacia el rincón en donde estaba, invisible aún para ella, su antiguo novio.

—Pues ahí le tienes.

—¿Qué hace éste aquí?

—Es él quien ha querido asesinarnos a todos.

No pareció conmoverse mucho la chica. La virgen roja, como la seguía llamando todo el mundo a pesar de haber sido madre tres veces, no podía creer ya en el amor. Aquel sujeto la había iniciado y la había embarazado, pero ¿en la sociedad actual, qué importancia podía ya tener todo eso?

El, en cambio, parecía sufrir bárbaramente.

Llegó la cena y llegó con ella la alegría.

—Morirá antes de amanecer—dijo Belluga a su amiga.

—Sírveme otra copa de *champagne*.

Y entonces el dictador, inspirado por el alcohol y cegado por la venganza, tuvo una idea genial.

Mandó que dos hombres sujetasen bien al asesino, y cuando le vió así, él, que no toleraba que Lelé cohabitase con nadie, siendo en esto acaso la única mujer de Madrid, hizo que se entregase delante de él a todos los individuos de su escolta, a los ordenanzas y al camarada Albiñana.

Parecía una venganza de otros tiempos, pues realmente ahora estas cosas no tenían importancia.

Pero el otro debía estar padeciendo horriblemente con todos aquellos retozos.

El que mejor quedó en ellos fué el camarada Albiñana, el cual... repitió la romanza.

Por algo había nacido en tierras de Levante.

V

UN SUPERVIVIENTE

Don José de Lamorena, glorioso superviviente de toda la España arcaica y medioévica había sido incorporado al Gobierno del pueblo por los altos poderes comunistas.

El golpe de Estado de Belluga le había hecho perder el don y unas suculentas fincas que poseía en el cercano pueblo de Navalcarnero: ahora, era el camarada Lamorena, y seguía viviendo, aunque sin pagar el alquiler, en una casa de la calle del Príncipe, que fué suya en los ominosos y malditos tiempos del régimen burgués.

Lo que no había podido conseguir el comunismo era que al camarada Lamorena le saliera una sola cana ni una leve arruga en el rostro; su aspecto era el mismo infantil y rosicleresco que tenía cuando acompañó al rey don Favila

a la cacería en que fué devorado por un oso; catástrofe de la que escapó nuestro amigo porque, por lo visto, al tal oso no le interesaban las personas mayores de cincuenta años.

El régimen comunista, que sabía elegir muy bien sus hombres, había nombrado al camarada Lamorena comisario del Pueblo en el Turismo. Para ello había tenido en cuenta la enorme experiencia acumulada por él en materia de viajes, al cabo de varios siglos de no perder una sola feria, ni unas fiestas en Madrid y provincias.

Nadie mejor que un hombre que desde la huída a Egipto en una burra, hasta los modernos viajes en avión, había conocido todos los medios de transporte, para estructurar todo el movimiento turístico que de las cinco partes del mundo venía a nosotros, para admirar nuestra experiencia comunista y el precio que entre nosotros habían alcanzado las judías verdes y las brecoleras.

Claro, que si el título del cargo del camarada Lamorena era ese del Turismo, sus funciones eran más amplias: estaba encargado de liquidar todo lo relativo a la antigua prostitución, suprimida de raíz en el nuevo régimen,

pero de la cual quedaban residuos, secuelas, plantas parásitas de difícil arraigue.

No era nada fácil la labor del camarada La-morena. Había instalado su despacho en el antiguo suntuoso edificio del Monte de Piedad, después de haber desalojado de él a todas las prendas empeñadas, más o menos vencidas.

Y allí, en aquellas estancias, cuyos balcones daban a la antigua calle de Capellanes—hoy de Marcial Lalanda—nuestro joven amigo armaba el mapa turístico de España y autorizaba el pago de las pensiones a ciertas valetudinarias prostitutas, cuya carrera—Preciados, Tetuán, Carmen—había sido cortada en flor por el advenimiento del nuevo régimen.

—A ver, que venga el camarada Bretaño.

Era una orden del comisario del Turismo. El camarada Bretaño era su mano derecha, su hombre de confianza; dentro del organismo, Faustino estaba encargado de la Sección de automóviles, rama de la industria de transportes, en la que tenía una gran experiencia, pues durante la época del régimen burgués, siempre había sido propietario ora de un Rolls-Royce, ora de un Hispano, ora de un Bugatti.

Acudió a la llamada del jefe.

—Salud, camarada Pepe.

—Salud, camarada Faustino. Te he llamado porque acabo de recibir una noticia grave.

—Me espeluznas.

—No es para alarmarse, pero sí para preocuparse.

—Balbucea, camarada.

—Allá va: acabo de enterarme de que se prepara un importante contrabando de armas.

—¡Hola!

—Sí. Elementos republicanos, burgueses en su mayoría, quieren, por lo visto, dar un golpe de mano y han alquilado doce camiones para traer de Eíbar a Madrid seis mil pistolas, y otros doce para traer de Albacete seis mil navajas. Es preciso que ambas expediciones fracasen, y tú te encargas de hacerlas fracasar.

—Muy bien.

—¿Qué coches tienes abajo?

—Ahora debe haber seis: dos Buick, tres Lancia y un Cadillac.

Y Faustino añadió, como quien echa la última baza en un juego empeñado:

—También está el mío personal.

—¡El tuyo! ¡Haber empezado por ahí! Estando ahí tu coche hemos ganado la partida.

Al abolirse la propiedad, el comunismo español había respetado dos excepciones: el automóvil de Faustino Bretaño y el moño de la tiple de zarzuela Angela Rubio, única artista europea que aún no se había cortado el pelo.

El coche del ex actor era un Ford, modelo 1922; era el vehículo de más abolengo que circulaba por Madrid, y su dueño, a fuerza de tratarle, había logrado adquirir tal confianza en él y tal maestría en su manejo, que una noche que en la Cibeles perdió el auto las dos ruedas delanteras, su dueño llegó con él a casa, situada en las alturas de Pardiñas, sin tener que apearse, ni pedir remolque a nadie.

El mérito del carruaje era tal, que el Gobierno comunista decretó que siguiera siendo propiedad individual de su dueño, con la única condición de que éste no lo pudiera vender.

Condición un poco pueril, pues era como si a un anciano de noventa años le prohibieran usar de la mujer más de doce veces al día.

Faustino se había retirado del teatro en los últimos años de la República, al convencerse de que la mayoría de los cómicos, y sobre todo de las cómicas, se habían hecho monárquicos, no se sabía por qué.

Y él, que nunca había sido muy apasionado de la política, encontró tan cursi y fuera de lugar aquella actitud de sus compañeros, que poco a poco se fué alejando de la escena y dedicando sus actividades a otra cosa.

El camarada Lamorena lo empleaba con gran éxito siempre.

—Tienes que salir enseguida con tu coche, camarada Bretaño.

—Bueno, pero ¿para dónde salgo? ¿Para Eíbar o para Albacete? Porque da la casualidad de que no están al paso.

Lamorena se tomó unos instantes para reflexionar: el dilema era cruel. Al fin, dijo:

—Para Eíbar. Las armas de fuego son siempre más peligrosas.

Faustino sentía subirle al rostro oleadas de orgullo al ver que se le señalaba el puesto de mayor peligro. Lo mismo le ocurría en su época de actor, las noches de estreno en Romea.

Salió a obedecer.

Vistióse una sumaria *toilette* de viaje, ocupó su Ford, y salió calle Arenal arriba, a buscar, por Ferraz, y los bulevares, la carretera de Francia.

Iba solo; no le acompañaba en el viaje más

que una maciza tortilla de patatas, que había comprado al paso en una taberna de la calle de Mendizábal.

Corría, volaba como el fulgor de un rayo. A las dos horas había pasado por Lerma, y antes de la caída de la tarde atravesó Burgos, sembrando el espanto en la vieja ciudad.

Al llegar a Miranda, al coche le faltaba ya una de las ruedas de atrás; no por eso había disminuído su marcha, al contrario: se diría que, libre del peso de aquella rueda, el artefacto, más que correr, volaba.

Y ya en pleno crepúsculo castellano, con mezcla de brumas norteñas, Faustino vió avanzar por la carretera algo así como unos enormes cetáceos, que venían en dirección contraria. Eran los camiones de Eíbar.

Había llegado el momento. Bretaño dió un amplio bocado a la tortilla de patatas: así, si llegaba el trance de morir, no moriría en ayunas. Aumentó, si ello era posible, la velocidad de su artilugio, y embistió al primer camión contrabandista.

El choque fué espantoso, y el estrépito apocalíptico: los conductores del gigantesco vehículo se tiraron a la carretera al ver que el

tropezón era inevitable; la parada brusca del primer coche produjo el vuelco de los dos que venían detrás, varios centenares de pistolas se dispararon solas, y en aquella parte de España parecía haber estallado la guerra civil.

¿Don Quijote arremetiendo a los molinos de viento? La hazaña de Faustino Bretaño ahora fué mucho más.

Despedido a un campo de lechugas que había a setenta metros de la carretera, resultó con una magullamiento general; pero general de división.

El Ford había perdido en la refriega las tres ruedas que le quedaban, el volante y cuatro cabellos.

No importaba. Antes de quince días, ya remendado, se pasearía de nuevo por la calle de Alcalá.

VI

LA PARADA DE YEGUAS

Lo que en los años burgueses fué, allá en las alturas de la calle de Carretas, teatro Romea, era ahora noviciado de los jesuítas.

Sí, lector: noviciado de la Compañía de Jesús.

Ni estoy borracho ni se me ha subido el santo al cielo.

La República española cometió la tontería de expulsar de su territorio a los jesuítas y a los miembros de otras Ordenes religiosas, tontería que el régimen comunista reparó a los pocos días de su proclamación.

Porque el comunismo, que no creía en Dios ni se preocupaba para nada de su existencia, no podía ser enemigo de un ser en cuya existencia precisamente no creía.

Respetaba todas las creencias, aunque procuraba convencer a las gentes de que en ese terreno religioso lo mejor era no creer en nada.

Toleraba los frailes, los curas y las monjas; la única condición que imponía a los primeros y a las últimas era la de que no salieran a la calle.

Y más que condición impuesta por la ley o por el Poder, era costumbre de la gente, que en cuanto veía a un fraile o a un jesuíta por la calle echaba a correr detrás de él y no paraba hasta darle caza, despojarle del traje talar y cortarle el pelo al cero.

Pero aparte esto, el ejercicio de todos los cultos era libre en la España comunista.

Dentro de sus casas, los religiosos podían entregarse a su ocupación favorita, ya consistiese ésta en jugar a la pelota, ya fuese la muy noble y delicada de fabricar trampas para cazar ratones y conciencias.

Al volver a Madrid los jesuítas se encontraron con que sus casas anteriores estaban, o destruídas por el fuego, como las de la calle de la Flor y la de Areneros, o dedicadas a cervecería, como la residencia de la calle de Zorrilla.

Buscando local, dieron con el teatro Romea,

en la calle de Carretas, cerrado desde hacía tres temporadas, y se instalaron allí. Ahora la compañía de Romea, famosa en la historia del teatro galante, era la Compañía de Jesús.

Y a la espalda de lo que fué teatro, por la parte de la plaza vieja de la Bolsa, en un amplio solar que había quedado como consecuencia de varios derribos, estaba lo que la gente llamaba la parada de las yeguas.

Asomados a sus ventanas—hay que decir en su honor que pocas veces se asomaban—podían los buenos padres y hermanos jesuítas presenciar uno de los espectáculos más curiosos y divertidos de la vida comunista.

¿Qué era la parada de las yeguas?

Expliquémoslo:

El comunismo había suprimido la prostitución; es decir, había prohibido, un poco inocentemente, la venta por dinero de las caricias de la mujer.

En realidad, lo que había hecho había sido generalizar el oficio de prostituta convirtiéndolo en un hábito más que en un oficio, ya que la fornicación era libre y casi obligatoria.

Un hombre podía vivir con una mujer, al modo marital, como se decía en la época bur-

guesa, pero no podía impedir que aquella mujer, si le venía en gana, cohabitase con otro.

De todos modos, había hombres que no querían vivir solos, y en vez de buscarse una compañera, fiándolo al azar de un encuentro por la calle, acudían a buscarla a la parada de yeguas.

La cual servía para otra cosa: para que la mujer, por lo general chicas de nueve a once años, que no había perdido la doncellez, la perdiese allí, a manos—¡digámoslo así!—de unos profesionales del desflore, quedando por tal medio convertida en una perfecta camarada, apta para resistir toda clase de combates.

Una vez, una mañana, los encargados de la parada vieron llegar a una mujer, guapa aún, pero que debía andar muy cerca de los cincuenta años.

Era la madre Catalina.

Al preguntarle qué deseaba, contestó, con toda naturalidad:

—Vengo a que me desfloren.

Los hombres se echaron a reír.

—No, camaradas, no; no es cosa de risa. Soy virgen.

—Pero ¿qué has estado esperando tanto tiempo?

—Yo no he esperado nada. He sido madre varias veces.

Los hombres se miraron, y se dijeron con el gesto:

—Debe ser una loca.

Pero ella, que comprendió lo que pensaban, aclaró:

—No estoy loca: mi caso lo tiene previsto la Ciencia, aunque es rarísimo. He engendrado, he dado a luz, pero mi membrana del hímen, por una desviación casi monstruosa, está intacta.

—¡Ah!, bueno.

Y otro le dijo:

—Entonces, ¿para qué quieres?... por lo visto, para nada te ha estorbado.

—Claro que no; pero no quiero morir en estado de virginidad: sería una deshonra.

Y como aquello era una institución oficial, que estaba para servir al público, hubo que complacerla.

No fué empresa fácil. A pesar de haber elegido para ello al más fuerte garañón humano que había en la parada, un asturiano de riñones

de acero, el mozo, durante un buen rato, tuvo que trabajar como no lo había hecho en su vida. El tiempo había convertido en un cartílago lo que normalmente debía ser una membrana semi-elástica.

El asturiano cumplió su cometido, pero el dolor de espaldas le duró dos semanas.

Las chicas dejaban de serlo al aire libre, pues en el solar, limitado por unas débiles vallas, no tenía más que unas tiendas de lona, debajo de las cuales no se refugiaban las parejas más que los días de lluvia.

El espectáculo era en extremo vistoso y agradable.

Un moralista de antaño le hubiera llamado pornográfico; pero es que antaño había gente bastante calabaza.

VII

VERDE Y ROJO

—Te has salido con la tuya, Carmen.

—No sé por qué dices eso.

—Lo sabes muy bien: con la Monarquía fuiste amante del rey, con la República no pudiste ser amante del presidente porque no te dió tiempo; ahora, con nosotros, eres la amante del dictador, de Belluga.

—¡Bah!

—No creo que lo niegues. Lo sabe todo Madrid.

—Yo no niego nada. Lo que digo es que no es lo mismo.

—¡Es más!

—Soy su amante, es cierto, pero... también lo soy de otros.

—Oye, camarada, ¿es que me quieres hacer

creer que cuando eras la amante del Borbón no te acostabas con nadie más?

—No es eso.

—Entonces...

—No compares.

—Sí, comparo. ¿Crees acaso que aquél era más grande que éste?

—¡Oh! ¡Un rey!

—¡Un rey! Un rey es siempre un tirano cursi, que pasó de moda hace mucho tiempo. El de ahora manda porque el pueblo quiere que mande; es el pueblo mismo; de modo que, en realidad, cuando tú te metes en la cama con Joaquín Belluga no es con un hombre solo con quien te metes, es ¡¡con veintidós millones de hombres!!

—No me negarás que es un record.

—No te lo niego, y bien puedes estar orgullosa.

—¡Orgullosa! Lo que estoy es desencantada.

—Cuantas, sin embargo, quisieran estar en tu lugar.

—Pues estoy dispuesta a cedérselo a la que lo quiera.

—¡No es cierto! No seas hipócrita. Ya sabes que la hipocresía es un defecto muy poco comunista.

Esta conversación era mantenida entre Carmen Balazote y el camarada Scumpurdis, comisario del pueblo en Abastecimientos.

Paseando, habían llegado frente a las obras del antiguo Teatro Real, que, naturalmente, ya no se llamaba así, ni tampoco Teatro de la Opera, como de modo nada original le tituló la República; ahora se llamaba Cantera Lírico-Soviética, y se le había dado ese título porque después de varios años de albañilería, aquello seguía siendo una cantera.

Sin embargo, Joaquín Belluga había dado un gran impulso a las obras, y había la fundada esperanza de que el edificio, si no terminado del todo, pudiera en parte inaugurarse al cumplirse el centenario de la implantación en España del régimen comunista.

Como se ha visto por el diálogo anterior, la Balazote, reanudando lo de París, era la amante de Joaquín Belluga.

Ser amante, ahora que todo el mundo lo era de todo el mundo, resultaba poco en realidad; Carmen era algo más que eso: era la favorita del dictador.

Y Lelé, que al ir haciéndose mujer del todo, había ido también despreocupándose de lo que

antaño se llamaba amor, veía ahora con sorpresa que ante la ingerencia de la Balazote en la vida de Belluga, sentía celos, unos celos espantosos y torturadores.

Todo lo arcaico y lo anacrónico resucitaba así en este mundo rojo, en el cual, poco a poco, iba adquiriendo su predominio lo verde.

Porque éste era el fenómeno curioso, y que yo no sé si los sociólogos—¡son tan pelmazos!—recogerán algún día; el buen pueblo de Madrid, de todo aquel hondo cambio comunista, no era la supresión de la propiedad, ni la obligación del trabajo para todos, ni el laicismo sin agresión, lo que había recogido; era lo del amor libre, lo de poder revolcar a la primera ciudadana agradable con que se tropezara por la calle, lo de convertir en *chaise-longues* y en *sommiers* los bancos de los paseos públicos, sin que surgiera de entre la fronda la figura antipática y apestosa del guarda a castigar con una multa lo que no era más que una expansión de la Naturaleza.

Y es que el pueblo de Madrid, digámoslo en su honor, siempre ha sido bastante cachondo.

Si alguna vez, hipótesis absurda, volviera el régimen burgués y capitalista, ¿cómo iba el

madrileño, que llevaba varios siglos de hambre sexual, a tolerar las restricciones antiguas?

Este había sido el triunfo del comunismo en Madrid; eso de entrar en el Metro, ver una chica de las que pican los billetes que fuera guapa, ¡y las había que congestionaban!, y poderla decir:

—No, camarada; no es en esa cartulina débil donde debes picar: es aquí, en esta parte poderosa de mi organismo, que desde que te ha visto está dando alaridos.

Llegar a un cine, ver una taquillera guapa, ¡y las hay que desguazan!, y preguntarle, en, entornando los ojos como una *vedette* cuando ve un cabrito posible:

—Camarada, ¿este cine tiene fila 69? ¿No llega? ¡Qué lástima! Pero no importa: sal de tu caja de cristal, que ya buscaremos nosotros el sustitutivo a ese número mágico.

Ese era el comunismo madrileño.

Y todo lo demás un poquito de Sociología.

VIII

¡EL DINERO!

No era verdad que el comunismo hubiese suprimido el dinero.

Lo que había hecho era restringir mucho su uso y su necesidad, apelando al empleo de bonos o vales, y al cambio directo de productos por productos.

El zapatero daba al sombrerero unos zapatos a cambio de un sombrero; el farmacéutico y el de comestibles cambiaban entre sí.

Eso, y vigilar mucho para que el dinero, ¡el maldito, cochino y asqueroso dinero!, no se acumulase en una mano, era toda la obra económica comunista, más honrosa y más humana que todas las de los regímenes anteriores.

Pero el dinero circulaba, hacía falta para la

vida..., y llegó un momento en que el Gobierno comunista no lo tenía.

Había gastado mucho en procurar bienestar al pueblo, en aniquilar a sus enemigos, y necesitaba numerario para poder seguir adelante. La bancarrota no podía aceptarse, porque no hubieran sido solamente los intereses materiales los que habrían peligrado.

Estas consideraciones hacía Joaquín Belluga al Consejo de Comisarios del Pueblo, reunido una mañana en el local que se había reservado para estos usos; este local era el que en las cercanías del Congreso ocupó antaño un gran hotel muy pretencioso, donde había algunos empleados muy groseros y que, a fuerza de subir los precios, había terminado convirtiéndose en una cueva de ladrones.

El comunismo había venido a purificar aquel local, como otros muchos.

¿Solución? Había que solicitar un préstamo: el porvenir era del comunismo español y bien podía hipotecarse un poco de ese porvenir, en la seguridad de que podría pagarse con creces.

En la reunión de hoy estaban todos: Benlliure, Scumpurdis, Carreño, Manzanedo, Spottorno... Y estaba con ellos la esperanza.

Esperanza fundada en que desde hacía unos días celebrábanse unas entrevistas misteriosas entre un delegado del Consejo de Comisarios del Pueblo y un hombre, más enigmático aún, que iba y venía siempre en coche a las tales entrevistas.

Las cuales tenían lugar en el rincón más confortable y simpático del simpatiquísimo bar Chicote, el cual, a pesar de todos los cambios de régimen, seguía siendo el lugar donde mejor se bebía y más a gusto se estaba de todo Madrid.

Y al cabo de mucho hablar, esas entrevistas tuvieron éxito.

En la mañana de hoy, precisamente, el tal delegado volvió a interrumpir, jovial y radiante, la reunión del Consejo.

—¿Qué?—preguntáronle todos con ansiedad.

—Hecho.

—¿Tenemos dinero?

—Sí.

—¿Todo?

—La mitad de lo que habíamos solicitado; pero, de todos modos, es un buen pellizco.

—¿De modo que accede?

—Dentro de media hora vendrá aquí con el cheque contra el Banco de Londres.

Belluga dijo:

—Hay que recibirle como se merece.

—¿Al cheque?—preguntó el camarada Benlliure.

—Y a la persona que lo trae.

La cual, en efecto, no tardó en llegar.

Introducida, sin espera, en el salón de Consejos, recibió los plácemes y la gratitud de todos, hizo entrega del dinero, y se formalizó la operación de préstamo.

Porque se trataba de un préstamo, naturalmente, el Consejo de Comisarios del Pueblo daba todas las garantías necesarias.

Belluga ofreció unas copas de *champagne*. El... de la pasta dijo, con voz gutural:

—Yo no bebo alcohol: que me traigan una botella de Borines.

Se le trajo. ¡No faltaba más!

Y poco después, habiendo estrechado las manos de aquellos hombres libres—ahora más libres, porque tenían dinero—salió del palacio con la satisfación interior de quien ha realizado una buena obra, por partida doble.

Aquel hombre no era un desconocido para nosotros.

En la antigua política española, en aquella amalgama de brutos y de ambiciosos que durante muchos años estuvo sirviendo de sostén a un trono, este hombre que ahora bajaba las escalinatas de este palacio, después de haber aligerado su bolsillo de una cantidad muy respetable de pesetas, había desempeñado un primer papel.

La República española, equivocada en tantas cosas, había cometido un error con este hombre: el de desconocerle, el de apartarle.

Pero él, maestro entre otras cosas, en el arte de esperar, había esperado.

Y ahora acababa de resucitar.

Al bajar la escalera cojeaba bastante.

Era el camarada Alvaro de Figueroa.

Antaño le llamaban el conde de Romanones.

FIN

Agosto-octubre -931.

INDICE

INDICE

INDICE

Págs.

PRIMERA PARTE

UN VOLUPTUOSO

CAPÍTULO I.—Una ventana en París..... 9
— II.—Corrupción de menores..... 15
— III.—Los hombres y las mujeres de mañana 23
— IV.—La madre Catalina..... 31
— V.—El caudillo..... 41
— VI.—Una amante real..... 47
— VII.—Los once años de Lelé..... 53
— VIII.—Una Dalila de falda corta..... 65
— IX.—Un crimen sin sangre..... 73
— X.—"¡No morirá!"..... 81
— XI.—La gran noche..... 95

SEGUNDA PARTE

LA MASCARADA

CAPÍTULO I.—Una liebre que huye..... 107
— II.—Un albañil peligroso..... 117
— III.—La hora del reparto..... 125

Págs.

CAPÍTULO IV.—Ensayando el amor... 133
— V.—Las madres de la Patria..... 141
— VI.—¡Cavernícolas! 151
— VII.—Los celos de Belluga..... 159
— VIII.—Un oasis..... 169
— IX.—Doña Cosmética..... 179
— X.—Se va formando la tormenta..... 187
— XI.—Burguesita... 195
— XII.—Los treinta dineros..... 203
— XIII.—El hundimiento..... 211

TERCERA PARTE

EL TRIUNFO

CAPÍTULO I.—Los nuevos románticos..... 225
— II.—Un drama soviético..... 233
— III.—La Pili..... 241
— IV.—Justicia comunista..... 247
— V.—Un superviviente..... 255
— VI.—La parada de yeguas..... 263
— VII.—Verde y rojo..... 269
— VIII.—¡El dinero!..... 275

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA
OBRA EN LOS TALLERES DE
LA COMPAÑÍA GENERAL
DE ARTES GRÁFICAS,
DE MADRID, EL DÍA
21 DE NOVIEM-
BRE DE 1931

o o
o

C.I.A.P.

Precio: 6 pesetas

PRINTED IN SPAIN